
SS
SERVICIO SECRETO
JACK GREY
UNA PISTA DIFICIL

UNA PISTA DIFÍCIL



JACK GREY

UNA PISTA DIFICIL

1.ª EDICION
JULIO - 1951

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2 T 264/53

BARCELONA (6)

Una PISTA DIFICIL

por JACK GREY



CAPÍTULO PRIMERO

A TIRO LIMPIO

Gordon Allen dejó su coche en las inmediaciones de Queensborobridge, lanzó en derredor una mirada recelosa y avanzó a pie hacia una casita de dos plantas, rodeada de pequeño jardín, de la cual no salía luz alguna.

La puerta de la verja hallábase entreabierta. Gordon empujó, cerrando tras sí apenas hubo penetrado; cruzó el estrecho sendero y llamó al timbre de manera especial. Pronto le fue franqueado el acceso al interior del edificio. En la semioscuridad reinante una mano buscó la suya y una media voz dijo:

—Empezaba a temer que no viniese. Déjese guiar. No conviene encender luz. Para todo el mundo esta casa continúa deshabitada.

Sonrió Allen. No era la primera vez que visitaba aquel refugio, y siempre se le recibió con las mismas precauciones.

Subieron la escalera. Al llegar a un pequeño despacho, el interlocutor de Gordon dio media vuelta al interruptor, iluminando la estancia, mientras decía:

—Aquí no hay cuidado. Los burletes son magníficos. No hay temor de que salga fuera ningún reflejo. Siéntese.

El que así había hablado era un hombre de cincuenta años, alto, enjuto, de aguda mirada y voz sorda.

—¿Ha traído usted eso? —inquirió.

—Lo he traído —repuso Allen, quien hizo a su vez otra pregunta —: ¿Tiene dispuesto el dinero?

—Sí.

—Es la de hoy, la documentación más importante que recibe de mis manos. Entre otras cosas, figura cuanto se relaciona con el llamado «Muro de Agua», arma secreta de los Soviets, y de la cual

es ya dueño el Gobierno de los EE. UU. Este muro puede ser levantado por los submarinos en cualquier sitio del océano, sin dar tiempo a los navíos para que retrocedan, y destrozándolos en el inevitable choque. Estoy, pues, seguro, señor Schuyler, de que no encontrará excesivo, como dice en todas las ocasiones, el precio fijado. Traigo también…

Interrumpióle Dean Schuyler:

—No se moleste. Ya me ha hecho saber lo que vende. No discutiremos la cantidad… aunque cincuenta mil dólares son mucho dinero.

—Podría obtener el doble.

—Usted, no. En sus circunstancias, relacionarse con personas que no le traicionen es harto difícil. Le conviene tratar conmigo, siempre conmigo.

Gordon Allen no replicó. Su interlocutor estaba en lo cierto. Él era un traidor a la patria, que, valiéndose del alto cargo que ocupaba en el Departamento de Defensa, vendía secretos de Estado; aquello le significaría la deshonra y la muerte si llegaba a descubrirse; no podía, por lo tanto, buscar mejores compradores, y se resignaba a lo que le pagaba aquel hombre, a quien fue presentado por un amigo mutuo, amigo muerto, de manera misteriosa, poco después de la tal presentación.

—Terminemos cuanto antes —sugirió Dean Schuyler—. Vengan los documentos y vaya contando los billetes.

De una lujosa cartera de piel fue sacando fajos, que dejó sobre la mesa. Gordon, entretanto, puso en el tablero distintos legajos, mientras decía:

—Le entrego fotografías perfectas de los papeles en cuestión. Sólo yo sé lo que me ha costado conseguirlas.

Schuyler fue repasando por encima lo que acababa de adquirir, sin que su inexpresivo rostro reflejase la satisfacción que experimentaba. Entre tanto, Gordon encerró en la amplia cartera el dinero.

—Hasta que tenga algo de interés que ofrecerle —dijo, alargándole la mano.

—Hasta siempre que quiera —fue la respuesta del Otro, correspondiendo al saludo.

—¿Puedo encender un fósforo, o prefiere guiarme como hizo

para que subiese?

—Enciéndalo, pero cuide de apagarlo a mitad de la escalera.

Allen hizo lo que se le decía y empezó a descender los peldaños. De pronto lanzó un grito ahogado y postrero: Schuyler acababa de hundirle un puñal en la espalda, atravesándole el corazón. Rodó pesadamente.

El asesino, sereno, fue hasta su víctima, y, una vez convencido de que ya no vivía, le arrebató la cartera con los billetes; calzóse luego unos finos guantes y verificó un registro concienzudo, que le proporcionó, además cuanto de valor llevaba encima el cadáver, algunos otros documentos interesantes.

Él no necesitaba luz para desenvolverse en aquella casa, palmo a palmo conocida. Entreabrió la puerta. La noche era obscura. Lloviznaba. Schuyler recorrió con su aguda mirada los alrededores. Nadie en ellos. Silencio absoluto.

Cogió el cadáver por las axilas y lo arrastró fuera del jardín, soltándolo a una distancia prudencial del mismo. Volvió sobre sus pasos, borrando con el pie la huella dejada por el cuerpo al ser arrastrado. La lluvia terminaría felizmente aquella labor.

Utilizando un rayo casi imperceptible de la minúscula linterna que sacó del bolsillo, localizó la sangre dentro de la casa y la hizo desaparecer. Finalmente, trasladó a su cartera el contenido de la del muerto, poniendo los billetes junto a la documentación robada, y tiró la vacía.

Minutos más tarde abandonaba el lugar del crimen…

Dos horas después, Dean Schuyler detenía su coche ante una casa de la calle Cincuenta y Cuatro, y, llevando consigo la valiosa cartera, hacíase conducir por el encargado del ascensor hasta el piso catorce. Pulsó el timbre correspondiente a la dependencia del centro. Abrióse la puerta y apareció un criado.

—Deseo ver al señor Vandergel, Me aguarda. Pásele mi tarjeta, por favor.

El doméstico tomó la cartulina y condujo al visitante a una lujosa salita inmediata al *hall*. Reapareció pronto y, con una inclinación de cabeza, le invitó a seguirlo. A los pocos momentos Dean se encontraba en presencia de H.

V. Vandergel,

hombre viejo cuya amable sonrisa disimulaba apenas la dureza de

sus facciones, el cual le preguntó, no bien le hubo visto entrar, sin saludarle siquiera:

—¿Salió todo de acuerdo con sus deseos?

—Sí, señor. Traigo conmigo lo que le interesa.

Vandergel le pidió con un gesto que se lo entregara, y Schuyler fue poniéndole ante los ojos los documentos que habían costado la vida a Gordon.

—Puede sentarse.

Durante un cuarto de hora el viejo estuvo examinando, sin despegar los labios, aquellos importantes papeles. Por fin, decidió:

—De acuerdo.

Respiró Dean con fuerza. Había llegado a temer que su peligrosa actuación resultase inútil.

—Supongo —añadió Vandergel— que no querrá un cheque…

—Preferiría el dinero. Ya se hará cargo…

—Lo tengo preparado. Abultará un poco…

—No importa.

Manipuló el anciano en la gran caja de caudales empotrada en la pared y fue sacando fajos de billetes grandes hasta completar medio millón de dólares… Schuyler hizo con ellos un paquete, a cuyo efecto facilitóle su interlocutor lo necesario, y sin tender siquiera la mano que temía no se le estrechase, salió de la estancia luego de haber hecho una prolongada inclinación de cabeza.

Llevando bajo los brazos la cartera y el paquete ganó la calle y se dirigió a su coche. En el momento en que dejaba uno de los bultos junto al mismo para sacar la llave de contacto que previamente guardara, sendas voces sonaron tras él:

—Le ayudaré un poco…

—Sí, le ayudaremos…

Schuyler se volvió rápidamente, exclamando:

—¡Sherman!… ¡Parkett!… ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Pasábamos por casualidad…

—Eso es: «pasábamos por casualidad», y nos dijimos: «El señor Schuyler puede necesitar de nosotros»…

Dean, venciendo la angustia que acababa de inundarle, repuso escuetamente:

—No les preciso. Retírense.

Parkett y Sherman cambiaron una sonrisa significativa, y el

primero de ellos dijo:

—Ya lo oyes, muchacho, no nos necesita. ¿Qué te parece?

—¡Oh, el señor Schuyler siempre tan amable, tan mirado! —replicó Sherman. Enseguida añadió, cambiando de tono, dirigiéndose al asesino—: De todos modos, le vamos a acompañar… o, mejor dicho, va usted a acompañarnos.

Dean arrugó el entrecejo. Era la primera vez que aquellos hombres le hablaban así. Presintió la verdad y sintióse inundado de frío sudor.

—¿Qué significa lo que dicen?

—Sencillamente, que el señor Wood le espera, y tenemos el encargo de llevarle hasta él.

Quiso Schuyler mostrar nuevamente su autoridad acostumbrada, y repuso:

—Precisamente me disponía a visitarle esta misma noche, pero nunca me ha hecho falta la compañía de ninguno de ustedes para tal fin. Díganle que dentro de un rato iré.

—Lo sentimos —silabeó Parkett—. Vamos ahora los tres juntos.

—Es que…

—Vamos ahora los tres juntos, repito… o usted se quedará aquí para siempre.

Dean no tuvo duda alguna sobre lo que se le quería indicar. Los dos hombres, hundidas las manos en los bolsillos de los abrigos, se le habían colocado a derecha e izquierda, y le miraban siniestramente, dándole a entender lo poco que les importaría disparar. Formuló el asesino una mueca que quiso ser sonrisa, y, encogiéndose de hombros, replicó:

—Está bien. Ya me darán cuenta de esta absurda actitud.

Sherman puso el motor en marcha y se colocó al volante. Parkett tomó asiento en el interior, a la derecha de Schuyler, el cual había colocado a sus pies el paquete y la cartera, y empuñó la pistola, sin disimulos ya.

—Esto es absurdo —comentó Dean, trabajosamente, pues su garganta parecía haberse encallado y era incapaz de pronunciar dos frases seguidas.

—Así parece. Nosotros somos los primeros sorprendidos, pero… ¿qué quiere? Órdenes son órdenes —respondió Parkett, mordaz.

—Soy el jefe de ustedes.

—Sin la menor duda. No obstante, por encima de usted hay alguien, ¿no?

El prisionero se mordió los labios hasta hacer brotar la sangre y renunció al diálogo. Su cerebro trabajaba vertiginosamente en busca de una solución al grave problema que acababa de presentársele, y con el que ni remotamente contó.

Intentar la más pequeña resistencia hubiera sido suicida. Dean conocía lo bastante a sus aprehensores para saber lo poco que les importaba apretar el gatillo. Parkett no le perdía de vista un segundo, e incluso Sherman, a través del espejo retrovisor, le tenía sometido a estrecha vigilancia. Desechó, entre otras, la idea de gritar pidiendo auxilio. Tal grito hubiera sido el último que escapase de su garganta. Al fin, mientras continuaban estas reflexiones, detúvose el auto en una de las transversales de la avenida Columbus.

—Salga —ordenó Parkett, guardándose la pistola y apuntándole a través del bolsillo.

Sherman abandonó el *baquet* rápidamente y le encañonó también, aunque sin mostrar el arma.

El miedo de Schuyler había decrecido al comprobar que le llevaban, efectivamente, al domicilio de Jerry Wood, prestigioso abogado de Nueva York, el cual sólo en un caso muy extremo se avendría a comprometer sus lares.

Díjose el asesino que su muerte, aunque estuviese decretada, según parecía, no iba a ser inmediata, y que, por lo tanto, le cabía esperar un medio de salvación.

Instintivamente se apoderó de la fortuna que llevara consigo al pie del asiento, sin que los pistoleros hicieran objeción alguna. Se le ocurrió entonces utilizarla como elemento de defensa. Difícil le resultaría convencer a Jerry, pero al menos intentaría hacerle dudar sobre sus verdaderas intenciones.

Subieron en el ascensor hasta el piso sexto, que era el del abogado, y Sherman llamó. Abrieron desde dentro y los tres hombres penetraron, yendo Schuyler en medio. Al llegar al antedespacho, Parkett dijo al que les había franqueado la entrada:

—Anuncie al señor Wood que estamos aquí.

Retiróse el sirviente, y regresó enseguida, diciendo:

—Pueden pasar.

Al mismo tiempo se abrió otra de las puertas que comunicaban el despacho con aquella habitación, y la figura de Jerry Wood apareció en el umbral. Era un hombre de cuarenta años aproximadamente, porte elegante, ademanes correctos… En sus sienes plateaban algunas canas que contribuían a darle distinción.

Saludó, con la mayor naturalidad:

—Hola, muchachos. ¿Qué hay, Schuyler?… —Y añadió, antes de que le respondieran, dirigiéndose alternativamente a éste y a los otros—: Pase usted; ustedes, aguarden.

Poco después quedaba encerrado con Dean, dejando a los pistoleros en el antedespacho.

—Acaba de sucederme algo inaudito —exclamó el recién llegado, fingiendo indignación—. Sherman y Parkett han debido volverse locos o algo por el estilo. Me han asaltado en medio de la calle, sin respeto alguno, y me han traído aquí bajo la amenaza de sus pistolas, olvidando que soy su superior…

Jerry le atajó calmosamente:

—También yo lo soy… y de más categoría que usted; pero todos obedecemos a una jefatura suprema cuyas órdenes pueden a veces parecemos extrañas.

—¿Sugiere usted que mi detención, pues así puede llamarse, ha sido decretada por…?

—No, no sugiero nada. Ea, tranquilícese; siéntese.

Le ofreció la tabaquera. Dean, con mano insegura, tomó un cigarro, del que cortó la punta con los dientes. Mientras lo encendía, Wood le observaba, como un tigre mira a la presa sobre la que se dispone la saltar.

—¿Cuál ha sido el resultado de su gestión? —preguntó sencillamente.

—Ante todo quiero que me explique la causa de que se me haya tratado de esta manera.

—No olvide la disciplina, amigo Schuyler. Soy su superior jerárquico. Debe responderme sin vacilaciones. Fue usted comisionado para obtener los documentos que Gordon Allen cotizó en cincuenta mil dólares. ¿Los ha traído?

—No. Allen no ha hecho acto de presencia. Ahí está el dinero.

Dejó sobre la mesa la cartera conteniendo la suma arrebatada a su víctima después de asesinarla.

—¡Caramba, caramba! —comentó el abogado en tono burlón—. Hemos tenido mala suerte. Conservé la esperanza de que el asesinato del pobre señor Allen hubiera tenido lugar después de la entrevista con usted, pero por lo visto y oído, ocurrió antes.

Fingió Dean perfectamente:

—¿Asesinado, dice?

—Efectivamente. Unos muchachos nuestros que pasaban por allí casualmente, han encontrado el cadáver cerca de la casa donde usted estaba aguardando. No llevaba nada consigo…

Cobró nueva fuerza el pánico de Schuyler. Dos casualidades, tan inmediatas una a la otra, eran demasiadas casualidades. No le cabía duda de que sus pasos habían sido objeto de estrecha vigilancia. Consideróse perdido irremisiblemente, mas no por ello renunció al propósito de luchar hasta el último segundo.

—Ahora me explico —contestó, afectando disgusto y procurando dominarse— su no comparecencia. Bien… Guarde usted mismo los cincuenta mil dólares para mejor ocasión.

—Desde luego… ¡Desde luego!… ¿Quiere que le guarde también ese paquete?

Schuyler apretó nerviosamente el envoltorio que contenía el medio millón de dólares y repuso con energía:

—¡No!… Llevo aquí cosas particulares de las que he de hacer uso esta noche. Y ahora, si le parece bien, aclárame el comportamiento de esos muchachos.

—Permítame otra pregunta aún: ¿Qué fue usted a hacer esta noche a la calle Cincuenta y cuatro? ¿Tan urgente motivo le llevó allí que no le dejó tiempo para venir antes a darme cuenta de su fracasada gestión?

El interrogado se removió en el asiento. El puro se le cayó de la boca, cortado con los dientes. Le faltaba la respiración.

—Debo entender —dijo en tono casi inaudible— que se me ha espiado…

El semblante de Jerry cambió en un todo: desapareció la sonrisa que le jugueteaba en los labios, se le endurecieron las facciones y las negras pupilas despidieron fuego.

—¡Hace tiempo que desconfiábamos de usted, Dean Schuyler, y ya no nos cabe duda de que es un traidor! El jefe se resistía a admitirlo, y por eso esta noche se le ha sometido a la última prueba.

Usted, para beneficiarse exclusivamente, en vez de contribuir al beneficio general de la empresa, ha asesinado a Gordon Allen y ha vendido luego los documentos que este traía al representante de una potencia extranjera.

—¡No!… ¡No!…

El terror expresado por el rostro de Dean superaba a lo imaginable. Jerry gozándose en el efecto de sus palabras, añadió:

—Pude ordenar que le matasen sin darle explicación alguna, pero consideré preferible acusarle antes, hacerle saber los motivos de su muerte. Además, no quiero tomarme excesivas atribuciones. Es usted uno de los elementos más destacados de la organización y compete a nuestro jefe supremo juzgarle y sentenciarle.

Schuyler se alzó frenético. El miedo le dio bríos para exclamar:

—¡Falso! ¡Todo cuanto dice es falso! ¡Expondré ante el jefe el asunto y probaré mi inocencia! Nada sé de la muerte de Gordon Allen; repito que no acudió a la cita; sin duda, le mataron antes de llegar, arrebatándole lo que llevaba consigo. En cuanto a mi visita a la calle Cincuenta y cuatro… puedo decirle que fue originada por asuntos particulares; asuntos particulares y productivos a los cuales tengo derecho… y de los que… si usted quiere, puedo hacerle partícipe…

—¡Aaah!… Vuelva a sentarse. Enfocado así el asunto varía. Acláreme esos extremos.

Schuyler se dejó caer nuevamente sobre la butaca. El sudor le perlaba la frente. Se la enjugó con un pañuelo, en tanto reflexionaba. Constábale que Jerry era un gran ambicioso y admitió la posibilidad de seducirle ofreciéndole la mitad de la suma que llevaba consigo. Aquello iba a significarle un sacrificio enorme, pero ¿qué era, comparado con la vida?

—Verá… —empezó diciendo, tras larga pausa—. El hecho de trabajar para nuestra organización no nos impide llevar a efecto cualquier otro asuntillo que se nos presente; siempre lo he creído así y, hasta ahora, nadie me ha dicho lo contrario. Pues bien: yo conozco en esa calle Cincuenta y cuatro a cierta persona que paga buenos dólares por cosas que a nosotros no nos han despertado siquiera interés.

—¿Se refiere a H. V. Vandergel?

—¿Le conoce?

—Ya ve que sí.

—Pues… efectivamente, a él me refiero. Hoy, precisamente, me ha hecho la liquidación de beneficios en varios negocios… Llevo conmigo el importe de esa liquidación. Si quiere usted que pasemos a ser socios, no esperaré a nuevas operaciones para que gane dinero; se iniciará ahora mismo esa fuente de ingresos con… cien mil dólares… ¿le parece bien?…

Esperó ansiosamente. El semblante de Wood permaneció inexpresivo. Dean, temblando por dentro, añadió:

—Repito que esto no perjudica en nada a la empresa que servimos; cuando esta necesite algo, se lo facilitaremos por encima de todo; pero cuando se trate de cosas en las que nadie haya pensado y que a Vandergel convengan… ¿no cree?… Al fin y al cabo —¿para qué vamos a andar con eufemismos?—, nosotros no servimos ningún ideal; somos una mezcla de espías y *gangsters* que tendemos exclusivamente a ganar dinero…

—Eso es de muy mal gusto, Schuyler.

—Pero responde a la realidad. Bueno… conteste a mi proposición… he dicho que cien mil dólares…

—No son bastante para comprar mi silencio.

—Yo no he pretendido…

—Acaba de aconsejar que prescindamos de eufemismos. Llamemos, pues, a las cosas por su nombre. Quiere usted impedir que descubra sus maquinaciones y me ofrece cien mil dólares. Es poco dinero.

—Doscientos mil.

Jerry movió la cabeza en sentido negativo. Schuyler, ahogándose, inquirió:

—¿Cuánto quiere, entonces?

—Deje aquí todo cuanto ha percibido.

—¡Pero!…

—En operaciones sucesivas, estipuladas de antemano, fijaremos el porcentaje de beneficios, pero la iniciación ha de hacerse a costa de lo que acabo de decirle.

—¿Y si me niego?

—¡Allá usted!

Dean se hubiera sentido feliz de haber podido fulminar a Jerry con una mirada. La actitud fría de éste, a través de la cual podía

advertirse la amenaza más dura, contribuía a sacarle de quicio. Resistióse cuanto pudo, pero acabó accediendo, seguro de que en caso contrario sus ojos no verían la luz del día siguiente. En su fuero interno acariciaba propósitos de venganza feroz.

—Espero —dijo— que me firmará un recibo haciendo constar que le entrego esa cantidad en concepto de beneficios obtenidos en nuestras empresas particulares.

Los labios de Jerry dobláronse en irónica sonrisa, al responder:

—¡Qué duda cabe! Nada tan lógico como que me comprometa, a fin de que tenga usted la evidencia de que no he de traicionarle. Extiéndalo a su gusto.

Dean escribió lo que creyó oportuno, y Jerry lo firmó sin vacilar. Momentos después, el primero abandonaba el despacho. El segundo hizo comparecer a Sherman y a Parkett, a quienes dijo:

—Mátenle… lejos de aquí. Cuando haya caído, procuren quitarle lo que lleve encima. Háganse seguir por alguien más, en evitación de que escape.

Los pistoleros dieron media vuelta y salieron sin pronunciar palabra, mientras Jerry marcaba un número en el teléfono y decía, tan pronto como hubo llegado a sus oídos una conocida voz:

—Todo confirmado. Acaba de marcharse. Me ha metido en el negocio y le he firmado un recibo por los beneficios.

—Ya sabe lo que ha de hacerse —dijo la persona que escuchaba al otro extremo del hilo.

—¡O. K.! He dado las órdenes oportunas.

No tardó Dean Schuyler en sospechar que le seguían, si bien resistíase a admitir aquel nuevo peligro. Le costaba trabajo creer que Jerry le traicionase luego de haberle quitado hasta el último dólar producto de su «hazaña». El coche que despertara sus recelos desapareció pronto, mas no tardó en reaparecer, acentuando la inquietud del perseguido, el cual consagró su atención, a partir de entonces, a despistarle. Dirigióse hacia el sur de la ciudad. Como el tráfico a aquella hora era limitadísimo, no podía escabullirse entre otros coches y hubo de limitarse a sacar al suyo todo el rendimiento posible dentro de los límites autorizados, sobrepasándolos, incluso, en los sitios poco alumbrados y faltos de vigilancia.

Respiró por fin a gusto al dar por cierto que había conseguido su propósito; mas, de pronto, en las inmediaciones de Battery Parle, el

coche causante de sus inquietudes resurgió inopinadamente y pasó junto al suyo. A través de la ventanilla, la mano de Sherman manejó una ametralladora ligera «Thompson». Las balas alcanzaron a Schuyler, quien, sangrando, se dejó caer sobre el volante. En vez de apretar el acelerador, frenó la marcha hasta detener el coche a pocos pasos.

Sherman y Parkett, sorprendidos del resultado, echaron pie a tierra y, amartillando armas cortas, aproximáronse a la víctima. Su propósito era, tan pronto como se convenciesen de que Dean había sucumbido, coger uno el volante y alejarse de allí, antes de que acudiera gente, en busca de un lugar a propósito donde efectuar el registro que Jerry les ordenase.

Avanzaron, adoptando precauciones, precauciones que abandonaron al darse cuenta de que el condenado a muerte por Wood tenía el aspecto de un cadáver y sangraba por varios sitios.

—Buen trabajo —dijo Parkett, elogiando el acierto de su compañero al manejar la ametralladora.

De pronto, como si un resorte le hubiera movido, Schuyler se incorporó, llevando en cada mano una pistola. Hizo fuego a bocajarro, alojando el plomo en la masa encefálica de Sherman y en el corazón de Parkett. Los pistoleros no tuvieron tiempo de utilizar nuevamente las armas que tenían en las manos y cayeron muertos sin lanzar grito alguno.

Dean, entonces, pisó el acelerador con toda su fuerza. En sus labios había una sonrisa feroz, sonrisa que contribuía a aumentar el aspecto horrible de su ensangrentada figura.

CAPÍTULO II

KING WYLER

Schuyler detuvo el coche junto a una pequeña casa que poseía en las afueras de Nueva York, hacia el sur.

Apenas si veía. No acertaba a explicarse cómo había logrado llegar hasta allí. Se le nublaba la vista, y el cuerpo, falto de sangre, le daba la sensación de una masa inerte.

Le significó un triunfo apearse del auto, arrastrarse hasta la puerta y abrir con la llave que guardaba en uno de los bolsillos. Apenas hubo entrado, se derrumbó sobre la alfombra en el preciso instante en que por uno de los laterales aparecía una muchacha rubia, extraordinariamente bella y de aspecto angelical, la cual exclamó, deteniéndose bajo el dintel:

—¡Tío!…

Dean entreabrió los párpados trabajosamente, y dijo, en un susurro:

—¡Me… han matado… Nelly!…

Se desvaneció. Inclinóse la joven sobre él, pero sin llegar a hacerlo del todo, dirigió la vista hacia la puerta que acababa de abrirse de nuevo para dejar paso a un hombre alto, huesudo, de largo cuello, corva nariz y pelada cabeza, suma de cosas, en fin, que hacía pensar inmediatamente en las aves de rapiña.

Sin dar tiempo a la muchacha para lanzar exclamación alguna, le descargó un fuerte puñetazo en la mandíbula, haciéndola desplomarse, perdido el conocimiento.

Su boca, excesivamente pequeña, hizo un ruido que expresaba satisfacción.

Zarandeó a Dean, a la par que decía:

—Despierta… Vamos a charlar un poco…

Los párpados del herido temblaron ligeramente y el recién llegado, observándolo, añadió:

—¡Vaya, noto que me oyes!… Abre los ojitos… Soy yo, Griff Scab, «El Buitre», como me llamáis. Voy a darte algunos picotazos, pero quiero que te enteres bien…

Le abofeteó furiosamente. Schuyler, quejándose con angustia, fijó en su verdugo los desorbitados ojos.

—Creías que Sherman y Parkett iban solos, ¿eh?… Pues te equivocaste. Varios amigos les seguíamos en otro coche, y fuimos testigos de tu hazaña. No nos ha sido difícil dar con esto. He sido designado para rematar la tarea que no pudieron concluir los otros. ¡Suerte que tiene uno!…

Hablaba escuchándose, regocijándose con su mismo acento gutural, paladeando el placer del sufrimiento que producía con sus palabras.

Dean esforzábase en hablar sin conseguirlo. De su garganta no brotaba sonido alguno, aunque él se afanaba en articularlos; solamente sus pupilas acusaban el soplo vital que aún animaba su cuerpo. Soplo vital que estaba hecho exclusivamente de terror.

«El Buitre», harto de cruzarle el rostro, le golpeó las heridas, de las cuales no manaba ya sangre apenas. Reía, y su risa sonaba a cosa hueca.

—Duele, ¿eh?… Pues… ¡más le habrá dolido a Parkett y a Sherman!…

No pudiendo resistir la tortura, Schuyler tornó a desmayarse. Griff, al observarlo, hizo un gesto de disgusto.

—¡Qué poca resistencia!… En fin, acabemos.

Con calma escalofriante sacó un afilado cuchillo y hundió varias veces la hoja en el corazón de Dean. Sus ojos, pequeños y ribeteados, fijáronse otra vez en el inanimado cuerpo de Nelly.

Soliloquió:

—Es lástima acabar también contigo, preciosidad, pero has visto demasiado para dejarte viva.

Y esgrimiendo el mismo cuchillo que le sirviera para rematar a Schuyler, fue hacia la muchacha que acababa de volver en sí y trataba de incorporarse. Al captar las intenciones del asesino, gritó de manera inarticulada y, con toda la fuerza que da la desesperación, sujetó el brazo que iba a asestar el mortal golpe.

—¡Quieto! —gritó una voz enérgica a espaldas del «Buitre», el cual se revolvió, zafándose de un tirón de las manos femeninas, y quedó mirando durante unos segundos a quien tal orden le diera. Era éste un hombre de poco más de treinta años, figura atlética, cabellos rubios y revueltos, pupilas grises de mirada penetrante… Empuñaba una pistola, cuyo cañón apuntaba sin la más ligera vacilación. «El Buitre», haciendo gala de agilidad pasmosa, se echó al suelo a la par que arrojaba el cuchillo contra el inesperado visitante, pero éste hizo a su vez una demostración de sus excepcionales aptitudes y dio un salto de costado, mientras apretaba el gatillo.

La acerada hoja le rozó el cuello sin herirle; el plomo disparado por él se clavó, en cambio, entre los ojos del que le quiso asesinar.

Nelly miró a su salvador ansiosamente, exteriorizando gratitud y asombro.

—¡Gracias!… —dijo, casi en un murmullo.

El joven guardó la pistola, y saltando por encima de Griff, que se estremecía aún bajo el zarpazo de la muerte, fue hasta ella y la sostuvo en sus brazos.

—He llegado a tiempo —comentó—. ¿Se encuentra bien? ¿Llegó a hacerle daño?

—No… no…; en cambio, a mi tío Dean…

Volvióse el muchacho hacia donde los muy abiertos ojos de Nelly miraban, y preguntó:

—¿Es… Dean Schuyler?… —asintió ella, con un triste movimiento de cabeza, y añadió el que interrogaba—: Pues… ¡sí que he tenido suerte! Precisamente yo…

Interrumpióse. La puerta acababa de abrirse otra vez para dar paso a dos hombres de gesto duro, cuyas diestras se cerraban como garfios sobre las culatas de sendas pistolas.

—¡Arriba las manos! —gritó uno de ellos.

Obedeció el joven, desagradablemente sorprendido, en tanto Nelly retrocedía de espaldas y se dejaba caer sobre la silla más próxima.

—No intente resistencia alguna —advirtió el otro recién llegado — o lo pasará mal.

El muchacho, sin mostrar alteración, dijo:

—Si son ustedes de la policía, celebro su llegada. No pienso

resistirme. Es más: quisiera darles algunas explicaciones que espero les interesen.

—¡Lo que interesa, ante todo, es que vengan con nosotros! ¡Cuidado con bajar los brazos!

—Bien, bien —insistió el joven—; pero no quiero que me confundan. Me llamo King Wyler. Mi padre era íntimo amigo de Dean Schuyler, a quien vengo recomendado. Si registran mis bolsillos encontrarán la carta en que el señor Schuyler me invitaba a venir para ayudarme a abrirme camino. Acabo de llegar, y desde la estación he acudido aquí directamente, encontrando muerto al amigo de mi padre y a ese otro tratando de asesinar a esta señorita. Ella puede atestiguarlo.

—Así es —respondió Nelly—. ¡Debo la vida a este hombre!

Los que escuchaban cambiaron entre sí una mirada de consulta. Las fracciones de segundo que invirtieron en hacerlo les resultaron fatales: el que dijo llamarse King Wyler, desplegando una rapidez vertiginosa, arrojó a sus enemigos, de un formidable puntapié, la mesa que ante él había, a la par que su mano volaba hacia el bolsillo donde tenía guardada la pistola. Hicieron fuego los dos hombres, clavando las balas en el tablero, que por unos instantes sirvió de parapeto a Wyler; disparó éste al mismo tiempo, atravesando la diestra de uno y arrancando limpiamente el arma de entre los dedos del otro.

La descomunal proeza arrancó exclamaciones de asombro. Nelly, incluso, abrió los ojos desmesuradamente, resistiéndose a dar crédito a lo que acababa de presenciar.

—¡Quietos! —ordenó a los boquiabiertos derrotados—. ¡Ahora soy yo quien manda! ¡Si dan un paso hacia mí, les perforaré la frente! Habrán visto que mi puntería no es mala. ¡Pongan los brazos por encima de las cabezas! ¡Pronto!

Como autómatas, obedecieron los conminados, a pesar de que la mano de uno de ellos sangraba y le producía intenso dolor.

Añadió King:

—Vayan hacia esa pared y colóquense de cara a la misma.

La nueva orden fue también atendida sin la más pequeña vacilación.

—Señorita —pidió el muchacho a la joven—: es necesario ser fuerte; ayúdeme, registrando a esos hombres, no sea que tengan

más armas y nos estropeen el final. Por favor… No tenga miedo. Si se mueven les dejaré clavados en el sitio.

Nelly, haciendo una demostración de entereza, llevó a cabo lo que se le encomendaba y encontró armas cortas en las sobaqueras de los vencidos.

—¡Magnífico! —exclamó Wyler—. Salga ahora. Yo la seguiré.

Ganó ella la puerta. King retrocedió luego, sin perder de vista a sus enemigos, a los cuales advirtió:

—No se den demasiada prisa en perseguirme, ¿eh? Podrían encontrarse con nuevas raciones de plomo.

Puso la llave por fuera y salió, cerrando tras sí. Nelly aguardaba a pocos pasos. La enlazó él por la cintura, diciendo:

—Hemos de demostrar que tenemos buenas piernas. Aunque esta casa se halla aislada, han sido muchos los fuegos artificiales y pudieran darnos un disgusto los que les hayan prestado atención.

CAPÍTULO III

EL «HAMBRIENTO»

Por indicación de King dieron vueltas y cruzaron calles con objeto de desorientar a quien hubiera podido seguirles.

Nelly, de cuyo semblante no se borraba el gesto de espanto, se detenía a veces y miraba hacia atrás cual si tratara de penetrar las tinieblas que les envolvían.

—Vamos, vamos… —la incitaba él.

Pasaron ante un restaurante de Fulton Market, y el muchacho sugirió:

—Entremos. Hace horas que no cómo y el ejercicio me ha agudizado el apetito.

Nelly opuso reparos, pero acabó dejándose convencer y ocuparon una mesa en la salita anexa al salón principal.

—No podré comer nada, señor Wyler.

—Llámeme Irving. Aunque hace poco que nos conocemos, nuestras relaciones amistosas se han iniciado de modo tan extraordinario, que bien podemos rendirles el tributo de cierto trato de confianza.

Sonrió la muchacha, triste y dulcemente. Añadió él:

—Así está usted más bonita. Bueno, el camarero viene hacia acá. Vaya pensando en lo que va a pedir. Aunque estoy muy mal de fondos, me sobra dinero para invitarla.

—Pero si es que…

—No admito disculpas. Debe reponer fuerzas. Además, me desagrada comer solo.

Eligieron los platos. King esforzábase en animar a su compañera.

—De momento no puedo ofrecerle protección económica —dijo —, pero confío en estabilizar pronto mi posición, aunque se me

haya venido abajo todo el plan que tenía trazado. Soy hombre de recursos.

—¿Era usted muy amigo de mi tío?

—No; ni siquiera nos conocíamos. Su amistad era con mi padre. Le escribí bajo sus auspicios, porque en Washington me había hecho… demasiado popular, y no tardó en contestarme ofreciéndome aquí amplio campo para hacer dinero. Vea su carta.

Rebuscó en los bolsillos y puso ante los ojos de la muchacha un pliego en el cual, efectivamente, Schuyler le escribía que en atención a su padre le dispensaría protección y que estaba seguro de que no tardaría en abrirse paso.

—Sí; es lamentable —comentó ella—. Mi tío le hubiera sido bastante útil. Era agente de negocios y, a juzgar por sus ingresos, debía tener amplias relaciones y ganar dinero en abundancia. Yo no carecía de nada preciso… como no fuera de afecto. Era un carácter duro, poco comunicativo. A veces se pasaba días y días sin aparecer. Yo, claro… no tenía derecho a quejarme; nuestro parentesco es muy lejano; era primo de mi padre…

—¿Su padre vive?

—No; ni mi madre tampoco. Sólo me quedan en el mundo unos parientes remotos en un pueblecito de California.

En su acento había amargura mal disimulada. King tornó a infundirle ánimos:

—Nunca se deben admitir motivos suficientes para la desesperación. Encontrará trabajo. Yo, según le he dicho, y aunque no sé cómo, tropezaré pronto con la manera de ganar billetes, de los cuales podrá disponer a su gusto. Por de pronto mi capital se reduce a cincuenta dólares; le brindo la mitad… —interrumpióse al reparar en la expresión de su interlocutora, y añadió, cambiando de tono—: Oiga, muchacha: conste que no le pido nada a cambio. Podré ser un cabeza loca, como dicen, y no reparar en los medios de obtener dinero, pero en el fondo soy un caballero… a veces, hasta con las damas. Usted es muy bonita, y si nos hubiéramos encontrado de otra manera, cabe en lo posible que hubiera tratado de conquistarla; pero la he salvado de un peligro grave y me inspiraría asco a mí mismo si pretendiera cobrarme el favor, ¿entiende? Lo que le ofrezco es de buena voluntad y sin que medie ningún propósito oculto.

Tornó Nelly a sonreír suavemente. A sus ojos asomaba la gratitud. Contempló con mayor interés a aquel hombre hercúleo, varonilmente guapo, poseedor de simpatía irresistible, que no vacilaba en exteriorizar sus emociones como pudiera hacerlo un niño de pocos años.

—Perdóneme por haber dudado de usted un instante —susurró, en voz queda.

—¿Acepta, entonces…?

—No, gracias, no lo necesito. Cuento con dinero para defenderme algunos meses.

—Pero… ¿lo lleva encima?

—Lo dejé en la casa.

—Entonces…

—Es que volveré a ella tan pronto como las autoridades me lo permitan. Y, a propósito de autoridades: estamos en la obligación de informarles de lo sucedido.

Wyler torció el gesto de manera expresiva y guardó silencio, cuyo significado resultaba fácil de interpretar. Inquirió la joven:

—¿No cree que es mi obligación?

—Sí… claro… Alguien sabrá que usted habita allí, y de no hacerlo, podrían creerla complicada en el asunto. De todos modos, procure no mencionarme, y si me menciona, descríbame de manera completamente distinta a como soy y no cite mi nombre ni las razones que me llevaron a la casa. Aunque no he cometido delitos graves, les tengo horror a los policías. Siempre quieren enredar a uno con preguntas y molestias… ¿comprende?

—Comprendo, sí —contestó ella, exteriorizando amargura.

Les sirvieron el primer plato. King lanzóse sobre él haciendo honor a lo que antes dijera sobre su apetito; Nelly apenas si probó bocado. Fue necesario que su interlocutor le insistiese una vez y otra.

La comida transcurrió poco menos que en silencio, pues Wyler, que era quien había llevado la voz cantante, dedicaba toda su atención a devorar.

—No puedo seguir —dijo la muchacha, renunciando a nuevos esfuerzos—. Además… comprendo que hago mal retrasando el aviso a la policía.

Levantóse, dispuesta a marchar. King la observó con disgusto y

dijo, excusándose:

—No la acompaño. Ya le he dicho antes…

—Sí, sí; no lo repita. Me atendré a sus instrucciones. Nadie conocerá por mí su personalidad. Claro es que si aquellos hombres que llegaron a última hora hablan…

Wyler se mordió los labios:

—No se me cae de la cabeza ese riesgo. Bueno… de todas las maneras, usted limítese a decir que apenas estuvimos en la calle me di buena prisa en desaparecer.

—¿No sería preferible que se presentase conmigo? Yo atestiguaría que me salvó la vida…

—Gracias. No me conviene el asunto.

Hizo ella un gesto de resignación y le tendió la mano.

—Volveremos a vernos, Nelly —exclamó él, estrechándosela—. Iré por la casa del crimen apenas sepa que se encuentra usted en ella.

—Lamentaría que se comprometiese.

—Hay dos cosas que me inducirían a hacer lo que digo: usted y la atracción que el peligro ha ejercido siempre sobre mí. Bueno, adiós. Guárdese mucho. No sabemos si esa gentuza la odiará también como a su tío.

—No lo creo. Adiós y gracias otra vez.

Salió con paso inseguro. King no apartó la vista de ella hasta que hubo desaparecido. Luego enfrascóse de nuevo en las viandas que tenía delante.

Aunque no dejaba de comer y beber con delectación, pensaba mucho, a juzgar por la vertical arruga que se le había formado en el entrecejo.

Después de los postres encendió un cigarrillo y se retrepó en el asiento con ánimo de saborearlo.

Un hombre de apariencia muy modesta apareció bajo el dintel y fijó la mirada en el joven, luego de haberla paseado por las demás mesas vacías. Era relativamente joven, gordo, fofo, de pelo rojizo. King no le concedió, en principio, atención alguna, pero al ver que se le dirigía, frunció la frente.

—Buenas noches, señor —murmuró el desconocido, con acento humilde—. Le pido que me perdone… No soy un pordiosero… Jamás pedí a nadie nada, pero… ¡no puedo más! Tengo hambre. Si

usted me invitase, aunque fuera a un simple bocadillo, se lo agradecería siempre.

Wyler substituyó su expresión inquisitiva por otra risueña, al contestar:

—No ha estado usted muy acertado al elegir a la «víctima», amigo. Mi cartera se halla a punto de dar las últimas boqueadas, pero no se preocupe. Haría mal la digestión si le dejara a usted con hambre después de habérmelo dicho. Siéntese y pida lo que quiera.

—Gracias, señor, muchas gracias.

Apresuróse el hombre gordo a situarse frente al muchacho, quien, hizo señas al camarero para que se aproximase. El menú elegido por aquél fue muy modesto. Mientras lo consumía deshacíase en manifestaciones de gratitud. Observó Wyler, con cierta extrañeza, que el hambriento no demostraba demasiada ansiedad en consumir lo que le iban sirviendo, si bien acabó diciéndose que probablemente se esforzaba en cubrir las fórmulas. Y le animó, campechano:

—Coma a su gusto y lo que le apetezca. De todos modos, puesto a «derrochar»…

—Es usted muy amable; de las pocas personas amables y buenas que he encontrado desde hace algún tiempo. Estaba realmente desesperado. ¡No hay nada tan terrible como la hostilidad que rezuma cada gran población para con los parias, sobre todo si son forasteros! La gente pasa cerca de uno, ríe, bromea, vive en fin, sin concedernos una simple mirada, ajena a nuestra angustia, a nuestro dolor. ¡Y luego, todos se sorprenden de que se cometan actos punibles!… —interrumpióse y cambió de tono para agregar, mirando a su interlocutor con fijeza—: Acaso sepa usted algo, por propia experiencia, de lo que digo; esa manifestación de que su cartera se encuentra casi vacía me hace pensar… Pero ¡no debe preocuparse! Para un hombre como usted, sobre todo si es decidido, los problemas de esta índole no existen. Bien… Permítame que me presente. Me llamo Phineas Attot, para servirle.

—Mucho gusto. King Wyler es mi nombre.

—Encantado, señor Wyler, y perdone que me haya atrevido a hacer suposiciones sobre su situación.

De momento en momento, iba King encontrando interesante a aquel individuo. Le gustaba estudiar a las personas. Tanto por ello

como porque siempre le había agradado tener con quien charlar mientras hacía la digestión, prestó alas al hombre gordo, diciendo:

—Ha dado usted en la diana. No creo transcurran muchos días sin que nuestras posiciones económicas puedan medirse por el mismo rasero.

—¡Oh, no, no! —afirmó Phineas con seguridad—. Me precio de buen psicólogo, y sé que usted es un hombre predestinado para el triunfo. Posee juventud, fortaleza que salta a la vista, simpatía extraordinaria… ¡Conseguirá lo que se proponga… a menos que un exceso de escrúpulos llene de piedras su camino!

Tal aseveración hizo crecer la extrañeza de King, quien, puesto en guardia, fue midiendo sus manifestaciones, economizando frases y prodigando, en cambio, gestos expresivos. Phineas, en cambio, acentuando la desenvoltura, habló extensamente de los muchos caminos que había en Nueva York para hacerse rico con facilidad.

Le atajó, al fin, el joven:

—Si conoce usted esos senderos, ¿cómo se resigna a la miseria?

—¡Ah, porque yo no poseo sus aptitudes!

—Y… ¿qué sabe usted de ellas?

Sonrió el interrogado por vez primera y repuso:

—Es posible que éste más enterado de lo qué imagina.

No era King amigo de las ambigüedades. Inclinó el busto sobre la mesa, y alargando las manos, sujetó las del pelirrojo, a la par que decía:

—Oiga, amigo: va usted a explicarme eso, ¿entiende? Empiezo a sospechar que ha venido aquí con un fin determinado y que lo del hambre ha sido un pretexto para entablar conversación. ¿Me equivoco mucho?

Sin tratar de soltarse, Phineas acentuó la sonrisa y replicó:

—Además de ser decidido, tiene usted una inteligencia despierta.

—¡Respóndame!

—Pues… Entra en lo posible que no ande muy descaminado. Y ahora, dígame: si se le presentara ocasión de ganar buenos billetes, ¿la desdeñaría usted, aunque hubiera de vencer algunos obstáculos?

—¡No tengo por qué contestar a esa pregunta!

—Haga lo que quiera. Usted me ha invitado a cenar; yo le invito a que reflexione sobre lo que acaba de oír. Vuelva, si gusta, a este

restaurante mañana a la misma hora. Pero venga solo y no cometa imprudencia alguna. Si me hace caso, se alegrará; si no… ¡allá usted!…

—Pero…

—Siga escuchándome, por favor —hablaba ahora susurrando débilmente—. Sé todo lo que ha ocurrido en la casa de Dean Schuyler. Yo estaba allí, ¿entiende? Su manera de liquidar a Griff «El Buitre», así como su comportamiento con los que entraron después, me llenó de asombro. Ahora se explicará mis manifestaciones de que es usted un hombre excepcional. Le he seguido, pero no quise interrumpir su diálogo con la sobrina de Schuyler. Por eso aguardé a que se alejase e inventé el cuento del hambre, quería hablar con usted y formarme un concepto definitivo a través de la conversación. No tema que le delate por lo que ha hecho, a menos que dé motivos, ni se figure que pretendo hacerle víctima de un chantaje. Repito que le haré ganar mucho dinero si ese valor de que ha hecho gala no ha sido circunstancial.

Wyler, denotando estupor, parpadeó nerviosamente; luego se pasó repetidas veces la mano por la barbilla, como si reflexionase.

—¡Que cosas!… —murmuró entre dientes.

—¿Ha visto qué cosas?… Bien; voy a dejarle. No me gusta violentar las situaciones, ¿estará mañana aquí, a esta misma hora?

—Creo que no me haré esperar.

—Me agrada la respuesta. ¿Tiene elegido sitio para pasar la noche?

—No.

—Le sugiero un hotel llamado «La Perla», en Spruce. Allí le tratarán muy bien.

Wyler asintió sin palabras y Phineas escribió en una tarjeta las señas exactas del establecimiento recomendado.

—Aquí tiene. Hasta mañana a esta hora.

Se alejó con paso rápido, impropio de su obesidad. King se sumió en reflexiones. El camarero se acercó a él, trayendo en la bandeja café y coñac.

—No he pedido eso.

—Perdón… pero el caballero que acaba de salir me ha ordenado que se lo sirva y me ha abonado su importe, así como el de todo lo consumido.

—Bien, pues considere como ampliación de propina ese importe del coñac y café y no me lo sirva. Yo sólo tomo lo que encargo.

Retiróse el camarero sin comentario alguno, King prendió otro cigarrillo.

Andando con parsimonia, dirigiendo una última mirada al local, salió del restaurante.

Había dejado de llover y soplaba un viento desagradable. Irving, hundidas las manos en los bolsillos del abrigo, avanzó a buen paso por las semidesiertas calles, con dirección a Spruce. Un hombre alto y fuerte caminaba tras él, procurando conservar cierta distancia y no hacerse visible. Fueron, precisamente, sus precauciones las que hicieron que King, siempre en guardia, sospechase que le seguía. Para comprobarlo se detuvo, so pretexto de encender un cigarrillo. Utilizo varios fósforos, que apago en el momento de frotarlos, como si el viento le impidiese conseguir su propósito. El hombre que despertara sus sospechas continuó andando y cruzó a la acera de enfrente, Irving admitió la posibilidad de que sus temores fueran infundados, sobre todo al ver que el desconocido doblaba la esquina próxima. Reanudó la marcha. A las pocas yardas del sitio por donde el otro desapareciera, simuló un fuerte estornudo que le permitió dirigir hacia atrás una rápida mirada. El perseguidor había reaparecido. King distendió los labios en burlona sonrisa y acortó el paso. Echó a andar por la primera calleja transversal, se detuvo y quedó muy arrimado a la pared. Pronto llegó hasta él el ruido de rápidas pisadas, no tardando en aparecer el espía, o lo que fuese, quien, al verlo, parado, no pudo disimular un gesto de sorpresa.

—Hola, amigo —exclamó Wyler—. ¿Le es igual pasar delante? Me he cansado de sentirle a mis espaldas. Vamos a cambiar las tornas, ¿eh?

—No sé lo que quiere decir —contestó el otro, de pial talante.

—¿De veras?… Bueno… lo sepa o no, hágame paso y siga su camino.

Agresivo, respondió el así tratado:

—Oiga… Yo voy por donde me da la gana y al paso que quiero.

—¿Significa eso que se empeña en seguirme?

—Si usted lo cree así…

No pudo terminar la frase. El puño de Wyler salió disparado como una bala de canon y fue a estrellarse contra el rostro del que

le hablaba, quien retrocedió tambaleándose y mascullando imprecaciones. Recobró el equilibrio y se lanzó como un toro sobre el muchacho; pero éste le esperaba a pie firme, esquivó la acometida y le golpeo la sien izquierda con tanta eficacia, que le vio car completamente K. O.

—¡Vaya nochecita accidentada! —comentó el vencedor, respirando fuerte e inclinándose sobre su antagonista para comprobar las consecuencias del puñetazo.

—Tiene para un ratito —masculló.

Reanudo la marcha precipitadamente, temeroso de tener que repetir la suerte con algún posible compañero del caído.

Le estaban ocurriendo demasiadas cosas para que pudiera creer en la normalidad de ninguna de ellas.

Descubrió un coche de alquiler, lo detuvo, y se hizo conducir al hotel recomendado por Phineas Attot.

CAPÍTULO IV

«LA FIERECILLA»

«La Perla» era un hotel sin pretensiones, pero donde la limpieza se acusaba hasta en los más pequeños detalles. Ocupaba el piso segundo del edificio en que se hallaba instalado. Dirigía sus destinos un hombre llamado Humphrey Nevin, individuo de fuerte contextura física, gesto huraño y pocas palabras. Diríase que se esforzaba siempre en aparecer rudo y ocultar así cierto sello de distinción que emanaba de toda su persona.

El mayor encanto del establecimiento constituíalo Ginger Morris, linda muchacha de blanca tez, cabello cobrizo, boca hechicera, ojos grandes y obscuros sombreados por largas pestañas rizosas, y cuerpo de líneas tan perfectas que hubieran maravillado al más exigente escultor.

No usaba afeites; incluso notábasele cierto descuido en el vestir, cual si a conciencia se propusiese restar encantos a su belleza turbadora.

«La Fierecilla» le llamaban cuántos la conocían, remoquete ganado por su arisco carácter y por la valentía con que acostumbraba hacer frente a los atrevimientos de sus galanteadores. Había abofeteado a más de uno, y en cierta ocasión llegó a defenderse pistola en mano de cierto sujeto que quiso propasarse empleando la violencia.

La única persona ante quién se mostraba sumisa era Humphrey Nevin, su padrastro. Nunca se le rebeló, ni hubo quien la oyera quejarse al recibir sus órdenes, no siempre gratas, pues lo mismo entraba en sus obligaciones atender la caja que servir las mesas, o arreglar los cuartos de los huéspedes.

Aquella noche, como era muy tarde, tanto los camareros como la

cocinera y las muchachas que prestaban servicio en «La Perla» se habían retirado, como asimismo Humphrey. Ginger acababa el arqueo, cuando penetró King en el pequeño recibidor.

Miróle ella con su habitual gesto huraño.

—¿Qué desea?

—Hospedarme aquí… si no hay inconveniente.

—No lo hay, claro.

—¡Ah! Yo es que… viéndola con esa cara de pocos amigos, he sentido de pronto el temor de que fuera a pegarme.

Se expresó en tono bromista, envolviendo las palabras en una sonrisa irresistible que le era habitual. Ginger le miró con dureza, exteriorizando de modo bien claro la poca gracia que le había hecho la salida. Puso el libro-registro ante él, y dijo secamente:

—Inscríbase, y suprima palabras inútiles.

—Perdone… Creí que hablaba con una mujer… y resulta que lo hago con un guardia.

Acentuóse la acritud del gesto femenino. Wyler se puso serio también. Bonita era la muchacha, pero ni ella ni todas las bellezas habidas y por haber contaban con méritos suficientes para que él considerase admisible aquel trato despectivo. No presumía de conquistador ni pretendía que las mujeres se le rindiesen con facilidad, pero sí que le correspondieran en la misma medida amable que él con tanta sencillez prodigaba.

Llevó a cabo la inscripción en silencio, y mientras guardaba la pluma, dijo con punzante tono:

—Dígnese señalarme mi cuarto, altiva vestal. ¡Ah!, y tranquilícese: no volveré a molestarla con mis impertinencias.

Ginger le observó a través de sus largas pestañas semientornadas. En realidad, hasta aquel instante no le había concedido atención alguna. Fue entonces cuando paró mientes en que se hallaba ante un hombre verdaderamente atractivo, distinto, quizás, a cuantos conociera hasta entonces. Su semblante no reflejó por eso alteración alguna.

—El número dieciocho, por ese pasillo de la izquierda —dijo sin tono.

King le volvió la espalda y tomó la dirección indicada.

Frunció Ginger los labios en un rictus que resultaba delicioso sin que ella lo supiese. Aquel hombre la había desarmado con su

desdén. Y la verdad era que, además de simpático, podía presumir de gran tipo.

Se encogió de hombros. En medio de todo, ¿qué le importaba a ella? Más o menos agradable, pero, al fin, uno más; siempre uno más. Tenía sueño. ¡A dormir, y a echar la acostumbrada losa de plomo sobre todo escape quimérico!

Wyler encontró agradable la habitación. Todo tan blanco, tan reluciente…

También tenía sueño él. Se desnudó perezosamente y se introdujo en la cama. Su último pensamiento antes de dormirse fue para la huraña y preciosa criatura que le había mirado como a un enemigo. Preguntóse la relación que pudiera tener con Phineas y con todo lo que le venía ocurriendo. El hecho de que se le hubiera recomendado aquel hotel autorizábale a pensar que cuántos estaban allí podían hallarse unidos por algún lazo con el «hambriento» gordinflón.

Cuando vio la hora en el reloj que dejara sobre la mesilla de noche lanzó un prolongado silbido.

—¡Vaya manera de dormir! —Díjose a sí mismo, desperezándose.

Se tiró de la cama, abogando un nuevo bostezo, y pulsó el timbre junto a su mano.

Un camarero entró, luego de haber pedido permiso.

—Quisiera ducharme —indicó King.

Fue guiado al cuarto de aseo. Volvió luego al suyo y se vistió sin prisas. Finalmente encaminóse al comedor. En el pasillo se cruzó con Ginger, a la que hizo un ligero y frío saludo. Le correspondió ella de igual manera, si bien en su fuero interno experimentó algo parecido a disgusto por aquella actitud que tanto chocaba con la de los hombres que se veía obligada a tratar.

El primer turno había terminado, y del segundo quedaba ya muy poca gente.

Wyler fue a tomar asiento junto a una mesa relativamente próxima a la que ocupaba un tipo fuerte, con cara de bruto, en el que había descubierto un extraño parpadeo al verle aparecer. El sujeto en cuestión dio ligeras señales de embriaguez disimulada.

Ginger entró a los pocos minutos y entregó a King la lista del menú. Eligió él los platos con la menor cantidad posible de

palabras. La joven dispúsose a salir. En el momento de pasar cerca del hombre de la cara brutal alargó éste una mano con intención de alcanzarla.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó Ginger, iracunda.

—No te enfades, gatita. Ha sido una broma.

—Pues bromee con su nariz… y no repita la suerte.

Desapareció, mientras el semiborracho reía de manera estúpida y se dirigía a Wyler, diciendo:

—¡Es un soberbio ejemplar!, ¿no le parece?

—Sí —contestó el joven, secamente, dando a entender la poca gana que tenía de conversación. El antipático sujeto no pareció darse cuenta y siguió diciendo cosas de mal gusto acerca de la belleza de la arisca muchacha. Comprobando al fin el hostil silencio con que eran acogidas sus palabras, la emprendió con los postres, rociándolos con vino.

Uno de los camareros sirvió a Wyler, el cual, como de costumbre, hizo gala de su excelente apetito.

Terminando estaba de comer cuando Ginger entró nuevamente en la estancia. El beodo le echó la zarpa sobre una de las muñecas a la par que decía:

—Esta vez me harás caso, monada.

La joven, rechinando los dientes, le dio un tremendo bofetón.

—¿A mí? ¿Pegarme a mí? —rugió el agredido, levantando el puño y disponiéndose a descargarlo sobré el rostro de la mujer. No pudo hacerlo: King saltó como un gato y se lo sujetó en el aire, retorciéndoselo y obligándole a lanzar una especie de gruñido. Ginger se había soltado y enarbolaba una silla. Los demás comensales la contuvieron.

—¡Es usted una mala bestia! —exclamó King, soltando el puño del borracho y empujándole contra la pared.

—¡Y usted un entrometido indeseable! —replicó éste, reponiéndose—. ¡Va a saber lo que es bueno!

Estaba muy orgulloso de su fuerza y daba por seguro el aniquilamiento del que había osado lastimarle.

La gente se retiró para no ser alcanzada.

Encogido, hundida la barbilla en el pecho y cerradas las manazas, avanzó el odioso tipo hacia King, el cual se había colocado en el centro de la habitación, adelantada la pierna

izquierda y levemente inclinado el busto. Sus labios dejaban escapar un primer tiempo de sonrisa desdeñosa. Se inclinó en el preciso instante en que el enemigo pretendía alcanzarle el rostro y le dio en el estómago tan fuerte cabezazo que le hizo doblarse cual si le hubieran partido por la mitad. Simultáneamente, un gancho de izquierda al mentón remató la obra. El grosero sujeto cayó, asemejándose a un globo desinflado.

La pelea había resultado extraordinariamente rápida En los semblantes de los testigos pintábase simpatía y admiración hacia King. Ginger le miraba fijamente, muy abiertos los bellísimos ojos.

Acudió Humphrey, atraído por el alboroto. Le seguían los camareros.

—¿Qué sucede aquí?

Fueron varios a explicárselo, pero él prestó atención preferente a Ginger, quien dijo, señalando al caído y a Wyler:

—Ese hombre me molestó y éste ha salido en mi defensa.

Quizá impulsado por el propósito de mostrarse rudo, Nevin se encaró agriamente con la muchacha:

—Tú tienes la culpa. Siempre estás dando motivos a que los hombres se enfrenten.

—¡Yo no he hecho nada!

—¿Te atreves a contradecirme?

En el gesto y en el tono de Humphrey había una amenaza feroz. King le puso suavemente una mano en el pecho y le obligó a retroceder, diciendo:

—¡Cuidado, amigo! Esta señorita dice la verdad y no hay razón alguna para que la regañe.

Nevin achicó los ojos, de los que brotaron chispas.

—¡No hacen falta sus declaraciones! —masculló—. En mi casa no quiero escándalos. ¡Sé lo que me hago llamando la atención a Ginger!

—¡Llámesela si quiere… pero en otro tono!

—¿Va usted a darme lecciones?

—Sí, puesto que las necesita. Y no me mire de esa manera, a menos que desee rodar por el suelo como ese títere.

La reacción de Ginger desconcertó a cuántos había en la estancia: se interpuso entre los dos hombres y se encaró con King, diciendo:

—¡No he pedido su ayuda ni le permito que diga una palabra desagradable a mi padre!

—¡Ah… es su padre!…

—Bueno… como si lo fuera.

Al hablar, clavábale agresiva el obscuro fulgor de sus ojos.

King apretó primero los dientes; luego lanzó una alegre risotada, y exclamó:

—¡Me lo tengo bien merecido por idiota! ¿Quién me manda meterme a defender cardos?

Se estiró el traje, ligeramente arrugado, saludó graciosamente y ganó la puerta entre la admiración creciente de cuántos quedaban atrás, sin excepción alguna.

Ya en la calle, compró un periódico y buscó en sus páginas con interés. En la sección de sucesos se daba cuenta de la muerte de Dean Schuyler y de otro sujeto llamado Griff Scab. A él no se le aludía para nada. Tampoco se hacía mención a los dos sujetos que entraron a última hora pretendiendo atraparle.

—¡Buena chica! —comentó Wyler entre dientes, pensando en Nelly—. ¡Ha sabido no irse de la lengua, cosa rara en una mujer!

En la misma sección se informaba, dedicándole bastante más espacio, de la muerte de Gordon Allen. Había frases duras para la policía y exigíase la inmediata busca y captura del asesino.

Guardó el periódico para acabar de leerlo en mejor ocasión y encaminóse hacia la casa donde Schuyler y «el buitre» hallaran su fin. Tenía interés en comprobar si Nelly estaba ya en la misma. Se encontró con lo que había supuesto: las puertas estaban cerradas y precintadas. Torció la boca, exteriorizando disgusto. De pronto experimentó el deseo incontenible de penetrar en aquel escenario del crimen. Miró en derredor. Nadie a la vista. Con disimulo fue repasando las maderas de las ventanas correspondientes al semisótano, las cuales quedaban a un metro escaso de la calle. La tercera no estaba echada. Empujó y, en cuestión de segundos, encontrase dentro, cerrando tras sí.

Un silencio impresionante lo envolvía todo.

Wyler, adoptando precauciones, echó una mirada ten torno sin descubrir nada que le llamase la atención. Aquel semisótano había, sido amueblado normalmente, pues reunía condiciones de habitabilidad. Subió los pocos peldaños que le separaban de la

planta siguiente y abarcó el lugar de la tragedia, el cual encontrábase tal como él lo dejó, a excepción de los cadáveres que, naturalmente, fueron levantados horas atrás. Por todas parles veíanse manchas secas de sangre.

King dio por seguro que las autoridades habrían efectuado un registro a fondo y que no era probable hubieran dejado nada digno de interés; mas no por eso desistió de hacer otro tanto.

Sacó un juego de ganzúas y se dispuso a empezar por los cajones de la mesa-escritorio; pero se contuvo. Acababa de oír un ruido extraño, cuya procedencia no le resultó posible localizar. Empuñó la pistola y quedó inmóvil, conteniendo hasta la respiración. No se repitió el ruido. Llegó a creer que todo había sido producto de la excitación de sus nervios. Pero, aun así, estimó procedente recorrer todas las habitaciones antes de consagrar la atención a las demás cosas. Abrió de par en par las puertas de la que tenía más próxima, y, desde fuera, miró al interior. Estaba decorada con sencillez y contenía escasos muebles. Le bastó una ojeada para convencerse de que no se ocultaba allí persona alguna.

En el preciso instante en que se disponía a dar media vuelta, un enmascarado, surgido de la estancia frontera a la que él inspeccionaba, le descargó en la cabeza un golpe, no lo suficientemente fuerte para matarle, pero sí para privarle de conocimiento.

La primera sensación que tuvo al volver en sí fue la de que su cabeza había aumentado de tamaño, a juzgar por lo que le pesaba. Instintivamente llevó la mano a ella y experimentó un dolor agudo. Pero, contra lo que temía, no la retiró llena de sangre.

Se incorporó a medias, quedando sentado sobre la alfombra, y, aturdido aún, rememoró el suceso de que había sido víctima.

Estaba fuera de duda el hecho de que no quisieron matarle. Ni siquiera se habían llevado la pistola que dejó caer al recibir el mazazo, y que divisó a unos pasos de distancia. Apoderándose de la misma, comprobó que estaba cargada y la hizo desaparecer en uno de sus bolsillos.

Todo continuaba igual a como lo viera antes de perder el conocimiento.

Acabo diciéndose que la intención del que le había agredido debió ser, simplemente, impedir que estorbaran la labor que estaba

realizando.

Tan pronto como hubo recuperado parte de sus energías se puso en pie y recogió el sombrero, al que dijo, humorísticamente:

—No sé si me servirás… El sitio que has de cubrir ha engordado…

Volvió a tocarse el bulto que el golpe hizo surgir, y pensó que varias compresas de agua fría le harían mucho bien. Decididamente dispúsose a buscar el lavabo. Adopto precauciones, aunque se dijo que iban a ser innecesarias. Desde el momento en que su desconocido aporreador no se había preocupado ni de maniatarle, era porque se había marchado ya. Hubiera dado cualquier cosa por tropezárselo y corresponderle con una «caricia» de las suyas al trato de que le había hecho objeto.

Como imaginó, en la casa no quedaba más ser viviente que él mismo.

Luego de recorrerla totalmente, volvió al cuarto de baño, visto antes al pasar, y estuvo bastante tiempo poniéndose agua en el chichón, cuyo tamaño no mostraba síntomas de decrecimiento.

Volvió por fin a la sala donde le acometieran, dispuesto a efectuar el verdadero registro, comenzando por donde antes lo iniciara, y lanzó un tenue silbido, exponente de sorpresa, al descubrir una hoja de papel sobre la cual había escrito alguien, con letras mayúsculas:

> «NO SIGA PECANDO DE CURIOSO. PODRÍA COSTARLE MUY CARO».

Guardando la nota, quedó varios instantes pensativo. Luego, encogiéndose de hombros, puso la pistola sobre la mesa y cogió otra vez las ganzúas. No le hicieron falta. Los cajones estaban abiertos. Su antecesor en aquella tarea quiso, probablemente, demostrarle que nada le quedaba por hacer en tal sentido.

Comprendiéndolo así, renunció a continuar. ¿Para qué perder tiempo a sabiendas de que no encontraría nada de valor?

Tornó a apoderarse del arma y, utilizando el mismo procedimiento que empleara para entrar, ganó otra vez la calle.

Iba disgustado consigo mismo por aquel fracaso, y, al propio tiempo, esforzándose en sacarle posibles consecuencias.

CAPÍTULO V

LA VOZ MISTERIOSA

A la hora convenida llegó King al restaurante donde conociera a Phineas Attot. Paseó la mirada por las mesas sin descubrirle, y fue a tomar asiento en el mismo saloncito de la noche anterior.

Acercósele el camarero, y él pidió café y coñac, lo mismo que veinticuatro horas antes rechazase al serle servido contra su deseo.

Al cabo de diez minutos entró un hombre, cuya cara era nueva para el muchacho, y, luego de observarle con disimulo, se le acercó, diciendo:

—Perdone… ¿Es usted el señor Wyler?

—En efecto.

—¿Quiere decirme su nombre?

—King.

—Gracias. La descripción coincide con la que me han hecho, pero nunca están de más las precauciones. Traigo un recado para usted de la persona a quien espera. ¿Será tan amable que me diga cómo se llama esa persona?

—¿No le parece, amigo, que pregunta demasiado, y que yo también debo tomar precauciones antes de responder?



—¿No le parece, amigo, que pregunta demasiado...?

El desconocido sonrió satisfecho, y murmuró:

—Me parece lógica su actitud. No creo, sin embargo, que tenga inconveniente en facilitarme algún dato característico, por pequeño que sea, de esa persona.

—Se trata de un hombre pelirrojo.

—Gracias. Me basta con eso. Lea esta nota.

Entregó a Wyler un plieguecillo que decía:

«Si el resultado de sus reflexiones es interesarse por lo que le sugerí anoche, siga al portador y absténgase de hacerle preguntas».

No había firma.

Irving reflexionó brevemente, y contestó, al fin:

—Vamos donde sea. ¿Quiere tomar algo antes?

—No, gracias.

—A su gusto.

Abonó el importe de lo consumido y salió tras el emisario. En la puerta esperaba un modesto «Chevrolet».

—Suba, por favor.

Abrió la portezuela a Wyler, quien entró sin vacilar, y él se acomodó ante el volante. El coche se puso en marcha y fue dejando tras sí calles, avenidas…

Al cruzar el ángulo de Times Square, el muchacho tuvo la corazonada que se dirigían a Harlem, «la ciudad negra». No se equivocó: a través de la ventanilla fue viendo pronto los letreros luminosos de los *dancings*, de los *cabarets* característicos, verdaderos palacios del *jazz* en cuyos interiores la música imita gritos, quejidos, risas, gruñidos de animales, címbalos y cascabeles… mientras la multitud, en su mayoría de color, se agita como electrizada siguiendo una sucesión de ritmos que la enloquece y que hace pensar en la selva.

Cruzaron la avenida Lenox y detuviéronse al fin al comienzo de una calle estrecha y no muy bien iluminada.

El conductor saltó del *baquet* y pulsó el timbre con ligeras intermitencias. La puerta se abrió suavemente. Ambos penetraron en un pequeño *hall* amueblado sin gusto ni riqueza.

—Siéntese y espere un poco —indicó el desconocido. Y desapareció tras las cortinas del fondo.

King dejóse caer en un sillón y encendió un cigarrillo.

La aventura, lejos de producirle inquietud, iba interesándole cada vez más.

Oyó pisadas. Entró Phineas y le saludó tendiéndole la mano.

—Excúseme por no haber acudido personalmente al restaurante —dijo—. Me hubiera gustado hacerlo, pero el jefe lo estimó improcedente y dio la orden, de que se hicieran las cosas como se han hecho.

—¿El jefe, dice?

—Exactamente.

Si esperaba Attot que el muchacho se mostrase curioso al oírle, se llevó un chasco. Irving se encogió ligeramente de hombros, en un movimiento que le era peculiar, y limitóse a decir:

—No importa. Lo único cierto es que estoy aquí, dispuesto a escuchar cuanto quiera decirme.

—¿Sólo a escuchar?

—Por algo se empieza, ¿no? ¿Qué quiere? ¿Que desde ahora le diga que me tiene a sus órdenes? No, amiguito; no me gustan las prisas. Cuando me comprometo a una cosa, es en firme; pero antes de comprometerme procuro pisar siempre terreno seguro. Si esto no le parece bien, podemos dejarlo. Al fin, nada nos liga todavía.

Hablaba despacio, sin calor ni desdén, arrastrando un poco las palabras y dándoles un cierto tono que era característico de los bajos fondos.

Phineas había tomado asiento frente a él. Antes de contestar cortó con los dientes la punta de un grueso cigarro y lo prendió, cachazudo. No recordaba en nada al melifluo «hambriento» del restaurante.

—El hecho de que haya acudido a mi cita —dijo, luego de lanzar al aire una gran bocanada— me autoriza a pensar que le interesa la perspectiva de ganar dinero en abundancia.

—¡Eso, desde luego! —apresuróse a admitir Wyler—. Y lo que quiero saber ahora es si esas palabras responden a la verdad.

—A una verdad absoluta… contando con que no sea usted demasiado escrupuloso.

Los labios del muchacho se entreabrieron en sonrisa cínica.

—¿Escrupuloso?… Y eso… ¿qué quiere decir? Es un «dicho» que no conozco apenas.

—Ni falta que le hace —aprobó el pelirrojo, sonriendo a su vez —. Opino que vamos a entendernos, sólo falta que conteste a esta pregunta: habiendo billetes a ganar, ¿obedecerá lo que se le ordene, sea lo que sea?

—Dependerá de la cantidad de billetes… y de las facilidades que se me den para salir bien librado de los «trabajos».

—De acuerdo. Venga conmigo. Alguien que está por encima de mi va a decirle cosas interesantes.

Levantóse Attot, King hizo otro tanto y fue tras él hasta una estancia lujosa, situada al final de un amplio pasillo.

—Siéntese —invitóle el primero, que se había quedado en la puerta—. Espero que volveremos a vernos pronto.

Retiróse inmediatamente. El joven hizo ademán de seguirle, pero se contuvo en el acto y miró, curioso, cuánto había a su alrededor. Luego, con el cigarrillo entre los labios, se acercó para examinarla a una valiosa acuarela que colgaba de la pared.

—Será preferible que tome asiento —oyó que le decía una voz varonil distinta a la de Phineas.

Volvióse con rapidez. Continuaba sólo en la estancia.

Su fácil risa jugueteóle en los labios.

—¡Qué divertido! —dijo.

La voz misteriosa tornó a dejarse oír:

—Escuche atentamente, King Wyler. Mis palabras van a aclararle un poco la situación en que se encuentra. Conocíamos por Dean Schuyler su prójima llegada. Aunque nos declaró que no le conocía, basándose en los elogios que de usted hacia su propio padre, nos expuso su confianza en que fuese usted un elemento útil para nuestra empresa, y, en principio, nos inclinamos a la posibilidad de admitirle entre nosotros. Quiso la mala fortuna que la arribada de usted a Nueva York coincidiera con la muerte del pobre Schuyler; esto hubiera sido motivo para que el provecto a que acabo de referirme no se realizase; pero, como le hizo saber, la persona que fue a buscarle anoche al restaurante, su manera de desembarazarse de los enemigos que le acometieron en la casa del crimen —llamémosla así—, nos produjo magnífico efecto, induciéndonos a considerar nuevamente la conveniencia de sumarle a nuestras fuerzas.

Wyler, sin demostrar interés alguno en la localización de aquella voz que le hablaba sin duda a través de un micrófono oculto, dijo, en festivo tono:

—¡Vaya! No imaginé que mi desagradable aventura iba a tener tantos espectadores.

—Los tuvo, sin embargo, siga oyéndome. Quisimos, después de lo que acabo de citar, probarle en varios aspectos. El hombre que siguió sus pasos era un colaborador nuestro, como el pseudobeodo a quien dejó usted K. O., esta mañana en la fonda.

—¡Aaaa!…

—Lo único que no nos ha gustado de su actuación ha sido la visita hecha esta mañana a dicha «casa del crimen». ¿Quiere decirme lo que buscaba allí?

—Dinero —fue la espontánea declaración del muchacho—. Estoy a punto de verme sin un dólar, y se me ocurrió la idea de que Schuyler pudiese guardar algún «nidito».

—¿Sólo dinero?…

—Bueno… la verdad es que en eso pensé a última hora. Mi intención primera al dirigirme a ese sitio fue averiguar si la chica, quiero decir la sobrina de Dean, había vuelto y se encontraba bien. Pero… oiga, amigo, ¿no podría usted dar la cara? Me resulta muy desagradable esto de estar charlando con paredes parlantes.

—Por ahora tendrá que conformarse con que hablemos así.

—Bueno… si no hay más remedio… Se me ocurre que, puesto que se haya enterado de esa visita, el chichón que llevo en la cabeza no es un secreto para usted.

—Desde luego, no. Había allí uno de nuestros hombres.

—Pues… ¡me gustaría tenerlo delante! No crea que perdono fácilmente los porrazos.

—Olvide eso y alégrese de que ese hombre le reconociese y supiera nuestras intenciones. De lo contrario, no estaría usted vivo ahora.

—¡Ajá!… ¡Muy reconocido!

El tono empleado en la exclamación resultó tan cómico que dio origen a un conato de risa en la persona oculta que le hablaba, risa sofocada en el acto, y que Wyler no secundó.

Hubo una pausa breve. Añadió aquella voz ignota:

—Olvídese de esa mujer… y de todas las mujeres. Si quiere hacer fortuna, debe consagrarse por completo a las operaciones que se le encomienden, y el elemento femenino suele constituir rémora y peligro en los asuntos de importancia.

—No se pretenderá que haga ascos a las chicas guapas.

—Se pretende que no se interese usted por ninguna, en concreto.

—¡Ah! Siendo así…

—Nos gusta todo lo que hemos apreciado en usted y estamos dispuestos a darle cabida en nuestra organización. ¿Le satisface oír esto?

Wyler no respondió. Su incógnito interlocutor repitió la pregunta.

—Tendré que pensarlo —respondió, al fin, aquél—. Cuando yo diga «sí», ya puede usted estar seguro de que perderé la cabeza antes de dar marcha atrás; pero no quisiera decirlo sin haberlo madurado.

—Bueno… hágalo, si gusta —concedió la voz, con marcadas inflexiones—; pero tenga presente que sabe ya demasiado y que cualquier ligereza le resultaría fatal.

—¡Oiga, oiga!… —apresuróse a decir Wyler—. Amenazas no, ¿entiende? Siempre me han dado asco los chivatos, y no voy a darme asco a mí mismo yéndome de la lengua; pero no por miedo, ¿sabe?, sino por dignidad profesional. Lo que yo sé hasta ahora no vale un *whisky*, y además, no tengo interés en saber nada. Si doy media vuelta, me olvidaré de estas pequeñeces; si no la doy, ¡ya pueden estar seguros de tener en mi persona a un incondicional!

—Tomo nota de esa manifestación. Diga el tiempo que necesita para decidirse. ¡Ah! Quiero añadirle que Dean Schuyler ha sido asesinado por enemigos nuestros y que, si lo desea, le proporcionaremos los medios para que le vengue.

King arrugó el entrecejo, y dijo, tras una breve pausa:

—Mire usted… Yo… no tengo madera de vengador… Si se tratara de defender a ese amigo de mi padre, me jugaría el pellejo; pero, muerto como está, de nada va a servirle que dedique mis horas a pelearme con el que le ha despachado. A mí lo que me interesan son cosas productivas, ¿estamos?

La voz oculta reflejó satisfacción incontenible al comentar:

—Responda, entonces, a lo que he preguntado… ¿Cuándo dará su contestación?

—¿Mi contestación? Verá. Pensándolo bien… Estoy en la miseria… Hace diez años que falto de aquí. No conozco a nadie… Necesito dinero. Déjeme meditar un rato… Bien; ya ha pasado el rato. ¡Conforme! ¡Venga lo que venga!

—¿No hay temor a que se arrepienta?

—¡Cuando Irving Wyler da una palabra, no hay quien la mueva!

—Le felicito. Permanezca ahí unos minutos. Voy a dar instrucciones.

Transcurrió algún tiempo. Wyler no daba señales de impaciencia. Se acomodó lo mejor posible y entornó los párpados.

No tardó mucho en reaparecer Phineas, en cuya cara marcábase un gesto amistoso.

—Hola, muchacho —dijo, al entrar.

—Hola.

—¿Quiere acompasarme? Voy a presentarle a varios amigos con los que probablemente hará usted algunas cosillas. Creo que alguno de ellos no le resultará desconocido del todo. ¡Ah! Tome quinientos dólares para los primeros gastos.

Le alargó un fajo de billetes.

—No está mal como comienzo —dijo King alegremente, guardándose los billetes—. Vamos donde sea. Con este «lenguaje» se entiende uno bien y pronto.

Abandonaron la estancia, cruzando nuevamente el pasillo en sentido opuesto, y Attot empujó una puerta entornada.

—Pase.

Obedeció Wyler y se encontró en una habitación amplia, en la cual había ocho hombres que le observaron en silencio, todos con interés, aunque reflejando distintas impresiones.

Lanzó el joven su acostumbrado silbido de sorpresa al descubrir entre ellos a los dos tipos que pretendieron detenerle la pasada noche en el domicilio de Schuyler; al que había seguido sus pasos cuando salió del restaurante y al pseudobeodo de la fonda.

Phineas que había penetrado tras él, rió ampliamente.

—¿No le dije —preguntó, jocoso— que encontraría caras conocidas? Voy a hacer las presentaciones.

Fue mencionando los nombres y apellidos, falsos o verdaderos, de todos ellos. Unos contestaron abiertamente, otros de modo huraño…

Los que menos efusivos se mostraron fueron el aporreado en la calle, llamado Ernest Lowe, y Gus Segle, el borracho de «La Perla». Este último, en particular, le lanzó una mirada asesina.

Phineas puso fin a la misión que le habían encomendado, diciendo:

—Sería conveniente que se llevaran ustedes bien en lo sucesivo. La Dirección ha formado muy buen concepto de King Wyler, cuyas aptitudes ha habido ocasión de comprobar…

Interrumpióle Segle:

—¡Sííí! No cabe la menor duda de que, por lo menos, es un aprovechado.

El aludido achicó los ojos, preguntando:

—¿Quiere aclarar esas palabras?

—No tengo inconveniente. Se aprovechó usted esta mañana de un ligero descuido mío para zurrarme como a una bestia.

—A cada cual se le pega como lo que es —contestó King, rápido, desconcertando al que le hablaba y provocando risas en los demás.

—¡Oiga; eso…!

Intervino Phineas poniendo paz.

Generalizóse la conversación. A Wyler le resultaba agradable ir viendo las reacciones de aquellos individuos y no mostraba prisa por marchar. El único que le molestaba más y más a cada momento era Gus Segle, quien no desaprovechaba ocasión para zaherir al muchacho.

Cansado éste ya, preguntó a Phineas:

—Oiga… ¿Entra en mis obligaciones soportar a este tipo?

—¡Claro que no!

—Entonces, si sigue molestándome, ¿le puedo sacudir?

Antes de que Attot respondiera, exclamó Segle:

—¡Si eso es lo que estoy provocando! ¿No se ha dado cuenta hasta ahora? ¡Quiero devolverle lo que me hizo esta mañana!

—Un momento —atajó Phineas—. Saben ustedes, y usted debe saberlo desde ahora. Wyler, que no se toleran antagonismos entre los elementos de la organización. Ahora bien; si lo desean, no hay inconveniente en que boxeen un poco siempre que se comprometan a darse al final la mano, sea cual sea el resultado.

La proposición fue acogida con indiferencia por King y con júbilo por los demás.

—¿Traigo guantes? —preguntó uno.

—No hacen falta —apresuróse a decir Segle, quien disimulaba mal su odio y anhelaba producir verdadero daño a su enemigo.

—A mí me es igual —repuso éste.

La perspectiva de un combate resultaba siempre algo

satisfactorio para aquellos hombres, los cuales apresuráronse a exteriorizar su alborozo.

Phineas se aprestó a actuar de árbitro e hizo las advertencias que consideró más oportunas.

Dio principio la pelea con golpes de tanteo por una parte y otra. Segle había sufrido aquella mañana una lección buena y se guardó mucho de emplearse a fondo, brutalmente, como antes lo hiciera creyendo que se las iba a haber con un neófito. No tardó Wyler en advertir que tenía enfrente un enemigo bastante más peligroso de lo que supusiera en el primer encuentro, un enemigo que, además de fuerza, poseía amplios conocimientos pugilísticos. Lejos de disgustarse por ello, se alegró. El boxeo era una de sus grandes aficiones; lo conocía muy a fondo y no había tropezado jamás con quien fuera capaz de vencerle.

Tanto uno como otro encajaron puñetazos terribles, sin acusar efectos considerables.

Marcó Phineas el final del primer tiempo y ambos antagonistas retiráronse a descansar, asistidos por los espectadores, cuyas simpatías hacia uno y otro se marcaron desde el primer momento.

Aquello, salvo la falta de guantes, daba la impresión de un verdadero, combate, con todas las de la ley…

Reanudóse la pelea a golpe de gong improvisado. Wyler asestó a su enemigo varios puñetazos certeros que hicieron a este vacilar, contribuyendo a que se enardeciera y fuera perdiendo el control sobre sí mismo. Él, por el contrario, conservaba la serenidad, lo que le permitía no desperdiciar ni una ocasión de pegar fuerte.

Un soberbio *swing* de Segle estuvo a punto de dar fin al combate, pues Wyler no pudo eludirlo, y, alcanzado de lleno, cayó pesadamente. Attot empezó a contar. El muchacho esperó hasta el último momento para incorporarse. Cuando lo hizo, sonreía cual si le acabase de ocurrir la cosa más graciosa del mundo.

—¡Buen porrazo ha sido ése, Segle! —dijo, felicitando a su rival. Y al propio tiempo que se lo decía, propinóle un *uppercut* que le levantó del suelo, arrojándole contra los espectadores. Añadió, mordaz—: ¡Tampoco éste ha sido malo!

Se acabó el segundo tiempo. Al iniciarse el tercero, Segle, poco dueño de sí, pidió a Phineas:

—Oiga, jefe: sería preferible que no interrumpiese más y que nos

dejase seguir zurrándonos hasta que cayésemos uno de los dos definitivamente.

Consultó el árbitro a King, el cual hizo un gesto de indiferencia.

—¡Adelante hasta el exterminio! —Autorizó, pues, bromista.

La lucha cobraba incesante interés, especialmente por la furia de Segle, siempre en aumento, y ya desbordada al observar como su contrincante se le burlaba, riéndose de los fallos y dando la sensación de que se entretenía con él como si fuese un muñeco. Empezó a respirar difícilmente y pronto la respiración convirtióse en jadeo. Wyler lanzóle un imparable directo al corazón… y se acabó el combate. Segle desplomóse cual si se le hubiera escapado la vida. Costó tiempo y trabajo reanimarle. Cuando recobró la noción de las cosas, encontróse con Wyler que le tendía la mano.

—¡Vete al infierno! —rugió.

—Órdenes son órdenes —dijo el muchacho, riendo—. Por otra parte, no le guardo rencor alguno.

—¡Yo a ti, sí!

Medió Phineas para amonestar al vencido, quien, rechinando los dientes, sacudió más que estrechó la mano que se le ofrecía.

Tomó King una buena ducha y se dispuso a marcharse. Acompañóle Attot hasta cerca de la puerta, donde le dijo:

—Puede usted cambiar de alojamiento; si quiere.

—Le diré… Si eso no equivale a una orden, prefiero continuar en «La Perla». El incidente de esta mañana, lejos de hacerme el lugar antipático, le ha dado aliciente a mis ojos.

—Bueno, bueno; haga lo que quiera. Por ahora no tiene que ocuparse más que de vivir a gusto hasta que se le encomiende cualquier cosa.

—¡Ah, muy bien! ¡Para eso de vivir a gusto, cuando puedo, me doy yo una maña!…

Aunque era muy tarde cuando regresó a «La Perla», encontró a Ginger levantada. La saludó de manera sencilla, indiferente, y se dispuso a entrar en el pasillo.

—Creí que no volvería —dijo ella.

—Pues… ya ve que he vuelto —repuso él, sin detenerse.

—¡Señor Wyler!… Un momento…

Volvió el joven sobre sus pasos.

—¡Diga…!

—¡Hum!… La verdad es que no se… Bueno… debo darle las gracias por lo de esta mañana.

—¡Caramba! ¿A qué se debe este cambio? ¡Si pensé que me quería usted finiquitar!…

Ginger miró hacia otra parte. Se le notaba la violencia que hacía. Aquella actitud humilde no rimaba bien con su temperamento huraño, agresivo casi. Y, sin embargo, experimentaba cierto placer comportándose así con aquel hombre, por quien no quería, a pesar de todo, reconocerse interesada.

—Deseo que me perdone… —murmuró—. Estuve grosera, lo reconozco, pero no lo pude impedir. Me sucede muchas veces. Y es que debo tener exceso de sangre… y falta de educación. No consigo dominar mis impulsos. Pero luego me arrepiento y…

—Basta, señorita —la atajó— King. —Esas explicaciones bastan y sobran para que me considere un buen amigo suyo.

Ginger arrugó el ceño hostilmente.

—¿Por qué me llama señorita? —preguntó.

—¿No lo es usted?

—¡Claro que lo soy! Pero no me lo dice nadie; tengo la misma importancia de cualquier fregona de aquí, y si es que usted se quiere burlar…

King hizo su tono aún más cálido, suave, persuasivo:

—¿Burlarme?… Fíjese en mis ojos y conteste; ¿cree que un hombre que mira así a una mujer es capaz de burlarse de ella?

Advirtió Ginger que las mejillas le abrasaban, y susurró:

—Gracias, señor Wyler.

—Llámeme King… Así me llaman los amigos.

—Pero…

—¿No le gusta? A mí tampoco; pero cuando me lo pusieron no estaba en edad de elegir nombres. Ea, me voy a descansar. Buenas noches, señorita. Piense en lo que hemos hablado.

Se alejó pasillo adelante. Ginger dio unos pasos tras él, como hipnotizada. Se detuvo y movió la cabeza cual si quisiera despertar.

CAPÍTULO VI

EL PRIMER «TRABAJO»

Durante varios días nadie molestó a King, el cual pasaba en «La Perla» más tiempo que ningún otro huésped. Le gustaba charlar con Ginger, irla domesticando, como graciosamente llegó a decirle. La muchacha, lejos de enfadarse, agradeció el propósito con una de sus contadas sonrisas, y repuso: «Me parece difícil». No obstante, su genio se dulcificó un poco, y aprovechaba todas las oportunidades para estar cerca del hombre que, sin pensar en ello, había alterado los latidos de su corazón.

De hora en hora dábase cuenta el joven de que Ginger merecía el tan gastado calificativo de «diamante en bruto»; encontraba en su espíritu sorprendentes bellezas y considerábala capaz de hacer dichoso al que despertase su amor. Acabo reconociendo que se encontraba muy a gusto al lado de ella. Y, sin embargo, sus pensamientos volaban frecuentemente hacia Nelly McGuffrey, cuya ignorada suerte le preocupaba más de lo que hubiera querido.

Ponía también King parte de su atención en estudiar los tipos, que desfilaban por el hotel, algunos de los cuales sostenían breves y significativas conversaciones con el dueño. Quien más despertó su interés fue Frank Peters, hombre de edad indefinida, elegante porte y acusada personalidad, el cual sólo pasó por allí una vez desde que Wyler llegara, pero lo hizo adoptando precauciones, cual si le interesase pasar inadvertido. Le acompañaba otro hombre que se quedó en la puerta aguardando con disimulo. El muchacho les vio casualmente por hallarse asomado al balcón cuando llegaron. Peters estuvo solo unos minutos con Nevin, y se marchó de la misma manera que llegara.

Contestando a una hábil pregunta de King, explicóle Ginger que

Frank Peters era médico y asistía a Humphrey de una dolencia crónica.

No hizo él objeción alguna, pero en su fuero interno pensó que entre aquellas personas parecía existir algo más que el trato acostumbrado entre un galeno y un paciente.

Cierta tarde en que Ginger y el joven charlaban, ajenos a cuanto ocurriera a su alrededor, fueron sorprendidos por Humphrey. Palideció ella, reflejando en las pupilas el mayor de los temores; pero el dueño pasó de largo, sin dirigirles la palabra.

—Se ha asustado usted —comentó Wyler—. ¿Teme que la pueda castigar?

—Castigarme, no; reñirme, sin duda. No quiere que me distraiga de mis quehaceres ni que hable con los huéspedes.

—En general la trata duramente, ¿no es cierto?

—¡Oh, no, no; se porta bien conmigo!… Hablemos de otra cosa, o, más bien, dejémoslo todo. Tengo mucho trabajo.

Intentó retirarse. Él la retuvo, diciendo:

—Escuche, Ginger: quiero que recuerde siempre la promesa de amistad que le he hecho, si alguna vez necesita protección contra su padrastro, contra quien sea, no vacile en decírmelo.

Iluminóse el rostro de la mujercita al contestar:

—Gracias, King; se lo agradezco mucho… pero no necesito ayuda de nadie.

Y se alejó presurosa.

Quedó el muchacho pensativo y repitiéndose *in mente* las preguntas que tantas veces se hiciera: ¿Quién y que era Humphrey Nevin? ¿Qué relación guardaba con la organización de la que él había entrado a formar parte? ¿Cuál era el motivo de que Ginger —espíritu rebelde cien por cien— le temiese de aquel modo?

No podía encontrar contestaciones adecuadas.

Verdaderamente, tanto la personalidad como las reacciones del dueño de «La Perla» eran dignas de atención: siendo hombre culto y correcto, esforzábase en aparentar lo contrario; el personal a sus órdenes le temía y obedecía ciegamente, con un celo que aventajaba al que los dependientes suelen tener para con las cosas de los patronos; Ginger daba la impresión de víctima, de esclava casi, sin que a sus labios asomase queja alguna ni tolerase censuras para el que la manejaba así.

—Extraño, muy extraño… —mascullaba Wyler.

Díjose que, incluso con él, Humphrey se había comportado de manera distinta a la esperada. Parecía haber olvidado la violenta escena a que Segle, en plan de borracho, dio lugar, y le trató afectuosamente, llamándole «amigo King» y palmeándole la espalda.

—¡Cuánto tipo digno de estudio hay en el mundo! —Solía decirse entre dientes el muchacho, para terminar con sus cavilaciones.

No pudo resistir más tiempo y decidió acercarse nuevamente a la casa de Dean Schuyler. Los precintos no existían ya; había varias ventanas entreabiertas y un pájaro enjaulado cantaba y revoloteaba en una de las mismas.

Se le alegró el alma al suponer que Nelly estaba allí, y oprimió él timbre con fuerza, como si quisiera hundirlo. A los pocos momentos la bella rubita aparecía en el umbral.

—¡Usted, señor Wyler!

—Me alegro mucho de verla, Nelly.

—Y yo, de verle a usted —le tendió la mano, añadiendo—: Pase, pase, haga el favor.

Guióle hasta una habitación coquetona, donde tomaron asiento. Mostrábase la muchacha serene bajo la pátina de pesadumbre que la cubría.

—¿Vive sola aquí?

—Completamente… Por las mañanas viene una asistenta a ayudarme y luego…

—¡Es usted valerosa, caramba!

—¿Por eso? No sé en qué consiste ese valor. Reconozco que esta casa, en virtud de lo sucedido, impresiona un poco; pero… nunca temí a los muertos. Es de los vivos de quien procede guardarse. Además, no puedo hacer elecciones. ¿Dónde iba a meterme? Ha sido una suerte para mí el poder volver a esta casa. Bueno, discúlpeme unos momentos. Voy a preparar un poco de té.

—La ayudaré, si me autoriza. Soy un chico muy listo cocinando.

—Es que…

—No me diga que no. La espera me aburriría horriblemente. He venido a verla, y no tiene usted derecho a restarme un solo instante de ese placer mientras estemos aquí.

Nelly le miró sonriendo dulcemente y accedió a los deseos del joven. Pasaron juntos a la cocina y dieron comienzo a los preparativos sin interrumpir el diálogo. Habló ella de su visita a la policía, de cómo pudo arreglárselas para aludirle muy a la ligera y haciendo de su persona una descripción totalmente opuesta a la realidad…

King se abstuvo de revelarle que los dos únicos sujetos que pudieran desmentirla estaban al margen de la ley y se cuidarían mucho de mencionar el asunto; le aseguró haber encontrado un buen empleo y tornó a ofrecerle ayuda.

—Gracias, King —respondió la joven, cediendo a la insistencia que él hizo de que le llamase por su nombre—. No he quedado desamparada, como supuse. Mi pobre tío dejó algún dinero y soy su heredera. Así me lo ha comunicado un notario que me visitó ayer.

—¡Ésa es una buena noticia!

Continuaron la charla, ocupándose de diversos asuntos, y tomaron el té en la cocina, pues Wyler adujo que así le gustaba más por encontrarle «sabor a nido». Y al expresarse en tales términos acarició con la mirada a Nelly. Ésta hizo como si no advirtiese la intención del joven y cambió rápidamente de tema.

Varias veces en el transcurso del diálogo encauzó King el asunto hacia el terreno amoroso y otras tantas lo desvió ella, aunque se advertía que se violentaba al proceder así. No pudo, sin embargo, evitar que el joven, harto de encontrarse cerrados los caminos que iniciaba, le cogiese una mano, diciendo abiertamente:

—Mire, Nelly… Por mucho que trate usted de evitarlo, se lo he de decir; de manera que es inútil busque recovecos. Me he enamorado de usted. ¿Quiere casarse conmigo?

Respiró ella con cierta dificultad; mordióse el labio inferior y trató de sonreír luego. Wyler añadió, sin darle tiempo a que le contestase:

—No había pensado en decirle esto cuando venía hacia aquí, pero se lo he dicho porque al tenerla nuevamente ante mi vista me he dado cuenta exacta de que la quiero, de que podríamos ser los dos muy felices viviendo juntos. ¿Que le parece muy rápida esta pasión mía? ¡Bueno! ¡También a mí me lo parece!; pero ¿qué importa? ¿Es que únicamente salen bien las cosas hechas a paso de tortuga?

Para reforzar la declaración siguió empleando términos pintorescos, que reflejaban su idiosincrasia. Nelly, sin disimular apenas la honda emoción de que sentíase poseída, le dejó hablar sin interrumpirle, y contestó al fin:

—Agradezco mucho sus sentimientos hacia mí y esa proposición de matrimonio que me hace; no se trata de las frases formularias que suelen decirse en estos casos; se lo agradezco de verdad, hondamente; pero… no puedo ser su esposa.

Wyler frunció el entrecejo.

—¿Que no puede usted ser mi esposa? ¿Quién se lo impide? ¿Es usted casada?

—No.

—¿Quiere a otro?

—Tampoco.

—Menos mal. Respiro. Siendo así, pruebe a ponerme obstáculos y verá como los salto todos.

Nelly acentuó la sonrisa, denotando así hasta qué punto hacía mella creciente en su ánimo la simpatía arrolladora del joven, y dijo, a media voz:

—Es que no quiero enamorarme, King. He visto en mi torno mucha amargura por causa del amor; fueron desdichadas mi madre, una hermana que tuve, varias amigas…

—Pero, eso, ¿qué tiene que ver? Yo puedo citarle miles y miles de personas que fueron felices al sentirse amadas. Nosotros formaremos parte de estas últimas, ya verá.

—No insista, se lo ruego. Tengo el propósito de pasar una larga temporada con esos parientes californianos de quienes le hablé la noche en que nos conocimos. Al verme llegar con algún dinero me acogerán bien.

—¿Y… no volverá?

—Lo ignoro. Dependerá de cómo me vea allí y de la añoranza que me inspire Nueva York al encontrarme lejos.

King tardó mucho en darse por vencido; pero al fin hubo de aceptar su derrota. Lo más que obtuve fue la promesa de pensar en él y en cuanto habían hablado.

—Si algún día mudo de opinión —acabó diciendo Nelly—, y me siento inclinada al matrimonio, se lo haré saber para que venga a buscarme, en el caso de que sus sentimientos de hoy subsistan.

La entrevista concluyó matizada por la tristeza.

King, al despedirse, parecía otro hombre; su sonrisa sempiterna, su buen humor contagioso, habían dejado paso a un gesto duro, que le desfiguraba.

Mientras regresaba al hotel iba repitiéndose, sin cansarse, el calificativo de imbécil por haberse prendado tan súbitamente de una mujer, y más aún por habérselo dicho sin averiguar antes los sentimientos de ésta.

Phineas le estaba esperando y le saludó afectuoso.

—¿Matando el tiempo?

—Sí, claro; a falta de otra cosa…

—Pasemos a su habitación. Tengo algo que decirle.

Lo hicieron así, y anunció el visitante:

—Esta noche va usted a hacer su primer «trabajo». ¿Está dispuesto?

—¡Claro que lo estoy! ¿De qué se trata?

—De efectuar determinado registro. Hay que apoderarse de unos documentos que interesan al jefe. Y ha sido el jefe, precisamente, quien le ha señalado a usted para que, con Segle y Lowe, se ocupe del asunto.

—Bueno; dígale al jefe que me alegra salir de la inactividad, ya que no puedo decírselo personalmente.

—Acaso algún día le conozca.

—No tengo prisa ni soy curioso. Cuanto menos sabe uno, menos preocupaciones tiene. Lo único que me importa, ya lo he dicho repetidas veces, es ganar dinero. Vengan detalles sobre lo de esta noche.

—Segle se los dará. Va a llevar él la dirección.

—¡Ah, caramba!

—Debe encontrarlo lógico. Usted no tiene práctica todavía. ¡Ya surgirán otros «negocios» en que sea el primero o el único!

—No me hace ninguna gracia la perspectiva de someterme a ese hombre al que he pegado dos veces y que seguramente desea matarme.

—Eso no debe preocuparle. Cuando se trata de cumplir órdenes, las rencillas personales desaparecen en absoluto.

—Bien; si lo han dispuesto así…

—Así lo han dispuesto. Aguarde, alrededor de las nueve, en el

café que hay en la esquina de esta misma calle. Lowe y Segle le irán a recoger.

—¿No le parece demasiado temprano para esta clase de trabajitos?

—No.

Durante el trayecto, Segle, que se había sentado junto a King en la parte trasera del coche, le fue explicando la «faena»:

—El dueño de la casa que vamos a visitar está lejos; tiene un criado, pero, según nuestros informes, aprovecha las ausencias del señor para vivir con unos familiares. Es casi seguro que operemos sin que nadie nos moleste; pero si no ocurriese así, procederíamos con arreglo a las circunstancias.

—Demasiado fácil parece todo.

—¿Temes que pueda no serlo? —quiso saber Segle, tuteando ya a King y exteriorizando en un ramalazo el rencor que le guardaba.

El interrogado contestó, desdeñoso:

—¿Temer? Lo que digo es que me gustaría que hubiera un poco más de jaleo del que tú anuncias.

—¡Je! ¡Je! ¡Quién sabe lo que encontraremos!

El coche dejó atrás Madison Square, dobló por la calle Cincuenta y Ocho, atravesó la avenida Parle y se detuvo a la entrada de la calle Ciento Setenta y Tres.

—Dejaremos aquí el cacharro —dijo Segle, refiriéndose al vehículo. Echó a andar delante. Lowe y King le siguieron a cierta distancia y separados uno del otro.

El primero entró resueltamente en el amplio portal de la casa señalada con el número 23; los otros dos hicieron lo mismo con ligeros intervalos. Ninguno utilizó el ascensor.

Cuando King y Lowe llegaron al piso quinto, dijo el primero:

—Segle ha entrado ya. Es algo muy serio para abrir puertas.

Y le señaló el cuarto del centro, cuya puerta hallábase entornada.

Wyler hubo de llevar a cabo un esfuerzo enorme para disimular la sorpresa que le produjo ver sobre la puerta en cuestión un rótulo que decía: «Doctor Frank Peters. Medicina interna».

¡Era, pues, el domicilio del médico de Humphrey el que se trataba de allanar!

Guardóse mucho de todo comentario y penetró en pos de Lowe,

cerrando tras sí. Segle estaba, en efecto, dentro ya, y ordenó en voz baja:

—Inspeccionemos la casa ante todo.

Amartilladas las pistolas fueron recorriendo las distintas habitaciones sin encontrar a nadie.

—Se confirman nuestras noticias —farfulló el improvisado jefe —. ¡Manos a la obra! Tú, King, encárgate de repasar cuanto haya en el dormitorio, mientras yo hago lo mismo en el despacho. Lowe irá revisando las demás habitaciones. A veces la gente oculta las cosas donde menos sospecha uno.

Les explicó la clase de documentos que interesaban, y cada cual dio comienzo a su trabajo. Procuraban dejar las cosas tal y como las veían.

Transcurrió el tiempo.

Wyler no tropezaba con papel alguno que mereciese interés. De pronto, oyó a sus espaldas una voz seca, conminatoria:

—¡Arriba las manos!

En la puerta había aparecido el mismo hombre a quien el muchacho viera acompañando al doctor Peters, aguardándole luego en la puerta del hotel hasta que salió. Empuñaba una pistola automática y parecía dispuesto a disparar de un momento a otro. Equivalía a un detalle significativo el hecho de que la pistola llevase puesto silenciador.

—¡Vuélvase de espaldas! —Fue la nueva orden del recién llegado.

Wyler, sin demostrar excitación alguna, dijo en voz alta, como para que le oyesen desde las demás habitaciones:

—Oiga, amigo; si va a matarme, prefiero que lo haga así, dándome la cara.

La decoración cambió de pronto. Tras el criado de Peters apareció Segle, el cual le echó ambas manos al cuello, trabándose violenta lucha.

Se escapó un tiro, que rozó, haciendo brotar sangre, el brazo izquierdo de King; inmediatamente después la pistola cayó al suelo, como asimismo el que la sostenía. Segle, echado sobre su presa y atenazándola, gritó al muchacho:

—¡Avisa al otro y abrid la puerta!

—¡No le remates! —exclamó King, mientras se apretaba el brazo

herido y daba unos pasos hacia ellos. En aquel momento se incorporó Segle y le dio un empujón, a la par que decía:

—¡Ya está! ¡Vamos, deprisa!

—¿Ha muerto?

—¡Naturalmente! ¿Le iba a dejar vivo para que cantase?

Y sin permitir a Wyler que volviese sobre sus pasos, le arrastró, añadiendo:

—Ha sido una pena que parases esa bala con el brazo. Sujétate bien la herida. Te vendaremos en el coche. No podemos perder tiempo. El tiro, aunque con silenciador, ha podido ser escuchado.

Se dejó llevar. Lowe se les reunió en el pasillo.

—¿Qué?

—Ya te explicaremos. ¡Fuera pronto de aquí! Dame tu abrigo, Wyler; lo llevaré al brazo como si tuviera calor. Échate tú el mío sobre los hombros. Hay que evitar que te vean sangrando.

Lo hicieron así y abandonaron el piso luego de comprobar que no había nadie en sus inmediaciones.

Sin despertar la atención ganaron la calle y subieron al coche. Guiaba Lowe, como la otra vez. Segle vendó concienzudamente el brazo de King, utilizando parte de la camisa de éste.

—Vamos a casa de un médico de confianza —dijo.

—¡Nada de eso! —objetó el interesado, con energía—. Esto es una rozadura. Cuanto menos se hable de ella, mejor.

—De todos modos…

—No admito objeciones. Podrás haber sido jefe mío mientras ha durado el «trabajo», pero ahora soy dueño de mi persona. No quiero matasanos. Yo mismo me atenderé. Si se presentaran complicaciones, tiempo habría de recurrir a quien fuese.

—Bueno, bueno; ¡allá tú!

—Eso es: allá yo.

Cambiando de tema, preguntó Lowe, volviendo la cabeza un poco:

—¿Encontrasteis lo que interesaba?

—Sí —se apresuró a responder Segle—. Llevo en el bolsillo los documentos.

—¿Sólo eso? —insistió el que guiaba.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente, siento curiosidad por saber si tropezaste con

alguna otra cosilla.

Tras ligera vacilación, repuso el interrogado:

—Pues… sí… La cosa no ha salido mal, aunque hayamos tenido que liquidar a un hombre. Además de los documentos… di con un buen fajo de billetes…

—¡Ah!

—No pensarás que se me había ocurrido ocultarlo.

—¡Qué he de pensar tal cosa!…

Había en la exclamación de Lowe ironía bien marcada. Wyler les escuchaba sin prestar apenas atención al breve diálogo.

Inquirió Segle:

—¿Qué opináis que debe hacerse con el dinero?

Apresuróse King a responder:

—Entregarlo al jefe… o al subjefe, para que pueda llegar hasta el mismo. Cuando se trabaja a las órdenes de alguien, hay que proceder con absoluta limpieza.

Los que le oían miráronse entre sí, patentizando con el gesto, sin lugar a dudas, la poca gracia que les había hecho aquella opinión.

—Sííí, claro… —masculló uno.

—¡Ya!…

King les miró, sonriendo.

—Parece que no os han divertido mis palabras.

—Pues…

—Verás…

—Podéis hacer lo que os dé la gana, muchachos. Yo no me he de ir de la lengua, pero no quiero ni un dólar.

—Está bien —concedió Segle, de mala gana—. También nosotros somos unos caballeros. ¡No vayas a creerte que se nos había ocurrido la idea de guardarnos los billetes!…

CAPÍTULO VII

EN LA RED

King llegó a «La Perla» y se deslizó hasta su cuarto, procurando pasar inadvertido. Cerró por dentro, quitóse la chaqueta y se arremangó hasta cerca del hombro la manga izquierda de la camisa, procediendo acto seguido a quitarse la venda colocada por Segle.

La herida era, en efecto, superficial, pero procedía impedir que se infectase.

Miró el muchacho en derredor, aun a sabiendas de que no contaba con nada para hacerse una cura en condiciones, y optó por echarse la americana sobre los hombros y salir a buscarlo.

Encontró a Ginger antes que a nadie, no por casualidad, sino porque ella le descubrió cuando entraba, y, habiendo advertido algo extraño en sus ademanes, estuvo aguardando junto a su puerta, como si la impulsase una fuerza misteriosa.

Sin apenas saludarle, díjole él:

—Me he caído y necesito un poco de alcohol, algodón, vendas…

—Se lo traeré enseguida.

—No lo comunique a nadie.

—Tranquilícese.

Tomó Wyler a su cuarto. Minutos después reaparecía la joven con todo lo pedido.

—Yo le curaré.

—Gracias; no hace falta. Será mejor que se retire.

Como si no le oyese, la joven depositó sobre la mesilla lo que portaba, e insistió:

—Permítame…

La réplica del hombre fue dura, desabrida:

—No tengo nada que permitirle. Déjeme solo.

Le miró ella intensamente, reflejando angustia en sus bellos ojos. No recordaba en nada a la criatura arisca conocida hasta entonces por todos.

—¿Por qué me trata así?

Dulcificóse la expresión de él. Su tono hízose suave.

—Perdone, estoy un poco nervioso.

—Queda perdonado. Déjeme; ver esa herida.

Accedió King, vacilante. La actitud de la muchacha le vencía. Temió oírle comentarios relacionados con la imposibilidad de que una caída le produjera aquel efecto, pero no fue así. Ginger, silenciosa, como si aquello le pareciese natural, dio principio a la tarea, desplegando delicadeza suma.

Consideróse Wyler en el deber de explicar algo:

—Ha sido una cosa de mala suerte, ¿sabe? Le he mentido. Alguien quiso matarme y me defendí. La bala que me hizo este rasguño venía dirigida a mi cabeza.

Notó como Ginger se estremecía y la vio morderse el labio inferior antes de responderle:

—No me diga nada; prefiero no saberlo. Sólo me importa curarle. Enseguida olvidaré lo que ahora veo y hago.

Hubo una breve pausa. King, aunque predispuesto de antes a favor de su interlocutora, la vio en aquellos minutos más linda que nunca; era como si a través de las pupilas le descubriese el alma, un alma, atormentada y buena.

Susurró:

—Ginger… pequeño diamante a medio pulir ya, no sé cómo agradecerle su comportamiento.

—¿Cree que merezco gratitud?

—¡Sin la menor duda!

—Entonces… si le pidiese algo, ¿me lo concedería?…

—Bueno, dependerá de lo que sea. No me gusta prometer anticipadamente.

La joven inclinó la cabeza y apretó los labios.

—Hable —la apremió él.

—No; sería inútil.

—¡Quién sabe!

—Déjeme concluir. Y procure estarse quieto. Dificulta mi labor.

Obedeció él, si bien se la quedó mirando con fijeza turbadora.

Ginger, sobreponiéndose a sus emociones, dominando a fuerza de voluntad el ligero temblor de las manos, terminó la cura e inició el vendaje, procurando eludir los ojos del herido.

El silencio se hizo largo y violento.

Cuando ella hubo terminado la operación, dispúsose a salir, diciendo:

—Que duerma bien. Y…, se lo repito: nadie sabrá por mí una palabra de esto.

Wyler se colocó ante ella.

—Espere.

—¿Qué desea?

—Necesito saber lo que había pensado pedirme.

—Se me ha olvidado ya.

—Vamos, pequeña guapa; hable de una vez.

—¿Para qué, si no va a hacerme caso?

—Eso es mucho asegurar.

Reflexionó ella brevemente, y dijo, adoptando una resolución:

—Bien… Me complazca o deje de complacerme, que no quede por mí. Quisiera que se marchase de este lugar, y especialmente que cambiase el género de vida que lleva.

Una sonrisa cínica floreció en los labios de Wyler.

—¿Pretende regenerarme? —inquirió.

—Y si lo pretendiera, ¿qué? ¿Lo considera imposible?

—¿Imposible?… Nunca admití esa palabra; imposible no lo es, pero difícil sí.

A los ojos de la mujer asomáronse destellos anhelantes. Se animó de extraña manera, y dijo, exaltándose por segundos:

—Me alegra su confesión. Si se considera en condiciones de dar «marcha atrás», esfuércese en conseguirlo. ¡Debe ser tan hermoso vivir dentro de la Ley, sin miedo a nadie, respirando a gusto, sin la zozobra de la cárcel o de la silla eléctrica!…

—Pero… ¿qué le autoriza a pensar que yo voy por ese peligroso camino?

—Nada o casi nada; pero lo temo, King… ¡y no quisiera que ocurriese!

—No tengo aún sobre mi conciencia nada verdaderamente punible.

—¿Es cierto eso?

—¡Se lo aseguro!

La alegría embelleció aún más la cara de Ginger. Ansiosamente, sin reparar en la improcedencia de su acto, colocó sus manos breves sobre los hombros del joven, y exclamó:

—¡Ésa es la cosa más agradable que he oído desde hace mucho tiempo! ¡Le creo, King, y me alegro más de lo que imagina! ¡Tome en cuenta mis palabras antes de que sea tarde; huya de todo esto; sálvese!

Wyler le acarició los cabellos cual si se tratase de una niña, mientras le preguntaba, suave y acariciador:

—¿A qué le llama «todo esto»? ¿De qué cree que debo huir?

Lanzóle ella una mirada recelosa.

—¿No me entiende… o no quiere entenderme?

—La entiendo a medias nada más. Pero no tema que le haga nuevas preguntas. He venido a esta casa por indicación de quien me ha prometido empleo bien pagado. No soy hombre que se resigna fácilmente a la miseria. Quiero vivir bien aunque corra peligros. De todos modos, le aseguro que no sé todavía a ciencia cierta quienes son mis jefes ni hasta dónde querrán que llegue en mis actividades.

La muchacha le escrutó abiertamente, y, satisfecha del resultado, dijo:

—Le llevarán muy lejos si usted no se aparta enseguida.

—¿Cómo lo sabe?

—Acaba de prometer no hacerme preguntas.

—Es verdad. No me he dado cuenta. Bueno… pensaré en lo que me ha dicho. De todas maneras, los tome o no los tome en consideración, le doy las gracias por sus consejos.

—Ya es algo. Buenas noches.

Hizo otra vez ademán de salir, pero Wyler tornó a detenerla:

—Dígame, Ginger: ¿la riñó su padrastro por habernos encontrado juntos?

—No. Se ha limitado a decirme que tenga cuidado con lo que hago y digo.

—¿Luego, entonces, él…?

—¿Más preguntas todavía?

—No; perdone; se me ha escapado. Me interesa su suerte, y por eso… Bien, hágase cuenta de que no he dicho nada. Adiós, Ginger.

—Buenas noches, King.

Salió la joven. Wyler, impresionado, seriamente pensativo, se desnudó lentamente y se metió entre las sábanas. Tardó mucho en dormirse a pesar de que deseaba firmemente conciliar el sueño. Por su cerebro danzaban cientos de cosas en tropel.

A la mañana siguiente, cuando estaba desayunando en su habitación, le anunciaron la visita de Phineas.

—Que pase, si quiere —dijo al mozo que le trajo el aviso.

Minutos después, el visitante entraba en el dormitorio, mostrándose más, amable aun que en otras ocasiones.

—¿Cómo se encuentra?

—Un poco estropeadillo.

—¿Peor del brazo, quizá?

—Peor, no; pero me duele un poco. Las balas, aunque no se empleen a fondo, hacen caricias molestas.

—¿Opina, entonces, que deberemos dejarle reponerse?

—No; esto es una pequeñez. ¡Hasta me atrevería a boxear!…

Tomó Attot asiento junto a la cama, comentando:

—¡Eso está bien! Bueno… le traigo noticias y órdenes.

—Empiece por donde guste.

—Por las órdenes. Tiene que abandonar este alojamiento y hospedarse en el «Hudson Hotel», con el nombre de Gregory Wickers. Va usted a ser abogado… hasta tanto convenga cambiarle de profesión.

—¡Muy divertido!

—Aquí tiene la documentación correspondiente.

—Déjela sobre la mesilla de noche.

Phineas colocó en el lugar que se le indicaba una pequeña cartera, añadiendo:

—Y ahí van las noticias: el jefe se muestra satisfecho de usted. El trabajo de anoche resultó bueno. ¡Lástima que muriera un hombre! Pero…

Apresuróse Wyler a interrumpir:

—Yo no lo maté, cuidado.

—Bueno… —replicó Phineas, haciendo un gesto ambiguo—; lo de menos es quién le pasaportó; el hecho estriba en que se produjo la tal muerte mientras actuaban.

—Eso sí es verdad —aceptó King, desdeñoso—. No creo que la Justicia hiciera muchos distingos si nos pescara. Me da igual. La

cosa carece de importancia.

—Celebro que lo comprenda. En la organización todos somos uno, y resulta peligroso echar la responsabilidad sobre un compañero.

—Nunca se me ocurrirá tal tontería.

—Continúo informándole: se le va a confiar una importante misión.

—¡Ah!

—Le informará acerca de ella una persona de altura a quien conocerá usted esta noche. Puede decirse que ahora es cuando entra usted de verdad a formar parte de la organización, y, claro es, tendrá que irse relacionando con los jefes.

—Bueno, si no hay más remedio… Lo único que me disgusta es marcharme de «La Perla». Estoy contento aquí.

—No se trata de preferencias, sino de lo que conviene hacer.

—Comprendo.

—Yo mismo le iré a buscar al «Hudson» esta noche para conducirle a presencia de quien, en lo sucesivo, le señalará el trabajo.

La entrevista prolongóse poco más. Phineas se marchó, y Wyler, perezosamente, se arrojó del lecho.

Mientras se vestía llamó al timbre y ordenó al camarero que le preparasen la cuenta.

Fue Ginger la que apareció trayéndole la nota. Estaba seria, triste, con los ojos ligeramente enrojecidos por haber llorado mucho. Su voz, sin embargo, sonó en principio entera, casi sin inflexiones.

—Aquí tiene la nota.

—Gracias, Ginger; no ha debido molestarse. Pensaba ir a despedirme de usted.

—No se trata de molestia. Cumplo con mi obligación.

—Pero ¿por qué emplea ese tono? Cualquiera diría que se halla usted disgustada conmigo. La primera parte de su consejo de anoche fue que abandonase este lugar. Ya ve que me dispongo a obedecerla.

Le observó ella, dubitativa.

—¿Lo hace por eso… o porque ha recibido órdenes en tal sentido?

La penetración de la joven desconcertó un momento a King, quien, eludiendo la contestación directa, dijo, empleando un matiz bromista:

—¡Es usted de cuidado, Ginger! ¡Vaya intuición!

—Respóndame.

—Parece usted un juez. Esperaba que entrase preguntándome cómo va mi herida, y en lugar de eso me asaetea y utiliza un acento duro que no rima con la dulzura de sus ojos.

Comprendió ella que su interlocutor trataba de silenciar lo que hubiera de cierto en los motivos de la marcha, y renunció a la insistencia.

—Tiene razón —dijo—. Mi actitud no es lógica. Déjeme ver su brazo. Voy a hacerle la última cura.

—¿La última?

—Sí. No es probable que volvamos a vernos.

—Se equivoca. Nos veremos muchas veces porque yo vendré a buscarla… a menos que usted me lo prohíba.

—¿Prohibírselo?

En las pupilas de la joven apareció una luz mortecina, de angustia suprema; su voz pareció quebrarse. Reaccionó a los pocos momentos, y agregó a lo dicho:

—Si viene algún día, si al trasponer la puerta no se olvida para siempre de este «diamante en bruto», me encontrará esperándole, rezando sin palabras por su salvación.

Sus pestañas se habían humedecido. Wyler sintió el deseo Cortísimo de secar a besos aquel llanto, pero se contuvo, limitándose a responder suavemente:

—No la olvidaré nunca, Ginger. Le doy mi palabra de que si algo superior a mi voluntad no lo impide, estaremos juntos en muchas ocasiones.

—Gracias, King —suspiró ella. Y añadió enseguida, cambiando de tono—: A ver ese brazo.

Aunque Wyler opuso alguna resistencia, hubo de acceder a lo que Ginger le pedía. Comprobó ésta el buen estado de la pequeña herida y la vendó nuevamente.

Cuando quiso el muchacho abonar el importe de la factura, le atajó ella:

—No tiene que pagar nada. Bastará con que la firme. Ésa es la

orden que traigo.

Obedeció él sin comentario alguno. Luego tendió la mano a la joven. De nuevo el ansia de besar quemó sus labios, pero de nuevo también logró que el dictado de su cerebro se impusiera a sus vehementes sentimientos, y salió rápidamente, sin volver la cabeza.

Cumpliendo al pie de la letra la orden recibida, se instaló en el «Hudson» como Gregory Wickers, abogado. A las pocas horas de haberlo hecho, Phineas le fue a buscar y ambos subieron al coche que el primero conducía, coche que se detuvo en la avenida Columbus esquina a la calle Trescientos Setenta.

Los dos hombres subieron hasta el piso sexto, en una de cuyas puertas leyó Wyler el nombre de Jerry Wood. Un sirviente les precedió hasta el antedespacho, donde tomaron asiento.

El joven, siguiendo su táctica y basándose en las recomendaciones que más de una vez escuchara, se abstuvo de hacer preguntas y comenzó a fumar con displicencia, sin mirar apenas a su acompañante.

La espera no fue muy larga. Abrióse la puerta del despacho, y Jerry apareció, diciendo:

—Entre, señor Wyler, por favor.

Obedeció éste. Phineas, como no había sido invitado, continuó donde estaba.

Cerró el abogado cuando ambos estuvieron dentro e invitó al joven a que se sentara. Hizo él lo propio, a la par que decía, sin preámbulos:

—Ya pasado el período de prueba, amigo mío. Estamos satisfechos de su comportamiento. Por otra parte, la responsabilidad que le alcanza es de tal volumen que podemos descartar el peligro de cualquier traición, pues si la realizase se perdería con nosotros, si es que lograba escapar a los tiros de nuestros hombres.

—¡Si supiera usted —exclamó King, malhumorado— lo mucho que me disgustan las amenazas!…

—No le amenazo. Lo que hago es prevenirle y hacerle comprender, al mismo tiempo, la razón de que le haya traído aquí. Sólo me presento como quien soy a los hombres que nos inspiran confianza absoluta. Usted cuenta desde ahora en el número de ellos.

—¿Debo entender, entonces, que me encuentro ante el jefe supremo?

—No. Al jefe supremo tardará usted en conocerle… si es que le conoce algún día.

—¡Ya!

—¿Es que… le importa mucho llegar a él?

—Nada. Con tal de que se me trate bien en todos los órdenes, me da lo mismo obedecer a una persona que a otra. Hágase cuenta de que no he hecho tal pregunta.

—Conforme. Dígame: ¿reconoce este acento?

Y siguió hablando en un tono distinto al empleado hasta entonces, un tono que hizo a Wyler recordar exactamente el que oyera durante su visita a la casa de Harlem. Sin mostrar sorpresa alguna, dijo:

—¡Vaya! ¡Era suya la voz misteriosa que me habló a través de un micrófono oculto!

—Exactamente. ¿Le parece mal?

—No. Nunca se peca por exceso de precauciones.

—Ya no se adoptarán con usted precauciones de tal índole. Y si sale con bien de la empresa que vamos a encomendarle ahora, ganará mucho en nuestra estimación y aumentarán considerablemente sus ingresos.

—Eso es interesante. Dígame qué debo hacer.

—A ello voy; en la calle Cincuenta y Dos, número 114, piso tercero, habitan Patrick Reynolds, financiero conocido, muy rico, y su hermana Simone. Es ésta una solterona de cuarenta y tantos años, fea y enamoradiza, que se disloca por los hombres jóvenes y apuestos. Usted lo es y posee, además, una gran simpatía…

—Gracias… —interrumpióle Wyler, ligeramente burlón.

—Digo la verdad. Siga oyéndome. Nos interesa que enamore usted a esa mujer.

Levantóse el muchacho como si le hubieran pinchado.

—Escuche, jefe: ya comprendo que la primera de mis obligaciones es obedecer, y no voy a empezar negándome a ello; pero sí le digo que esa clase de trabajos me estropea el estómago. Enamorar a una mujer vieja y fea, porque se me ordene, es algo que me irrita. Preferiría cien veces jugarme la piel, andar a tiros con quien fuera… En fin, si no hay más remedio, me encargaré del asunto; pero me gustaría que se lo encomendasen a otro.

Jerry no trató de interrumpirle. Limitóse a sonreír, y dijo, sin

demostrar disgusto, cuando su interlocutor hubo acabado:

—Tendrá que acostumbrarse a no hacer protestas. El jefe considera que nadie más a propósito que usted para la misión que nos ocupa, y no caben discusiones.

—Está bien. Continúe.

—Los Reynolds darán en breve una fiesta en su casa. Yo me ocuparé de que sea usted invitado a la misma; pero si antes de ese día encontrase ocasión de hacerse visible y agradable a Simone, llevaríamos adelantado mucho —cogió de la mesa un sobre relativamente abultado y lo alargó a Wyler, añadiendo—: Ahí encontrará usted, además de cinco mil dólares, una nota detallando las costumbres de la mujer que nos ocupa: sus horas de paseo, lugares que frecuenta, gustos, temas de conversación preferidos… El dinero es para usted, naturalmente. Deberá encargarse ropa, sin olvidar el traje de etiqueta. Los datos aludidos, destrúyalos apenas los haya estudiado a fondo.

—Bien; pero ¿qué es lo que habré de conseguir de esa «muchachita»?

—Por de pronto, su amor; luego, si tiene éxito en tal propósito, se le comunicará lo que deseamos.

—¡Bueno!

—Siga en el «Hudson Hotel». Ya recibirá noticias nuestras. ¡Ah! Se me olvidaba. Encontrará en la puerta el «Lincoln» en que el señor Attot le ha traído; llléveselo y disponga de él como si fuera suyo.

—Ésa es una noticia agradable.

Levantóse Jerry, dando la entrevista por terminada. Deliberadamente, aunque fingiendo naturalidad, llevóse atrás las manos. Wyler, comprendiendo, no tendió la suya. Limitóse a hacer una breve inclinación de cabeza y abandonó el despacho. Phineas no le aguardaba. Salió él a la calle, reflexionando profundamente. Estaba dentro de la red. Jerry se lo había dicho sin ambages ni eufemismos.

Avanzó hacia el coche. El chófer preguntóle con desgana:

—¿Adónde quiere que le lleve?

—Si no hay nada que lo impida, prefiero entendérmelas sólo con este chisme.

Sin protesta alguna, abandonó el conductor el *baquet* y se internó en la casa del abogado. Wyler tomó posesión del volante y

se alejó despacio.

CAPÍTULO VIII

ASESINATO EN LAS SOMBRAS

King rió bajo, divertido, al recibir en el mismo correo dos invitaciones para la fiesta que Simone y Patrick Reynolds daban en su residencia con motivo del cumpleaños de este último.

Una de tales invitaciones —no cabía duda— le fue gestionada y remitida por Jerry, a quien no había vuelto a ver desde el día en que se le presentó sin careta; la otra —no podía dudarlo tampoco— la enviaba la propia Simone. Y no podía dudarlo porque tu asedio amoroso a la inflamable otoñal constituyó un éxito rotundo. Desde que, ateniéndose a la información contenida en la nota del abogado, puso cerco a Simone, díjose a sí mismo que el camino era fácil, y no se equivocó. Fueron primero encuentros «casuales», seguidos de miradas incendiarías por parte de él; vino seguidamente la presentación hecha por un amigo del momento, captado en la barra del «Rainbow Room», en el «Rockefeller Center»; siguió a dicha presentación un rato de charla ilustrada con varias piezas bailadas por la cuarentona y él, quien se aprovechó de la provocada «casualidad» para desligarle al oído frases deliciosas…

Antes de que la esperada fiesta llegase, Simone era poco menos una esclava de Wyler, quien, hábilmente, opuso dificultades para asistir, y acabó dejando entrever la posibilidad de renunciar a otras altas ocupaciones «con tal de estar, siquiera unos minutos, junto a la mujer más interesante que conociera en su vida».

—Le enviaré una invitación al hotel, señor Wickers —repitióle varias veces la opulenta Reynolds—; si acude, entenderé que de verdad le importo; si no lo hace, creeré que sus palabras no pasan de frívola galantería.

—Tiene que sobrevenir una cosa muy grave —repuso él,

mirándola apasionadamente— para que, posponiéndolo todo, no vaya a admirar su inefable encanto.

Y allí estaba, en una de las dos invitaciones acabadas de recibir, la prueba de que sus esfuerzos no resultaron baldíos. Jugueteando con ellas negligentemente, reparó el muchacho en que el extremo superior de una estaba tenuemente manchado de *rouge*. Tratábase —era lo más probable— de un beso depositado por la solterona con el irrefrenado deseo de que lo advirtiese el hombre objeto de sus tardías ilusiones.

Wyler experimentó un poco de piedad hacia aquella mujer que, a pesar de sus millones, se agostaba inexplicablemente suspirando por un amor que no llegaba nunca.

—¡A ver qué pasa!… —Fue su comentario final, acompañado del desdeñoso encogimiento de hombros que tan corriente resultaba en él.

Se probó el frac, no estrenado aún, y se miró al espejo. Aunque burlándose de su desacostumbrado acto de narcisismo, hubo de reconocer que la tal prenda aumentaba la gentileza de su varonil figura.

Sonó el teléfono. La conocida voz de Phineas dijo:

—Iré a verle después de comer. Espéreme.

—Bueno —respondió King, secamente.

Se hizo servir en su cuarto y esperó la llegada del pelirrojo, quien empezó preguntándole:

—¿Ha recibido una invitación para la fiesta de los Reynolds?

—Las he recibido a pares.

Y señaló los tarjetones que, a medio salir de los sobres, estaban aún sobre la mesa.

Phineas, sin acertar a comprender aquello, miró interrogativo a Wyler.

—Suerte que tiene uno —fue la respuesta del joven—. A lo peor hay quien anda loco porque le llegue una de esas cartulinas, y, fíjese, a mí me llueven.

—Explíquese.

—¡Bah, la cosa carece de importancia! Quizá la propia Simone sintió el deseo de verme en su fiesta…

—Luego, ¿ha conseguido usted ya…?

—No he perdido el tiempo del todo.

No ocultó Phineas un gesto de admiración hacia el hombre que, más que con palabras, expresaba con una cínica sonrisa su triunfo sobre la mujer cuya conquista se le había encomendado.

—La verdad es que está usted demostrando valer más de cuanto se supuso. En fin, deseemos que la suerte no le abandone nunca.

Dejóse caer sobre una cómoda butaca y encendió el grueso cigarro que acababa de apagársele. King permaneció silencioso, sin demostrar prisas por enterarse del objeto de aquella visita.

Habló, por fin, de nuevo el visitante:

—El director del Instituto de Investigaciones Científicas, Edgard Faweet, es padrino de Simone Reynolds, a la cual quiere entrañablemente. No tiene secretos para ella, quien distrae las angustias de su prolongada soltería interesándose por cuantos inventos de interés salen a flote o se hallan a punto de salir. Presume, incluso, de versada en determinadas materias de extraordinario interés. En ocasiones hasta discute tales extremos con su padrino. Bien: en la actualidad, según confidencias, se ha llegado al descubrimiento de una nueva aplicación de la energía atómica que supera a todo lo conocido. Simone debe saber algo; si no lo sabe, está a su alcance descubrirlo. Y eso es lo que necesitamos que usted consiga —alargó un sobre cerrado a Wyler, añadiendo—: Ahí encontrará una nota en que se detalla, dentro de lo posible, el asunto en cuestión. Apréndase de memoria lo que contiene y destrúyala después.

—No se trata de un trabajo fácil ni mucho menos, ¿eh? —comentó King, dejando con negligencia el sobre en la mesilla—. Lograr que esa mujer se vaya de la lengua en una cuestión de tal importancia requerirá tiempo y trabajo. Por mucho que llegue a colarse conmigo, se pondrá en guardia apenas le insinúe mis intenciones. Sería mucho más práctico que me autorizaran a llevarla a cualquier sitio y hacerle cantar por la fuerza.

—Ésa es su opinión; pero su opinión no vale desde el momento en que el jefe ordena otra cosa.

—Sí, claro…

—De fracasar usted en el plan de conquistador irresistible, se apelaría a otros procedimientos extremos. Pero será mejor que no fracase. El éxito le situará definitivamente en un puesto destacado de la organización, puesto que le permitirá tener siempre la cartera

repleta.

—Bien, bien; haré cuanto esté a mi alcance. ¡Por mí no ha de quedar!

Cuando King llegó al domicilio de los Reynolds, la fiesta se hallaba animadísima. Los invitados formaban una composición heterogénea por demás: hombres de ciencia, de negocios; estrellas de cine, escritores, músicos…

Desde las ricas lámparas llovía la luz, arrancando miríadas de destellos a las valiosas joyas que ostentaban unos y otros; una orquesta invisible lanzaba al aire ritmos y más ritmos…

Patrick Reynolds, hombre de cincuenta y cinco años aproximadamente, mostrábase como un perfecto señor con cuántos acudían a felicitarle. Era alto, delgado, muy erguido a pesar de que los recuerdos de su juventud eran para él algo ya lejano. La nota más destacada de todo su ser constituíanla los ojos: unos ojos negros, de mirada profunda, febril, que apenas podía resistirse durante varios segundos.

Su vida pasada estaba llena de obscuridades; decíase en susurro que se hizo millonario bordeando a veces la Ley; pero nadie se atrevía a sostener públicamente tales rumores; más bien, por el contrario, se le mimaba y distinguía en todas las esferas sociales.

Cuando un uniformado sirviente pronunció en voz alta el nombre de Gregory Wickers, sólo dos personas de las que había en la gran sala central prestaron atención. Una de ellas fue Jerry; la otra, Simone. Ésta pareció olvidarse de cuanto le rodeaba y fijó en él las incoloras pupilas con el anhelo ignoto de subyugarle a través la distancia que les separaba. Lucía un magnífico collar de perlas que anulaba sus pobres encantos en vez de darles relieve, pues todas las miradas que se le dirigían eran para la joya, prescindiendo de la propietaria…

El primer impulso de la otoñal fue correr hacia el recién llegado; mas lo dominó con esfuerzo en atención a los convencionalismos sociales y quedó a la espera de que éste acudiera en su busca.

Jerry, en cambio, no vaciló en acudir hacia el sitio por donde había aparecido el joven, y le saludó en voz alta, amable, efusivo:

—¡Mi querido señor Wickers!… Celebro mucho verle aquí. No contaba con una sorpresa tan agradable…

Le cogió del brazo. Wyler se dejó llevar. Con gran disgusto de

Simone, el abogado condujo al joven en dirección opuesta a la suya y le fue presentando a distintas personas como un inteligentísimo jurisconsulto de envidiable porvenir.

—No me sorprenderá nada que me anule un día cualquiera —repetía a veces, como corolario de sus elogios.

King, poniéndose a tono, echaba también incienso a Jerry, afirmando que era el número uno de los letrados de Nueva York.

Entre la concurrencia descubrió el muchacho a una persona que le hizo fruncir el entrecejo, en gesto de sorpresa irreprimible. Tratábase de Frank Peters, el médico de Humphrey Nevin, el hombre en cuya casa entrara a robar. No formuló comentario alguno, ni dio a entender que le había reconocido.

—Vamos junto a Simone —dijo al fin Jerry a King—. Ya le ha admirado bastante, que es lo que me he propuesto difiriendo la presentación. No le quita los ojos de encima.

—Puede ahorrarse la molestia —murmuró el joven en el mismo tono—. Nos conocemos ya.

—¿Es posible?

—¿Le sorprende? ¿No me ordenó que iniciase la tarea antes de venir?

—Efectivamente, pero no supuse… Bien, bien; le felicito.

Separáronse. Wyler encaminóse resueltamente hacia donde se hallaba Simone, la cual se ruborizó al advertirle, y hubo de llevarse una mano al pecho para contener los latidos del sofocado corazón.

—¡Usted!… Empecé a temer que no viniera… que se hubiese olvidado de todo…

—¿De veras lo creyó así? Por favor, no me tenga en tal mal concepto. Ansiaba que llegase esta noche. Cuando recibí su invitación, y la miré despacio, me sentí feliz.

Las mejillas de la mujer arreboláronse más todavía ante la alusión directa hecha por su interlocutor al beso que en el tarjetón depositara.

—Está usted verdaderamente encantadora —añadió King, acariciándola con el acento.

—¡Adulador!

—Sincero, nada más que sincero.

Atacó la orquesta una vez más, y Wyler preguntó, anhelante:

—¿Queda algún baile para mí?

—Desde luego. Acariciando la esperanza de que vendría le he reservado alguno.

—¿Éste, por ejemplo?

Aunque no lo necesitaba, miró ella, coqueta, su carnet, y repuso en tono mimoso de niña:

—Bueno… éste le correspondía a mi hermano, pero está distraído… Sabrá disculparme.

Se lanzaron a la pista. King bailaba maravillosamente, hasta el punto de llamar la atención; Simone, a su vez, lo hacía de manera aceptable y no vacilaba en contorsionarse a compás de la música, como si estuviese en los albores de la juventud.

Durante mucho rato tuvo acaparado al joven, quien cumplía a las mil maravillas la misión que le habían impuesto. Íntimamente estaba harto de soportar a aquella mujer empalagosa que, aun siendo inteligente, se comportaba como una necia bajo el soplo de la pasión. Jerry les observaba a hurtadillas y exteriorizaba con gestos casi imperceptibles lo satisfecho que se hallaba de la marcha, al menos aparente, de la conquista.

Por fin pudo King respirar. Un cotorrón amigo de la casa, deudor de Patrick, y un joven barbilampiño, protestaron en broma y apelaron a su derecho de bailar con Simone. Coqueteó esta otro poco y se abandonó en brazos del primer solicitante.

Disimulando un suspiro de satisfacción retiróse Wyler. Le siguieron no pocas miradas femeninas, pero no demostró advertirlo. Quería probar a Simone, que sólo había acudido por ella, y que no le importaba ninguna otra mujer.

Fue al bar, instalado en una de las habitaciones próximas, y bebió *whisky* en la barra. Luego, sintiéndose curioso, deambuló de una a otra parte, alejado de los salones. De pronto se detuvo y creyó soñar. Acababa de ver a Nelly McGuffrey cruzar, de derecha a izquierda, el pasillo que tenía ante sí. Fue una visión rapidísima, pero suficiente para proporcionarle la seguridad de no haberse equivocado. Avanzó presuroso. La muchacha había desaparecido. Miró él en todas direcciones. De entre las varias puertas, una entornada le atrajo. No fue solo una corazonada; el raciocinio llevóle a la conclusión de que si Nelly se hubiese encerrado no habría dejado él de percibir el ruido, por pequeño que fuese, de la llave.

No lograba explicarse la presencia en aquella casa de la mujer que tanto le había interesado desde el primer momento.

Vaciló, pero su vacilación fue breve. Díjose que si cometía una imprudencia no le faltarían argumentos para justificarse. Empujó suavemente, sin previa llamada. Agrandáronse sus ojos. Nelly estaba allí, en efecto, sentada en un sillón, echada la cabeza hacia atrás, entornados los párpados. El ligero soplo de la puerta al abrirse la hizo mirar hacia la misma.

—¡Usted, Irving!

Wyler leyó claramente la angustia reflejada en aquel rostro bellísimo.

Entornó la puerta y fue hacia la joven, diciendo:

—Nelly… La he visto cruzar… Perdóneme por este atrevimiento, pero no me ha sido posible contenerme…

—¡Está usted aquí también!… —susurró ella en tono extraño, que denotaba miedo y estupor.

—Sí; me invitaron; no tiene nada de particular; ya le explicaré… En cambio, su presencia en esta casa me parece inconcebible. Sé que no tengo derecho a hacerle preguntas, pero…

Tragando saliva con dificultad, murmuró la joven:

—Estoy asustada; verdaderamente asustada. Algo malo se teje a mi alrededor.

—Explíquese, se lo ruego. Ya sabe hasta qué punto puede disponer de mi persona. La defenderé contra todo y contra todos.

Había tomado asiento frente a Nelly y la contemplaba inquieto, anhelante. Hizo ella un esfuerzo para dominar su estado nervioso, y declaró:

—Poco puedo decirle porque poco es lo que sé. He recibido una invitación para esta fiesta, juntamente con un anónimo en el que se me ordena que acuda y me muestre amable con Patrick Reynolds hasta lograr que se interese por mí. No se me da ninguna otra instrucción, pero sí se me advierte que si desobedezco o hablo con alguien del asunto… correré la misma suerte de mi tío.

Estremecióse al hablar así, cual si un mortal escalofrío la sacudiera.

Wyler, en un acceso de ira, crispó los puños y encajó los dientes, que crujieron al chocar.

Vio en el procedimiento seguido con aquella muchacha, salvo

ciertas variaciones, el mismo empleado para con él: atraerla, fuera cual fuese su voluntad, tenderle una red, hundirla.

—¿Conserva ese anónimo? —inquirió.

—Lo he dejado en casa. Ya se lo enseñaré. Estoy aturdida. Mi primera intención fue dar cuenta a las autoridades; se me ocurrió luego huir, precipitando el viaje a California; pero lo cierto es que no he sido capaz de hacer ninguna de las dos cosas. La visión de mi tío muerto, ensangrentado, ha constituido una pesadilla horrible desde que me llegó el anónimo.

Le tomó Irving una mano, notando que estaba fría cual si fuera de nieve. Ella tembló al contacto de la del hombre, y se apresuró a retirarla.

—Escuche, Nelly: no quiero asustarla, pero sí prevenirla. Alguien trata de utilizar su belleza para fines inconfesables…

—¡Es espantoso!

—Lo es, pero no conseguirán lo que se proponen. Lucharemos.

—¿Esta usted seguro de que me empujan hacía algo delictivo?

Wyler tardó en contestar. Por fin decidióse a mentir:

—Nada tengo en qué basarme para responderle afirmativamente; pero ese anónimo nos autoriza a admitir la exactitud de mis palabras. No debe ser… y no será. Admito que a un hombre fuerte, joven, sin exceso de escrúpulos (se refería a sí mismo), y que ambicione dinero, se le tiendan redes, en el caso de que se consideren precisas, para atraerle a cualquier empresa; pero comportarse así con una mujercita como usted supera todo lo canallesco. Es preciso que no se deje arrastrar, Nelly.

—¿Arrastrar? ¿Adónde?

—A ningún sitio. Cumpla, si quiere, su misión esta noche, por si, como es probable, hay alguien que la vigila.

—Pero… ¡si es que no puedo! Lo intenté en vano. Esos salones me inspiran aversión, y la idea de acercarme a un hombre desconocido a quien debo atraer, me acobarda hasta lo inconcebible. Por eso no me he atrevido apenas a hacer mi entrada en ellos. Lo intenté ahora otra vez, y nuevamente me consideré vencida. Vi esta puerta abierta y entré como si huyera de algo que no se en que consiste.

Había temblores en su acento, Irving tornó a acariciarle la mano que ella abandonara, y dijo:

—Procure sobreponerse. Yo estaré pendiente de cuánto ocurra. Tan pronto como haya demostrado que quiere cumplir las órdenes recibidas, márchese procurando que nadie lo advierta; utilice un coche de alquiler; déjelo en cualquier sitio y tome otro u otros… Instálese en un hotel con nombre supuesto. Nueva York es muy grande y le resultará fácil perderse.

Ella le escuchaba con atención suma, desorbitados casi los ojos, jadeante el pecho… Agrego King:

—Si le inspiro confianza, telefonéeme dentro de unas horas al «Hudson», donde me hospedo. Pregunte por Gregory Wickers. Por motivos especiales me llamo ahora así. La ayudaré en todo, e incluso pondré a contribución mi actividad para los preparativos de su viaje. Fíjese: yo que quisiera tenerla siempre junto a mí, no vacilo en aconsejarle que desaparezca antes de que esas personas desconocidas la hundan.

Nelly, cuyo semblante acusaba creciente terror, dijo casi con el aliento:

—Sí; será lo mejor; pero no espere que le llame pidiéndole ayuda; sería tanto como incluirle en el peligro que me rodea, y no quiero. ¡No quiero!

—¡Mi adorable heroína!

—¿Heroína?… No, no; soy una pobre mujer con mucho miedo.

—¿Entonces…?

—Es que me espanta la idea de que por mí…

—¿Imagina que puede detenerme el temor? ¿No sabe que daría con gusto cien vidas que tuviera por evitarte cualquier daño?

—¡King!

—La quiero mucho, Nelly. No acierto a comprender como, pero lo cierto es que me ha hechizado. Para mí existieron siempre las mujeres; nunca la mujer. Y la mujer surgió de pronto en un ambiente de tragedia clavándome en lo hondo el fuego de sus ojos, haciéndose dueña de mi voluntad.

—¡King, por favor!…

—Déjeme que se lo diga, que se lo repita muchas veces. ¡Quién sabe si usted no regresará nunca de ese viaje ni me pedirá que vaya a buscarla! ¡Quién sabe si hablaremos esta noche por última vez!

La atrajo hacia sí. Nelly empezó oponiendo resistencia, pero no la mantuvo. El poder seductor que emanaba de aquel hombre la

trastornaba haciéndole olvidar el resto del mundo.

—Te quiero… te quiero… —susurró King.

—No… no quiero quererte…

Uniéronse sus labios en un beso furioso que les traslado fuera de la tierra.

Una puerta se abrió, y una voz varonil vino a despertarles.

—Perdonen…

Era Jerry.

Los jóvenes se incorporaron como si un resorte les hubiera impulsado al unísono. Ella estaba pálida, confusa; él, pálido también y rabioso.

El abogado dio unos pasos hacia atrás, pero sin demostrar deseos de salir de allí. Clavó en Wyler una mirada acusadora, mientras añadía:

—Pasé por aquí casualmente…

Nelly, exteriorizando turbación máxima, intentó decir algo; pero no pudo, y dirigiéndose hacia otra de las puertas, desapareció.

Jerry, entonces, advirtió fríamente:

—Conviene recuerde la misión que le ha traído aquí y la obligación en que está de consagrar a la misma todo su tiempo.

Contuvo el muchacho a duras penas la réplica que acudió a sus labios, y sosteniendo la mirada de su interlocutor, dijo:

—No preciso que se esté sobre mis pasos para obligarme a hacer lo que debo. Creo haber dado ya algunas pruebas de que sé desenvolverme. Y ahora permítame una pregunta: ¿qué hace aquí la señorita Nelly McGuffrey?

—No hay nada que le autorice a dirigírseme mí ese tono —replicó el letrado con dureza.

King se clavó las uñas en las manos, y barbotó:

—La curiosidad no forma parte de mis defectos, y así lo he manifestado en repetidas ocasiones; tampoco entra en mi ánimo propasarme ni faltar al respeto que debo a los que me pagan; pero en este caso quiero hacer constar que esa muchacha me interesa mucho, ¡mucho!; que no consentiré se le haga el menor daño, y que el que lo intente se encontrara con el cañón de mi pistola.

En las pupilas de Jerry brillaron lucecitas fugaces, siniestras; por un momento su rostro se contrajo, iracundo; pero enseguida recobró la normalidad. Una débil sonrisa le entreabrió la boca, y su voz tuvo

al contestar acentos suaves:

—Es usted muy impulsivo, muchacho; muy impulsivo. Procure corregirse o tendrá graves tropiezos en la vida. ¿Qué le induce a pencar que yo sepa nada de esa joven, ni por qué me advierte sobre sus intenciones y propósitos agresivos?

Abstúvose Wyler de exteriorizar las causas en que estaba basada su actitud, y limitóse a decir, cambiando de entonación:

—No lo sé. Puede que mis palabras resulten absurdas, pero no me arrepiento de haberlas pronunciado. No quiero que Nelly sepa nada de mis verdaderas actividades y, mucho menos, que se mezcle en las mismas. Nada más. Ahora, si le parece, vuelvo junto a Simone.

—Vuelva, sí. Eso es lo único sensato de cuánto me ha dicho.

Salió Wyler. La solterona le buscaba con los ojos por todas partes, y al descubrirle fue hacia él sin rebozo, despertando, incluso, humorísticos comentarios en susurro por parte de los que advirtieron su ansiedad.

—¡Creí que se había usted perdido!

—Es que… no me hacía gracia verla con otros y me aleje de los salones.

La frase aceleró las pulsaciones de la mujer, quien, sin perder la corrección, hízose más pegajosa y ridícula. Ya no quiso separarse de su pareja, por más que los amigos de su hermano acudieran a pedirle bailes.

Jerry, estuviera donde estuviese, les espiaba con creciente atención.

—¿Quiere que nos apartemos un poco de la gente? —propuso Simone a King.

—Encantado. Es usted lo único que me interesa de cuánto existe en la casa y la idea de hablarle a solas me parece excelente.

—¡Qué amable es usted!… Venga, venga…

Desentendiéndose de las sonrisas veladas que surgía a su paso, fueron dejando atrás los salones.

—Aquí no nos molestará nadie —dijo ella, señalando una habitación apartada—. Entremos.

Lo hicieron. La otoñal, con el deseo de que no les interrumpiesen, cerró la puerta y dirigió una mirada escrutadora hacia otra puertecita que había enfrente; luego aproximóse a uno de

los balcones. Wyler la siguió y quedaron asomados, silenciosos en principio.

Tanto uno como otro formularon imágenes poéticas, más o menos vulgares, sobre el casquito de luna que colgaba del cielo, el silencio de las calles próximas, la brisa perfumada…

El diálogo fue caldeándose en cuanto a apasionamiento. Creyó descubrir Simone deseo de besar en King, y retiróse del balcón, entornando las maderas.

—¡Gregory! —musitó, acariciadora.

Le tendió los brazos.

Las luces de la habitación se apagaron de pronto, sumiéndola en sombras compactas.

—¿Qué ocurre?

—No sé…

Se habían separado instintivamente, y trataron de encontrarse en la obscuridad.

De pronto, Simone lanzó un grito agónico, horrible, y Wyler recibió un golpe en la cabeza que le aturdió ligeramente. Se repuso enseguida y dio unos pasos de beodo. Tropezaron sus pies con un cuerpo caído. Inclinóse, y no tardó en comprobar, aun a obscuras, que se trataba de la infeliz mujer. Al retirar las manos advirtió que estaban húmedas.



De pronto, Simone [illegible] un grito agónico...

—¡Sangre! —dijo, casi maquinalmente.

Oyó rumores en el exterior. Los invitados acudían tratando de localizar el punto de donde partiera el grito. King no se entretuvo en pensarlo. Abrió el balcón de par en par. Tratábase de un tercer piso, más en las paredes había salientes y adornos que para un

hombre de sus aptitudes representaban la salvación. La soledad de la calle, así como la escasa luz lunar, significaban otros tantos factores en su favor.

Con agilidad felina trepó y empezó a deslizarse.

Minutos después la gente, desconcertada, deteníase ante la puerta de la habitación y llamaba a ella.

—Está cerrada por dentro —dijo alguien.

—¡Hay que derribarla! —gritó Patrick.

Y él mismo dio el ejemplo dejándose caer sobre la hoja de madera. Le imitaron. Saltó la cerradura.

—¡Luces!…

Un grito de horror escapó de todos los pechos, aun antes de contemplar el cuadro en toda su magnitud. Alumbrados por encendedores y fósforos pudieron ver el ensangrentado cuerpo de la mujer caído sobre la alfombra.

—¡Simone!… ¡Hermana!…

Arrodillóse Patrick ante ella y la abrazó con frenesí.

Juntamente con los sirvientes, que portaban candelabros, llegó el doctor Frank Peters, a quien abrieron paso todos, a excepción de Patrick, quien miraba con ojos de loco a la hermana querida. En la espalda de esta había clavado un puñal.

Solemnemente exclamó Peters, luego de un rápido examen:

—¡Está muerta!

—¡Muerta!…

Costó gran trabajo apartar a Patrick del cadáver.

Sonaron diversas voces.

—¡Le falta el collar!

—¡La han asesinado para robarla!

—El último que estuvo con ella fue el señor Wickers, ese abobado joven…

—Yo les vi entrar aquí juntos…

—Y yo…

—Por favor, señores, no aventuren juicios… —insinuó el doctor Peters.

—Comparto su opinión —dijo Jerry—. Siempre tuve al señor Wickers por excelente persona y no puedo creer…

—¿Dónde está el señor Wickers?

—Sí; ¿dónde está?

Se volvieron muchas cabezas buscándole entre el gentío: corrióse la tal pregunta por todos los ámbitos de la casa, y la respuesta circuló pronto también.

—No se le ve por ninguna parte.

—¡Desapareció!

—¡Él es el asesino!

—¡La Policía!… ¿A qué se espera para llamar a la Policía?

Varios hombres corrieron hacia los teléfonos; el griterío era ensordecedor. Sólo Patrick permanecía callado; más brillantes que nunca los ojos, en los cuales parecía campear la locura.

CAPÍTULO IX

EL FUGITIVO

Subido el cuello del abrigo y echada sobre los ojos el ala del sombrero, dirigióse Wyler a «La Perla», rehuyendo cruzar calles populosas o con exceso de iluminación.

Le hubiera gustado refugiarse en el «Hudson», por si Nelly le telefoneaba, pero no lo consideró prudente. La Policía tardaría muy poco en averiguar que Gregory Wickers se hospedaba en tal hotel.

Ginger, siguiendo su costumbre impuesta por la necesidad de acostarse tarde, no se había retirado aún, y le miró entre sorprendida y gozosa. Le estrechó él ambas manos y habló precipitadamente:

—Necesito quedarme aquí y que usted me ayude.

La expresión y el tono del recién llegado despertaron la angustia de la muchacha, quien presintió algo muy grave. Sin comentario alguno guióle hasta una habitación desocupada y entró con él en la misma.

Comenzó diciendo King:

—A estas horas me habrán acusado ya de un asesinato que no he cometido. La Policía estará lanzada en mi busca. Me hace falta la protección de la banda en todos los sentidos. Llame a Phineas Attot.

Ginger se dejó caer sin fuerzas sobre la silla más próxima. Lo que tanto temiera acababa de ocurrir.

Apremió Wyler:

—No pierda tiempo ni vaya a decirme que ignora dónde localizar a ese hombre. Entre nosotros huelgan ya los disimulos. Usted, desde el momento en que presta aquí servicio, es porque pertenece también a la Organización.

Se encogió la muchacha cual si la hubieran golpeado;

desapareció el color de sus labios, y sus bellos ojos obscuros perdieron brillo. Se repuso pronto merced a un esfuerzo de la voluntad y, levantándose, dijo escuetamente:

—Voy a telefonear a Phineas.

Antes de que llegase a la puerta, King la detuvo tomándola de un brazo, y murmuró:

—Perdone mi brusquedad. Estoy nervioso. Usted se hará cargo… Es horrible tener la evidencia, siendo inocente, de que van a echar sobre uno el peso del asesinato de una mujer. Porque… ¡se lo juro, Ginger, yo no la he matado!

Cambió la joven de actitud, y preguntó emocionada:

—¿Quiere contarme lo ocurrido?

—Sí, quiero. Escuche.

Le refirió a grandes rasgos el dramático suceso.

—Creo lo que me dice —afirmó Ginger—, y me alegra enormemente que no haya derramado esa sangre. Alguien mató a Simone Reynolds con el objeto de perderle. Ahora comprenderá las razones que me movieron a aconsejarle que se alejase de todo esto. Me ha acusado de pertenecer a la banda… ignoro si será así. Sólo puedo decirle que odio a cuántos elementos de la misma conozco y que no tengo trato con ninguno de ellos. Mi padrastro me tiene dominada y me da órdenes, extrañas a veces, que cumplo porque provienen de él. No se me concede la menor beligerancia, ni yo la deseo. Ésa es la verdad.

—Verdad que admito sin reservas.

—Gracias, King. Y ahora… hágame caso: no llame a Phineas ni a nadie: huya. Válgase de sus propios medios y procure la salvación.

Tal ansiedad puso en la súplica que el joven se sintió conmovido y lo expresó en el acento al contestar:

—Es usted muy buena, criatura: tan buena como bonita. Quisiera complacerla, pero me es imposible. Limitarme a huir será tanto como aceptar la acusación de ese crimen. No: no me resigno. Tengo derecho a exigir explicaciones y ayuda.

—Temo que no obtendrá una cosa ni otra.

—Eso se verá.

Su decisión era tan firme que la joven no se atrevió a insistir.

—Voy a complacerle —dijo. Y salió para volver a los pocos minutos, anunciando—: Viene para acá enseguida. ¿Quiere algo

más de mí? ¿Le puedo ser útil?

—No se marche tan pronto. Quédese un rato conmigo. Su presencia me infunde valor, me tonifica el alma. Hábleme de algo; quisiera aturdirme.

—¿De qué quiere que le hable?

—De usted misma, por ejemplo. ¡Me preocupa tanto su tristeza!… Además, esa anómala situación suya me ha impresionado. En cierta ocasión le pregunté si Humphrey la trataba como merece, y usted, aunque respondió afirmativamente, eludió el tema. Hoy, basándome en la amistad que nos une, insisto en la pregunta y la amplío; ¿por qué, si aborrece esto, permanece aquí? ¿Hasta qué punto llega el ascendiente de ese hombre sobre su persona?

Ginger vaciló: miró angustiada a todas partes; advertíase que sufría.

—Se resistirá a creerme —dijo—, y, sin embargo, lo que voy a decirle es la pura verdad. Estoy sometida a él contra mi deseo. Posee una fuerza misteriosa que gobierna mis actos.

—¿Hipnosis quizá?

—Hipnosis, sí. Hace años fue presidente de la sección de psicología de la Universidad de Chicago, desde donde escribió varias obras acerca de la doctrina del hipnotismo. Algo grave debió ocurrirle allí, porque huyó y cambió de nombre. Recuerdo que desde niña, aun en vida de mi madre, me utilizaba como médium; yo me prestaba encontrando la cosa divertida. Poco a poco se apoderó de mi ser, hasta el extremo de manejarme a su antojo. Es horrible. A vetes me despierto a medianoche, porque él desde donde se encuentra, me ordena con el pensamiento que lo haga y lleve a cabo tal o cual labor. Cuando, como por ejemplo ahora, no me tiene sometida a su voluntad, pienso en huir: pero desisto porque estoy segura de que sería inútil: me haría regresar tan pronto como se lo propusiera.

King había prestado atención suma y exclamó resueltamente:

—¡Hemos de luchar contra eso, Ginger! ¡No se me ocurre de momento cómo, pero hemos de luchar! Tan pronto como yo resuelva esta situación acudiré en su ayuda.

—Sería inútil.

—Verá cómo no. ¿Cuál es el verdadero nombre de su tirano?

—¿Debo decírselo?

—Me gustaría conocerlo para pensar acertadamente en las armas que me convienen. Ahora bien, si no le inspiro confianza absoluta…

—Se llama Randolph Sylvan.

Wyler recordó el pequeño escándalo recogido por los periódicos años atrás, con motivo de la estafa a una entidad benéfica de la que el tal Sylvan era tesorero.

—¿Lo ha oído antes de ahora? —quiso saber Ginger.

—No, nunca —mintió el interrogado—, pero toma nota de él en mi memoria.

Durante algún tiempo continuaron ocupándose del asunto y de varias cuestiones más.

En la comisaría de Spruce sonó con insistencia el timbre del teléfono. Un funcionario tomó el auricular y pregunto:

—¿Que pasa?

Tras convencerse el comunicante de que hablaba con el organismo que quería, delato:

—El hombre que ha asesinado esta noche a Simone Reynolds en la calle 52, número 114, piso tercero, no se llama Gregory Wickers, sino Irving Wyler, y se halla en estos instantes a no mucha distancia de ahí.

—¡Oiga, oiga! —exclamó el agente, excitado—. ¿Es cierto lo que dice?

—¡Claro que lo es! Tomen las señas, si quieren, y compruébenlo enseguida.

Las dictó, y colgó el aparato.

Apresuróse el funcionario a dar la noticia a sus superiores.

Adoptáronse varias medidas, entre ellas, la de localizar el sitio desde donde partiera la comunicación telefónica. Tratábase de un establecimiento público.

Phineas entró, dominando difícilmente su iracundia; hizo un gesto autoritario a Ginger para que les dejara solos, y se encaró con Irving:

—¡Lo que ha hecho usted es absurdo; ese estúpido crimen le acarreará serias consecuencias, y además significa para la Organización un perjuicio extraordinario!

—¡Pare, amigo; pare, pare! —le atajó Wyler, sin descomponerse —. No le he llamado para que me riña. Además, me sorprende que esté usted enterado ya del asunto.

—Pues no le sorprenda. Jerry Wood me ha informado hace poco, se siente indignadísimo contra usted. ¡Cualquiera sabe lo que el jefe decidirá cuando se le comunique!

—Nadie tiene razón para enfadarse conmigo. ¡Yo no he matado a Simone Reynolds!

—¿Qué dice?

—Que no la he matado. ¿Está clara la cosa?

—Está oscurísima.

King repitió la versión del suceso que poco antes hiciera a Ginger, y terminó exclamando:

—No permitiré a nadie que ponga en duda mis palabras. Detesto el crimen. Además, no iba a ser tan estúpido que me encerrase con esa mujer en su propia casa para enviarla al otro barrio, habiendo tenido y pudiendo tener tantas ocasiones de hacerlo. Dígaselo a los jefes, que no me molesten con sospechas fuera de lugar, y que me ayuden a salir con bien de este paso. Eso es lo que procede, y eso es lo que espero.

Phineas quedó confuso. El acento de su interlocutor impresionaba por su firmeza. Contradecirle hubiera resultado muy peligroso.

—Está bien —admitió—. Haré constar cuánto me ha dicho y le tendré al corriente de lo que se resuelva.

—Por de pronto dele usted instrucciones a Humphrey Nevin, a fin de que me facilite cuanto pueda necesitar. Explíquele bien el caso, y adviértale la conveniencia de no hacer ninguna cosa rara.

Salió Phineas. King fumó cigarrillo tras cigarrillo dándole vueltas en la mente a los sucesos entre los cuales se debatía. De pronto oyó pasos rapidísimos que se acercaban. Ginger apareció bajo el dintel. Estaba fuera de sí, desencajada.

—¡La Policía! —exclamó casi sin aliento—. ¡Preguntan por usted! ¡Están registrando las habitaciones!

Wyler rechinó los dientes.

—¿Quién ha podido ser el canalla del soplo?

—Cualquiera; de esta gente puede esperarse lo peor. ¡No pierda un segundo; trate de escapar!

—¿Por dónde?

—¡Dios mío, no sé…! —Retorcíase las manos—; aunque sea por la ventana. Suba al piso inmediato. Desde allí podrá llegar sin estorbos al tubo de desagüe y deslizarse por él. Yo entretendré como pueda a los agentes. ¡Pronto!…

King, lejos de apresurarse, dejó caer los brazos con desaliento.

—¡Estoy harto de mi larga pelea con la adversidad; harto de mí mismo! —exclamó con amargura—. ¡Lo mejor será entregarme y acabar de una vez!

—¡Nunca! —exclamó Ginger, en una explosión, incontenible de sus amorosos sentimientos—. ¡Los verdaderos hombres no se rinden nunca, y usted lo es! ¡Márchese, se lo suplico! ¡Hágalo por mí… si no tiene nadie más interesante por quien hacerlo!

—¡Ginger!…

—¡Me moriría de dolor si… si le llevasen a la silla eléctrica!

—Es que…

—¡Le quiero, King, le quiero! ¡Ande, pronto; suba al alféizar!

—Está bien, muchacha.

Sin detenerse a reflexionar, la besó en la boca y se aprestó a la huida, pero ya era tarde. La puerta se abrió violentamente y varios policías, pistola en mano, aparecieron en la misma.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó el que los mandaba—. No creo haga falta preguntar mucho para saber que es usted King Wyler, ¿verdad? El salto que preparaba resulta muy elocuente.

Ginger, obedeciendo a una súbita inspiración, plantóse ante los representantes de la Ley, diciendo:

—¡No se llama como ustedes dicen! Ya que se muestran tan curiosos, les diré que es mi novio y que iba a salir por la ventana porque oímos pasos, y no quería que me encontraran sola con él.

El sacrificio de la muchacha produjo indescriptible emoción en el fugitivo, quien le echó una mano por los hombros, y dijo:

—Gracias, «diamante pulido»; pero no puedo tolerar que te deshonres por mí —añadió, volviéndose a los policías—: Soy King Wyler. ¿Me buscan ustedes?

—Sí.

—¿De qué se me acusa?

—De usurpación de nombre y de asesinato.

—¿Nada más?…

La pregunta del joven resultó irónica y amarga.

Ginger le abrazó, llorando.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque era mi deber, pequeña. Señores, estoy a la disposición de ustedes.

—Vuélvase desespaldas y deme las manos —ordenó el jefe.

King obedeció. Sobre sus muñecas cerráronse las esposas, cuyo metálico sonido repercutió en el corazón de Ginger, quien hubo de ser apartada por uno de los agentes, y se echó de bruces, sollozando sobre la cama del preso.

CAPÍTULO X

UN JEFE MENOS

Phineas, muy agitado, entró en el despacho de Jerry, luego de hacerse anunciar.

—¿Qué hay? —inquirió éste, ligeramente sorprendido.

—¿Ha leído la prensa de la mañana?

—Aún no he tenido tiempo. ¿Qué ocurre?

Le alargó un periódico, señalándole con el dedo un epígrafe que decía: «Audaz y extraordinaria fuga de un preso».

Leyó Jerry con creciente interés la amplia información a dos columnas dedicada a la evasión de King Wyler cuando se le trasladaba de cárcel en el coche celular.

Explicaba con todo detalle cómo la fuerza pública divisó un bulto caído en la carretera, y, creyendo haber efectuado un atropello, ordenó parar el vehículo en que se realizaba la conducción. El bulto echó a correr y se perdió entre las sombras de la noche. Sólo entonces diéronse cuenta de la fuga. King Wyler, valiéndose de una pequeña sierra, facilitada nadie sabía por quién, había cortado un pedazo de plancha de uno de los costados del coche. Utilizó luego una cuerda, que ató al asiento, y se descolgó por la misma.

Venían a continuación grandes parrafadas censurando la lenidad de los que no hicieron todo lo necesario para impedir que un preso pudiera proveerse de los útiles que le sirvieron para la fuga, así como de las personas encargadas del traslado en cuestión.

—¡Ese muchacho vale su peso en oro! —exclamó Phineas, sin disimular el entusiasmo que le embargaba.

—Sí —admitió el abogado—. Forzoso es reconocer que supera en mucho las dimensiones de un tipo vulgar…

—¿Volverá a nosotros?

—¿Cómo quiere usted que yo lo sepa?

—Celebraría que lo hiciese. Elementos de esa categoría resultan impagables.

Una llave maestra, hábilmente utilizada, permitió a Wyler abrir sin dificultad la puerta del domicilio de Jerry. No produjo ni el más pequeño ruido. En el interior imperaban el silencio y la obscuridad. Se había orientado bastante bien, cuando estuvo allí por vez primera, sobre la situación de las habitaciones que había de cruzar, y ni siquiera hizo uso de linterna. Limitose a permanecer un minuto con los párpados cerrados fuertemente. Cuando los abrió, distinguía los muebles casi perfectamente, siéndole posible el avance sin tropiezos. Empleó otra vez su llave para franquearse la entrada al despacho y se adentró en él, cerrando tras sí, tornó las cortinas que cubrían los balcones, y sólo entonces encendió la linterna de bolsillo. Paseó el haz luminoso sobre la gran mesa-escritorio y se dispuso a llevar a cabo un registro. Dejó la pistola; con el tubo silenciador puesto, al alcance de su mano; sacó un bien provisto juego de ganzúas y fue abriendo muebles, pasando enseguida a examinar su contenido.

Algunas de las cosas que iban apareciendo llamaban su atención y las ocultaba en los bolsillos.

Con destreza insuperable descubrió el doble fondo de uno de los cajones y le faltó poco para lanzar una exclamación de sorpresa: entre otras joyas, encontrábase el collar que perteneciera a Simone. Se apoderó del mismo y continuó la búsqueda.

Interrumpióse de pronto. Su fino oído le advirtió que alguien avanzaba hacia allí sigilosamente. Recogió el arma, y, luego de apagar la linterna, fue a situarse junto a un gran mueble-bar relativamente próximo a la puerta de entrada, conteniendo la retiración. Abrióse ésta, suave y lentamente. El silencio era absoluto. Por fin, la estancia quedó iluminada profusamente y Jerry apareció bajo el dintel. Su mano se cerraba fuertemente sobre una automática.

No podía caberle duda de que allí había algún extraño, dada la situación en que encontró los muebles. Dirigió la mirada hacia los cortinales del balcón, sitio el más a propósito para que se escondiera el visitante nocturno, y avanzó unos pasos, diciendo:

—¡Salga de ahí, o disparo!

—¡No se mueva usted, o disparo yo! —advirtióle King, colocándose de un salto a sus espaldas y apoyando en su columna vertebral el cañón de la pistola.

—¡Wyler!

—El mismo. Deje caer ese cacharrito si no quiere que le dé gusto al dedo.

Obedeció el abogado. En el acento de quien así le hablaba no había vacilaciones.

Dijo, mientras lo bacía:

—Es usted un traidor ladronzuelo, ¿verdad?

—¿Traidor y ladronzuelo? Veremos quién traiciona a quién. Puede sentarse. Cuidadito con hacer ningún movimiento sospechoso. Si lo hace, será el último de su vida.

Wood había recobrado la serenidad, perdida durante unos segundos, y sonrió de modo enigmático al decir:

—Le tenía en otro concepto. Precisamente, al leer la noticia de su fuga, le elogié mucho. Con esto de ahora ha echado por tierra el pedestal. ¡Introducirse de noche en el domicilio de uno de sus jefes para robarle!

—¿Está usted seguro de que ha sido ese mi propósito?

Parpadeó, nervioso, el letrado.

—¿Cuál, si no?

—Voy a explicárselo. Esta noche me siento parlanchín. Pero deje quietos los pies. A lo peor tiene cerca algún timbre de alarma, y si lo pisa «distraídamente» va a haber fuegos artificiales.

Se apresuró Jerry a inmovilizarse. Wyler, siguió hablando:

—No he venido en busca de dinero, sino de algo que le comprometa firmemente, que le ligue a mí, que le haga temerme y guardarme las consideraciones que merezco.

—¿Cómo, cómo es eso?

—Lo que oye. ¡Es muy bonito utilizar a una persona, porque se la cree interesante, y de pronto, debido a la causa que sea, hundirla o dejarla que se hunda! Conmigo no vale eso, señor Wood; me he comprometido mucho por ustedes y con ustedes, pero ustedes tienen también algún compromiso con mi persona.

Jerry creyó empezar a comprender, y sus temores fueron amortiguándose.

Añadió Wyler:

—Cuando ocurrió lo que ocurrió en el baile, llamé a Phineas y le dije que necesitaba ayuda: el resultado fue que, poco más tarde, la policía me cogió como a un conejo en la madriguera. ¿Quién pudo dar el soplo? ¿Quién sabía que yo estaba en «La Perla»? Sólo nuestra gente. En la cárcel me he visto sin que nadie se ocupe de mí: ni siquiera tuvieron a bien enviarme un mal abogado dispuesto a defenderme. Si yo no fuera un hombre poco corriente, hasta el extremo de fugarme donde el más listo hubiera fracasado, mi exhibición en «la reina de las sillas» estaría a punto de llegar. ¡Y todavía se sorprende de que haya querido tomar mis precauciones para que no se repitan esos hechos!… Amigo mío, si usted es listo, yo también lo soy. Ahora ya con las cosas suyas que tengo en mi poder, y que depositaré en lugar seguro, se andará usted con más tiento cuando piense perjudicarme.

—¿Ha terminado? —preguntó, flemático, Jerry.

—No: todavía no; pero puede decir lo que quiera.

—Lo haría más a gusto fumando un cigarrillo.

—Yo se lo daré. Siga con las manos a la vista.

King, en efecto, alargó la pitillera abierta a su interlocutor, conservando prudencial distancia, y le facilitó también lumbre. Éste, luego de lanzar una bocanada de humo, declaró:

—Mentiría si dijese que no reconozco sus excepcionales cualidades. Aunque, naturalmente, no apruebe esta situación, reconozco que, en apariencia, existen razones que la justifican, pero sólo en apariencia. Dice usted que le abandonamos e incluso piensa que le delatamos nosotros mismos; pues bien, reflexione: ¿guarda eso relación con lo que hemos hecho más tarde?

—¿Lo que han hecho más tarde?

—¡Naturalmente! ¿Cómo llegaron a su poder la sierra y la cuerda que utilizó para la fuga?

King hizo un gesto de asombro. Constábale que el letrado mentía, pero no lo exteriorizó. Éste, dando por seguro que había acertado en el blanco, agregó:

—Creerá, sin duda, que todo fue producto de la casualidad, de su inteligencia o de cualquier otra cosa por el estilo, y no pensó que pudiera tratarse de una ayuda nuestra, hecha llegar de modo que no lo pareciese.

Meditó Wyler unos momentos, con el entrecejo fruncido. Luego, inquirió:

—¿Es verdad lo que asegura?

—¡Y tanto que lo es! Para lo del defensor, sobraba tiempo; lo primero era poner a su alcance los medios de huir.

—¿Se hubiera encargado usted mismo de defenderme?

—No. Yo no podía. Me comprometió usted mucho con lo que hizo en casa de los Reynolds. Me he visto en la necesidad de decir que me engañó usted presentándoseme poco tiempo atrás como Gregory Wickers.

—Vuelve usted a jugar sucio, señor Wood.

—¿Eh?

—Sus palabras equivalen a sostener la acusación de que maté a Simone… a pesar de hallarse convencido de que no fue así.

—¿Que no fue así?

—¡Y tanto que no! El asesino se llevó el collar de perlas de la víctima, ¿eh?… Bueno, pues, dígame ahora; ¿conoce esto?

Mostróle la joya que poco antes se guardara. Toda la serenidad de Jerry se vino abajo. Se le desorbitaron los ojos y un sudor frío comenzó a perlar su frente.

Agregó King:

—Esto debería bastar para que le tratase sin consideraciones de ninguna especie: pero no lo haré. Soy comprensivo. Entre fieras como nosotros, todos los procedimientos tienen lógica. Me gusta la dase de trabajo que me han ofrecido ustedes; quiero hacerme rico pronto, y me significaría una gran incomodidad buscarme otros jefes… que, en resumen, no serían mucho mejores. Les necesito y yo les soy útil. Estoy dispuesto, a pesar de todo, a una vez en guardia para que no me destrocen, seguir como si nada hubiera ocurrido, a base de que me demuestren su buena predisposición. Una prueba más de ello es que no tengo inconveniente en repartir con usted lo que se obtenga de la venta de este collar.

Wood temió no haber oído bien y se hizo repetir, casi palabra por palabra, la inconcebible proposición que se le hacía.

—Si en verdad es ésa su postura —afirmó—, demostrará ser el hombre más inteligente y sensato que he conocido. Con nosotros llegará a dónde se proponga.

—Esas palabras son bonitas, pero… quisiera hechos.

—¿Hechos?

—Sí… Quiero que me metan más dentro de los asuntos, que no haya tantos misterios conmigo, que me dejen ver algo de lo que hay detrás de las cortinas. He repetido no ser curioso. Tampoco me mostraría como tal de no haber pasado las cosas que nos ocupan. Ahora, para fiarme, necesito ser, efectivamente, uno más y de los gordos. Cuantos menos tapujos, mejor.

Reflexionó Jerry.

—Estudiaré esa proposición suya y la trasladaré al jefe —prometió.

—De acuerdo. Por lo pronto, vayan buscándome un cobijo seguro hasta que consiga salir de los Estados Unidos. En Europa se puede hacer mucho trabajo productivo, y si a mí me nombran jefe, daré, asesorado por ustedes, más rendimiento del que imaginan.

—También haré esa sugerencia a quien puede decidir.

—¿Amigos, entonces?

—¡Amigos!

—¿A jugar con las cartas boca arriba?

—Con las cartas boca arriba.

King, esta vez, no vaciló en tender la mano y el abogado se la estrechó.

—Puede usted recoger su pistola y guardársela —autorizó el primero.

El abogado lo hizo así. Wyler le imitó.

—¿Se lleva el collar? —quiso saber el primero.

—Sí; no es por nada, ¿sabe? Pero puesto que se me acusa de haberlo robado, quiero tenerlo conmigo. A pesar de eso, la palabra es palabra. Cuando lo vendamos, le entregaré la mitad.

—¿Dónde va a dormir esta noche?

—En un rincón que ofrece ciertas seguridades. Mañana le telefonearé. Diré llamarme James. Si hay algo concreto, vendré a esta misma hora.

—Perfectamente.

—Adiós, señor Wood.

—Adiós, amigo Wyler.

Volvió éste la espalda, dirigiéndose a la puerta. En aquel momento Jerry sacó la pistola del bolsillo, pero no la pudo utilizar: King se había revuelto con la velocidad del relámpago y le alojó una

bala en el corazón.

Muerto antes de caer, el gran canalla se desplomó de bruces.

—¡Perro! —barbotó King.

Permaneció en la puerta, sin moverse, tensos los músculos, aguzados los oídos, temeroso de que el disparo, aun hecho con silenciador, hubiera despertado a alguien.

Transcurrieron varios minutos, que se hicieron interminables. Por fin, Wyler inclinóse sobre el caído y le registró concienzudamente. Encontró algo de tan extraordinaria importancia que le obligó a abrir la boca, estupefacto.

No necesitaba más. Apagó la luz y, sigilosamente, volvió sobre sus pasos hasta encontrarse en la calle.

CAPÍTULO XI

SE DESCORRE EL VELO

A la casa de Harlem iban llegando, con largos intervalos entre uno y otro, procurando no ser vistos, los elementos más destacados con que contaba la banda en Nueva York. Entraban en una gran sala y procuraban distraerse en lo que fuera más de su agrado: leer, jugar, discutir…

Habían sido convocados por orden del jefe con indicación del minuto en que tenía que llegar cada uno, a fin de que el último, no obstante los espacios que debían mediar, estuviese dentro a la hora señalada para el comienzo del acto.

Próxima ya la tal hora, entró Phineas, quien saludó efusivo, y pasó a explicarles el objeto de la cita.

—Todos ustedes saben —dijo— que en un espacio de tiempo muy corto hemos perdido dos elementos valiosos. La misteriosa muerte de Jerry Wood, sobre todo, será lamentada siempre y vengada si llegamos a descubrir al asesino. Bien: estas bajas obligan a nombrar los substitutos. El jefe desea que haya siempre tres personas en Nueva York que le conozcan como tal y reciban directamente sus órdenes. De este modo se ha hecho siempre, evitándose no escaso número de contingencias desagradables. Jerry Wood y Dean Schuyler formaban conmigo la terna que nos ocupa. Muertos ellos, sólo he quedado yo: pero esta misma noche serán nombrados los dos compañeros que han de ocupar los puestos de los caídos. El jefe que no tardará en llegar, llevará a cabo la selección.

Hubo rumores y cuchicheos. Todos y cada uno considerábanse con méritos sobrados para escalar las mayores alturas.

El timbre de la puerta sonó una vez más de la manera

convenida.

Phineas hizo un gesto de sorpresa y desagrado, pues sabía bien que ya estaban reunidos todos cuantos tenían que llegar. Los otros, al ver su actitud, sobresaltáronse también.

—Quietos —dijo aquél—. Debe ser uno de los nuestros, no convocado, que viene por casualidad. Abriré yo mismo.

Y acariciando la culata de la pistola, aunque sin sacar la mano del bolsillo, se acercó a la puerta.

No pudo reprimir una exclamación de grato asombro al reconocer al que llegaba:

—¡Wyler!

—Hola —respondió el joven con cierta sequedad, que fue captada inmediatamente por el pelirrojo.

—¿Qué le ocurre? ¿Está disgustado?

—Nooo… Si le parece me pondré a bailar un *boogie*. Hemos de hablar extensamente.

—¡Claro que hablaremos! Pero, ante todo, permita que le felicite. ¡Su evasión ha sido enorme! ¡Estamos entusiasmados!

—Yo estaría mucho más contento si no hubiera tenido necesidad de evadirme o, lo que es lo mismo, si nadie me hubiera delatado a la policía; porque aquella noche, a poco de abandonar usted «La Perla», se presentaron por mí, como ya sabrá.

—¿Sugiere que yo di el soplo?

—No; usted, no; sé quién lo hizo, y ya no podía delatar a ningún otro compañero. Bueno… no me tenga aquí. Pasemos al interior.

—Lo lamento, Wyler, pero… esta noche no es posible.

—¿Que no es posible? ¿Se me niega el paso? ¿A mí…?

—No; no se altere. Siempre lo tendrá libre, pero es que va a celebrarse un acto especial; hay reunidas personas de la organización a quienes usted no conoce aún, y no estoy autorizado para permitir que las conozca; el jefe va a acudir pronto…

—¡Magnífico! ¡Necesito hablar con el jefe!

—¡Está usted loco!

—¡No lo estoy! Dígale que yo he matado a Jerry Wood.

—¿¡Eeeeh!?…

—¡Que yo he matado a Jerry Wood y que traigo las pruebas de que era un canalla, un miserable que traicionaba incluso los intereses de la banda para atender a sus fines propios!

Phineas había retrocedido unos pasos y observaba a Irving como a una visión del otro mundo.

Continuó éste:

—Él mató a Simone Reynolds y le robó el collar, collar que yo he recuperado y entregaré al jefe; al proceder así dificultó mi trabajo y echó por tierra una bonita labor que hubiera resultado productiva para todos; él me denunció a la policía, haciendo saber dónde podría encontrarme, él, cuando anoche entre en su despacho con el propósito de obtener pruebas que me permitieran descubrirle, llego inopinadamente, charlamos, le acuse, reconoció su falta y me tendió su mano de amigo, para, al dar yo media vuelta, tratar de asesinarme. Pero a mí no se me traiciona tan fácilmente. Como no me fiaba de él lo más mínimo, le seguí observando con el rabillo del ojo, vi su movimiento… y madrugué, No resulta nada fácil adelantárseme en el manejo de la pistola. Repítale todo eso al jefe; añádale que la mayor prueba de que me sobra la razón estriba en que no he vacilado en presentarme aquí y relatar los hechos, exponiéndome a todo. Finalmente, hágale saber que estoy dispuesto a seguir trabajando como los buenos si se me trata como merezco. Ande; yo esperaré en cualquier sitio, sin prisas. No me interesa conocer a esa gente de que me ha hablado. ¡Ah! Pero cuidadito, ¿eh?, si lo de Jerry sienta mal, a pesar de todo, y deciden castigarme, ándense con tiento, porque llevo dos pistolas y no desaprovecharé una sola bala.

Tartamudeó, al fin, Phineas:

—¡Muchacho, muchacho!… ¡Hace y dice usted, unas cosas, que, vamos, no sé cómo calificarlas!… Bueno; de todos modos, ¡qué caray!; yo lo encuentro bien y hasta es posible que el jefe… ¿por qué no…? Le informaré debidamente. Pase a esa habitación de la izquierda y espere sin impacientarse.

Entró Wyler en el lugar que se le indicaba, mientras Phineas volvía a reunirse con los congregados. A las curiosas miradas que le dirigieron, repuso:

—Es King Wyler; el muchacho más desconcertante que he conocido. Acaba de decirme cosas verdaderamente sensacionales…

Interrumpióse. Acababa de sonar un timbre raro, pulsado desde una de las habitaciones.

—¡El jefe está en casa! —exclamó.

Todos se pusieron súbitamente serios.

Phineas apresuróse a salir por una de las puertas laterales y regresó a los pocos minutos, anunciando:

—Doctor Frank Peters, tenga la bondad de acompañarme. Va a conocer al jefe, quien designa a usted para ocupar el puesto de Jerry Wood. Cuando vuelva a esta sala traerá consigo y mostrará a todos el documento especial que acredite su alto cargo.

La cara del médico reflejó satánico orgullo; satisfacción inigualable.

—¡Vamos! —exclamó.

Phineas le precedió.

Al cabo de veinte minutos reapareció el médico solo. Todavía en sus ojos leíase el estupor. Sin hablar apenas, puso a disposición de cuántos lo deseasen el nombramiento que le colocaba por encima de los otros.

Comenzaban a extrañarse de la tardanza de Phineas, el cual entro al fin, diciendo:

—Señores… el substituto de Dean Schuyler no va a salir de esta sala. Esperen. No tardarán en conocerle.

La noticia produjo mal efecto, si bien nadie lo expresó así con palabras. El que la diera se abstuvo también de todo comentario y fue adonde dejara a Wyler.

—Hola —exclamó éste—. Ya empezaba a impacientarme. ¿Qué hay de cosas?

—Hay bastante más y mejor de lo que se imagina.

—¡Caramba!

—He trasladado al jefe cuánto me ha dicho, y no sólo se le deja exento de responsabilidad, sino que va a ser, a partir de esta noche, uno de sus tres hombres de confianza.

—¿Lugarteniente?

—Llámelo como quiera. El nombre no hace al caso. De hecho tendrá usted la misma categoría que yo.

Y, al expresarse así no pudo disimular del todo cierto disgusto por aquel ascenso inusitado.

—¡No está mal la carrera! —Fue la exclamación de King.

Atravesaron un corredor ancho. Phineas abrió una puerta, y dijo a su acompañante:

—Pase y espere. El jefe quiere hablar con usted a solas.

Obedeció Wyler y encontróse en una habitación de no muy grandes dimensiones. Con aire distraído, paseó la mirada sobre muebles y adornos.

Se volvió de repente: una puerta lateral se había abierto sin ruido y una voz femenina murmuro:

—Buenas noches, King.

Nelly McGuffrey se hallaba ante sus ojos; pero una Nelly que parecía distinta a la que hasta entonces conociera, su aspecto angelical habíase trocado en demoniaco; brillaban sus ojos de manera extraña y sus labios tenían un rictus cínico, cruel.

—¡Usted… aquí!… —exclamó el joven, aparentando una sorpresa mucho mayor de la que en realidad sentía.

—Ya lo está viendo.

—¿Espera también al jefe?

—Es muy difícil que una persona se espere a sí misma. «El jefe» soy yo.

Rió bajo, gozándose en el efecto de sus palabras, y su risa tuvo resonancias desagradables, como el silbido de una serpiente.

—Se resiste a creerme, ¿verdad?

—No es eso; es que estoy procurando convencerme de que no soy víctima de una pesadilla.

—Tómese el tiempo que quiera. Pero siéntese; estará más cómodo. Utilice ese sillón. Y, deme un cigarrillo.

Hizo el muchacho lo que se le indicaba. Ella le miraba con fijeza y divertida curiosidad.

—¿Ya ha despertado? —inquirió, burlona.

—Sí; desde luego. La sorpresa merece el calificativo de inigualable; pero estoy muy hecho a cosas fuertes y me repongo pronto de todo.

—No me sorprende. Es usted un hombre excepcional, King. Por eso, porque lo es, se encuentra en mi presencia en estos momentos. Me impresionó usted desde el principio como no imaginaba que pudiera llegar a impresionarme nadie. Su manera de actuar en el domicilio de Dean Schuyler fue la chispa que prendió fuego a mi admiración. Enseguida me dije que una persona de sus aptitudes representaba un elemento valiosísimo y que no debía dejarle escapar. Contribuyó también mucho a eso su simpatía arrolladora.

—Gracias. Es usted muy amable.

—Muy justa. ¿Le agradan estas explicaciones? Aunque no peque usted de curioso, según tengo entendido, hay cosas que interesan siempre.

—Sin la menor duda. Esa curiosidad que nunca tuve, ha nacido ahora de repente.

—Yo la satisfaré. Dean Schuyler era pariente mío, aunque muy lejano. Le elevé a un elevado puesto, nos traicionó y decrete su muerte. Cuando, agonizante, llegó a la casa en que yo, bajo la capa de niña modosita e ingenua, vivía con él, me propuse rematarle; pero la llegada de Griff «el buitre» me lo impidió, y sólo tuve tiempo de quitarle el documento que Jerry, imprudentemente, le firmara.

—Pero, dígame, Nelly: siendo usted la autoridad suprema de la banda, ¿cómo se explica que ese «buitre» se propusiera quitarla de en medio?

—¿Olvida que nadie, a excepción de las personas que elijo, me conoce como tal? Vi la muerte más cerca que nunca; tanto, que, en los primeros instantes, me resultó imposible articular palabra alguna, aunque la desesperación me dio fuerzas para contener el brazo asesino. Si usted no hubiese llegado tan oportunamente, quizá habría podido decir algo que me descubriera; pero usted me salvó la vida e hizo innecesaria mi declaración. Tampoco los dos hombres que llegaron después, aun siendo nuestros, tenían la menor idea de que se encontraban ante la persona que rige los destinos de la banda. Phineas había quedado abajo. Usted no le vio; yo sí y le hice una seña para que aguardase. Volví a él apenas hube abandonado el restaurante a que usted me llevó y le di instrucciones a fin de que se condujera como lo hizo.

—¡Muy ingenioso todo!

—Sencillo hasta no poder más. Aunque mis decisiones se acatan, lo mismo Jerry que Phineas me suplicaron que no me diese prisa en atraerle; nosotros teníamos noticias de su llegada, y el hecho de que viniese recomendado a Schuyler significaba ya un gran tanto a su favor; pero, en medio de todo, no le conocíamos e ignorábamos lo que pudiera dar de sí. Me pidieron permiso para someterle a distintas pruebas y lo otorgué, segura de que el hombre capaz de desenvolverse como usted lo había hecho saldría triunfante de todo.

—¡Cuánto honor!

—Así y todo se resistían a otorgarle beligerancia. Tuve que imponer mi autoridad. Le necesitaba a mi lado. El transcurso de los días me convenció de que, venciendo mis propósitos de siempre, me había enamorado de usted.

Supuso Nelly que, al hacer tal declaración, Wyler se apresuraría a besarla. No sucedió así. Éste permaneció en su asiento, como aturdido. Hizo ella un mohín de disgusto y repitió quedamente:

—Sí; me había enamorado de usted. Todos mis esfuerzos para rechazarle resultaban inútiles. Cuando nos besamos en casa de los Reynolds perdí toda esperanza de resistencia.

—¿Qué hacía usted allí, Nelly?

—Vigilar, y especialmente admirarle a usted. Fue una pena que Jerry nos sorprendiese. Estaba locamente enamorado de mí. Los celos le volvieron loco, y, saltando por encima de todo, mató a Simone para hundirle a usted.

—Pudo haberme elegido como víctima.

—No lo hizo por miedo a que yo adivinase la verdad y le despidiera o decretase su eliminación. Se contentó con deshacerle a los ojos de todos y denunciarle después. Le acusé, sin embargo, tan fuertemente al cabo de algunos días, que acabó por confesar Lloró ante mí y simulé perdonarle. En mi fuero interno decidí que desapareciera del mundo de los vivos, y sólo aguardaba para ello la resolución de ciertos asuntos importantes que él llevaba entre manos. Usted se me adelantó.

Hablaba con frialdad, con dureza escalofriante como si la vida de las personas fuera algo desprovisto de valor.

Se habían consumido los cigarrillos. Nelly prendió otro y fue hacia un mueble-bar.

—Se me ha secado la garganta. No nos vendrá mal un trago. ¿*Whisky*?

—Bien.

Manipuló ella sin interrumpir la conversación.

—Vamos a brindar por nuestro futuro; un futuro lleno de pasión, de riqueza y de emociones.

Wyler, desentendiéndose de lo que oía, dijo:

—Por más vueltas que le doy, no acabo de comprender cómo alcanzó usted esta jefatura.

Tornó a reír la mujer, derrochando suficiencia.

—¿Usted forma parte de los que consideran al sexo femenino una «cosita» pobre de mentalidad y arrojo?

—No he dicho tal cosa; hay muchas excepciones…

—¡Yo soy una de las más destacadas! Desde niña me propuse triunfar en todo, ser una dominadora, manejar a los que me rodeasen como si fueran muñecos. Ya mayor, me dejé «engañar» por el jefe de una banda de espías de Chicago y me convertí en su secretaria. Aprendí cuánto aprenderse puede; me hice insustituible; mis opiniones causaban asombro y eran tenidas muy en cuenta. A mis manos vinieron a parar secretos que podían ser fatales a los componentes de la organización; me las ingenié para enfrentar entre sí a los que me estorbaban y hacer que se destruyesen. Me quedé con los incondicionales, a los que, además, tenía subyugados por saber que les desharía cuando me lo propusiera, mientras ellos, en cambio, nada podían contra mí, pues les constaba que había hecho las cosas de tal forma que, si me sobrevenía algún daño, todos los documentos comprometedores, hábilmente situados, saldrían a luz. Pronto Chicago llegó a parecerme pequeño para mis ansias y me trasladé aquí con mis seguidores. Fueron llegando otros que se sometían a mi voluntad. Hoy esta banda, que lo mismo cultiva el espionaje al servicio del mejor postor, que opera en plan de gansterismo, es la más poderosa de Norteamérica. Eso es todo. No he vacilado en mostrarme a sus ojos tal cual soy porque tengo la evidencia de que, lejos de asustarse, un hombre como usted sólo puede sentirse a gusto junto a una mujer como yo.

King consultó disimuladamente su reloj de pulsera, operación que había realizado varias veces en el transcurso del diálogo sin que la mujer lo advirtiese, y dijo, eludiendo las últimas palabras oídas:

—Comprendo la causa de que antes me mantuviera alejado y me reciba ahora: no ha querido hacerlo hasta tenerme entre sus garritas; hasta que, dados los delitos que pesan sobre mí, me conste que cualquier imprudencia me resultaría fatal.

Se le acercó Nelly, mimosa, ofreciéndole el *whisky*.

—Más fuerza que ese temor tendrán mis caricias. Serán ellas las que nos liguen para siempre. Bebe conmigo. Nos aguardan la felicidad y el triunfo.

Wyler, con un ademán, rechazó la copa.

—Te equivocas, Nelly. A pesar de mi rudeza, en materia de

amores soy algo especial. Me prendé de la chiquilla ingenua que en una noche de horror me clavó en lo más hondo su mirada; aquella chiquilla no guarda relación alguna con la mujer-fiera que veo ahora ante mí.

Nelly vibró como si una fuerza misteriosa la hubiera sacudido; murió la sonrisa de sus labios y sus pupilas relucieron de manera impresionante.

—¿Debo entender —preguntó con acento glacial— que me desprecias?

—Entiende más bien que te compadezco.

Hubo una pausa breve. Escudriñando sin cesar a su interlocutor, dejó ella ambas copas sobre una mesita. Había fruncido la frente.

Entreabrió la boca para sonreír de nuevo, si bien aquella sonrisa no se parecía en nada a la que antes tuviera.

—Lo que menos podía imaginar era que te sobrasen los escrúpulos, King Wyler.

—¡Nos equivocamos tantas veces en la vida!…

—¿Te das cuenta de que esas palabras pueden significar tu muerte? ¿De que me bastará una breve orden para que, en vez de salir de este despacho convertido en lugarteniente mío, saquen tu cadáver entre dos hombres?

—Quizá puedas hacerlo, quizá no… Afronto, sin embargo, ese peligro con tal de decirte que me causa pena, mucha pena, ver que la criatura que tomé por un ángel es un verdadero demonio.

Nelly se mordió el labio inferior con fuerza. Luego, dijo:

—Me has hecho daño, King. Nunca creí posible escuchar cosas análogas a las que has pronunciado sin aplicar el máximo castigo a quien lo hiciese. Y, no obstante, ya lo ves: continúo, aunque dolida, serena, dominando mis impulsos soberbios. Es porque te quiero furiosamente; porque me has hecho conocer lo que no hubiera querido conocer nunca. Sí; comprendo tu estado de ánimo; pero estoy segura de que esa impresión será pasajera y me aceptarás como soy, orgulloso en el fondo de saberte amado por una mujer inigualable…

Se interrumpió, lanzando una exclamación de asombro: fuera acababan de sonar varios disparos. King respiró con fuerza. Aquello, tan esperado por él, se había retrasado algunos minutos.

De varios puntos de la casa sonaron gritos y voces:

—¡La policía!

Nelly, con rapidez extraordinaria, sacó una pistola del entreabierto cajón de la mesa próxima, y exclamó:

—¡Alguien nos ha vendido! ¡Pórtate como quien eres, King! ¡Hay que luchar; luego, si vemos mal la cosa, te enseñaré el modo de huir!

Wyler le sujetó la mano armada, diciendo:

—¡Ríndete, Nelly! ¡Nada os queda ya que hacer a ti ni a los tuyos!

El terror y el odio amalgamados aparecieron de pronto en las pupilas de la gran delincuente, quien resistíase a admitir lo que acababa de escuchar.

—¿Qué dices?

—Digo que no me tienes a tu lado, sino frente a ti, y que no debes obligarme a lo que no quisiera.

Rechinaron los dientes de la joven, convertida en pantera.

—¡Traidor!… ¡Has sido tú!…

Luchaba con fuerza inconcebible, dada su apariencia de fragilidad, por librarse de la mano que atenazaba la suya; pero hubo de dejar caer el arma, dominada por el dolor.

Se abrió la puerta y Phineas apareció en el umbral.

—¡La poli…! —empezó a decir.

—¡Wyler nos ha vendido! —rugió ella—. ¡Mátale!

El pelirrojo hizo fuego, rozando el hombro derecho de King, el cual le imitó atravesándole la frente.

Nelly aprovechó el rápido cruce de disparos que había obligado a King a soltarla, para arrojarse sobre la pistola caída y tirar sobre éste.

Un prodigioso salto de costado libró al joven del mortífero plomo.

Bajo el dintel aparecieron dos policías, que fueron testigos del hecho. Nelly dirigió a ellos sus balas, matando a uno e hiriendo ligeramente al otro, el cual, sin contemplaciones, vació sobre ella lo que le quedaba en el cargador.

Fuera, el tiroteo, que había alcanzado poco antes grandes proporciones, decrecía.

King, seguido del agente alcanzado como él, lanzóse a la pelea sangrienta, dramática en grado sumo. Ambos tomaron parte en la

misma, batiéndose con heroísmo admirable.

Los asaltantes aventajaban en número y acometividad a los malhechores. Éstos se defendieron hasta el último momento, pues estaban bien seguros de lo que les podía aguardar.

No hubo más prisioneros que los heridos, a quienes abandonaron las fuerzas para seguir la lucha.

Cuando todo terminó, el escenario del drama ofrecía un aspecto impresionante: sangre por doquier; cuerpos retorcidos por el sufrimiento de la agonía; muecas horribles; muebles derribados…

Entre los cadáveres hallábanse Humphrey Nevin y el doctor Frank Peters.

La policía sufrió también algunas bajas, aunque no muchas por haber tenido en su pro el factor sorpresa. Mientras el jefe, ayudado por alguno de sus hombres, daba comienzo al registro de todo, Wyler, obedeciendo a un impulso irreprimible, tornó junto a Nelly y se arrodilló ante ella, comprobando que vivía aún.

—¡Que Dios te perdone! —dijo, susurrando.

Entreabrió ella los ojos, vidriados ya, y reconociendo, en un esfuerzo supremo, al hombre que tenía cerca, barbotó:

—¡Maldito seas… y maldito el amor… que en mala hora sentí!

—King Wyler ha muerto en la cárcel —anunció un veterano de la F. B. I., entrando en el departamento, donde aguardaban varios compañeros y subordinados citados allí por la superioridad.

Volviéronse las miradas al que acababa de dar la noticia, el cual añadió, sonriendo:

—Ya pueden comprender que me refiero al auténtico King Wyler, y no al inspector Fred Ramky, quien ha suplantado durante algún tiempo la personalidad de dicho delincuente. Dentro de pocos minutos Ramky estará aquí. Acaban de comunicármelo. Vamos a oír de sus propios labios la narración de su gran aventura con el fin de que saquemos experiencias de la misma. Así lo ha dispuesto el director y ése es el motivo de que se nos haya convocado.

La noticia fue acogida con satisfacción. Fred Ramky era uno de los inspectores más prestigiosos, no obstante su juventud, de la poderosa F. B. I.,

y sus empresas, coronadas siempre por el éxito, interesaban a cuántos las conocían.

Hubo animados comentarios hasta que vieron aparecer al hombre que los originaba.

Muchas manos se tendieron para saludarle. Las estrechó él con la izquierda, pues su hombro derecho resentíase aún de la pequeña herida que Phineas le causara antes de morir.

Nadie hubiera relacionado sus gestos sobrios, sus elegantes ademanes, su mirada serena, con los gestos cínicos, los ademanes vulgarotes y la mirada provocativa que prodigó mientras estuvo encarnando el personaje de King Wyler.

Ocupó el lugar que se le había designado y empezó diciendo:

—Amigos… El director quiere que les informe de un caso en que he tomado parte activa. Creo que se trata de un honor que no merezco, pues todos estamos acostumbrados a realizar cosas que parecen exageradas y hasta inconcebibles a los que se encuentran al margen de la profesión, y que forman, sin embargo, para nosotros, el pan nuestro de cada día. De todos modos, a fuerza de disciplinado, me dispongo a obedecer.

Hizo una pausa, luego de aquel pequeño exordio, y tomó a hablar.

—Desde hace tiempo nos traía a mal traer una poderosa banda de malhechores que cultivaba el espionaje, sin ideología; el crimen; el chantaje; el robo. No había modo de dar con ellos. La pista era difícil, tan difícil que se perdía apenas iniciada, sin que hubiera manera de volverla a encontrar. Pistas difíciles como hemos recorrido todos o casi todos los que nos hallamos aquí; pero como ésta, yo, por lo menos, no había tropezado con ninguna. Y conste que no se trata de elogiarme, pues fue la casualidad, principalmente, la que, después de muchas tentativas infructuosas, me puso sobre ella, conduciéndome al éxito.

Encendió un cigarrillo, autorizando, con el ejemplo, a fumar a los oyentes, y continuó:

—Las últimas noticias de nuestros colaboradores en Nueva York señalaban a un tal Dean Schuyler como elemento que «acaso» pudiera hallarse relacionado con la banda que nos ocupa; se le sometió a vigilancia discreta y se interceptó una carta suya dirigida a King Wyler, en la cual le decía que, en atención al padre de éste,

le acogería bien y le proporcionaría los medios de hacerse rico. Dejamos la carta seguir su curso y nos propusimos no perder de vista al tal Wyler. Yo mismo di las órdenes en tal sentido. Mi sorpresa fue grande cuando uno de nuestros muchachos me informó, lleno de asombro, de que el hombre en cuestión se parecía a mí extraordinariamente. Quise comprobarlo por mis propios ojos, y observé que, aunque el agente exageró, el parecido existía. Fue entonces cuando concebí la idea de encargarme personalmente del asunto, en vez de delegarlo en las personas elegidas de antemano. Expuse tal propósito a la superioridad y logré que se delegase en mí, concediéndome poderes y cartas que me permitieran obtener la colaboración de todas las autoridades. Ordené la detención de King Wyler —quién se ha suicidado en su celda, en un acceso de locura— cuando se disponía a tomar el avión; cogí sus documentos y la carta de llamada; estuve varios días observando sus gestos y sus costumbres en la celda, sin que él lo advirtiese, y, por fin, emprendí el viaje a Nueva York, en busca de Schuyler y los que pudieran rodearle.

Se expresaba con sencillez, sin conceder la menor importancia a nada de lo que decía. En el mismo plan, narró todo lo acontecido desde su llegada al domicilio de Dean hasta el final de la odisea, y terminó diciendo:

—Ahora, queridos colaboradores, háganme cuantas preguntas deseen. Con el mayor gusto aclararé los extremos que hayan quedado confusos en mi relación.

—Me gustaría saber —pidió uno de los agentes más jóvenes— si adoptó usted alguna medida preventiva para evitar que advirtieran la suplantación.

—Muy atinada su pregunta —repuso Fred Ramky—. Sí; la adopté. Hice que en Correos —donde había orden de interceptar toda la correspondencia con Dean Schuyler— me entregasen la carta de Wyler anunciando su próxima llegada y que un buen calígrafo añadiese unas líneas al pie, imitando perfectamente la letra, en las que sugería se hiciese la comprobación de mis huellas dactilares al llegar. Y las estampé a continuación. Los sucesos, como he explicado, se desarrollaron de manera que nadie se preocupó de tan importante detalle.

—Su fuga del coche celular —quiso saber otro—, ¿fue una

noticia falsa?

—No, mi querido amigo. La llevé a efecto con la aquiescencia de las autoridades y de los que me conducían. Era preciso dar la sensación de realidad.

El interés crecía y sucedíanse las preguntas.

—¿Qué se proponía usted llevando el asunto de Simone Reynolds hasta el final, es decir, tratando de obtener los datos que interesaban a la banda?

—Mantener la ficción… y darlos tergiversados si los hubiera obtenido.

—¿Por qué, cuando se introdujo de noche en el despacho de Jerry Wood, le propuso aquel pacto?

—Seguía sin conocer al verdadero jefe, y formé el propósito de impresionarle, manteniendo la farsa, para llegar a descubrirle. De todos modos, como no podía fiarme de él, estuve alerta, y ello me permitió, al volver la espalda, matarle unas fracciones de segundo antes que me matase él. La documentación que le encontré encima me aclaró gran suma de cosas y me hizo ver lo que ni remotamente hubiera sospechado nunca: que Nelly McGuffrey era su pasión y que le rendía vasallaje. En su cartera guardaba un retrato de tan desquiciada criatura y… ¡hasta versos a su belleza! De allí salí con el convencimiento de que Nelly era la cabeza directora. Al día siguiente, varios colaboradores y yo nos consagramos a espiar tanto a ella como a todas las personas cuyos nombres encontré en poder de Jerry. Les vimos, llegada la noche, acudir a la casa de Harlem. Hice que la policía acudiera, de incógnito, a aquellos alrededores, y, antes de adentrarme en el edificio, dejé ordenado que si transcurría determinado tiempo y yo no había vuelto, se procediese al ataque. Mi idea era convencerme de la realidad en cuanto a Nelly McGuffrey y cogerla allí si era lo que me figuraba. Cuando lo comprobé no tuve prisa, limitándome a esperar que transcurriese el plazo convenido para que tuviera lugar el asalto. Y así ocurrió. Declaro que el descubrimiento de la verdad me produjo angustia. Había llegado a prendarme de esa mujer… aunque todo se evaporó, como por ensalmo, cuando supe lo que era.

—¿Por qué huyó usted de la residencia de los Reynolds, en vez de dejarse encerrar y proclamar su inocencia luego?

—Querido muchacho… Esa pregunta peca de ingenua. De

haberlo hecho como usted dice, los que me creían un elemento interesante para la organización hubieran entrado en sospechas inmediatamente.

—¿Le costó mucho trabajo conducirse como lo hizo en el registro practicado en la casa del doctor Peters?

—¡Enorme! Comprendí pronto, desde luego, que trataban de complicarme en algo altamente delictivo antes de fiarse de mí; pero no pensé que llegasen a tanto. Tuve a mi favor el hecho de haber visto a Peters en «La Perla». La placa con su nombre en la puerta de la casa que íbamos a allanar me puso sobre ascuas. Esto me permitió darme cuenta de la seña que cruzaron el criado del médico y su «asesino», así como de la facilidad con que este «le mató» y su afán de que yo no lo comprobase. Al día siguiente confirmé la evidencia, viendo vivo al criado en cuestión.

Los oyentes continuaron pidiendo aclaraciones hasta saciarse. Finalmente el joven que inició el interrogatorio atrevióse a formular una pregunta que estaba en el ánimo de todos:

—¿Qué fue de Ginger Morris?

El interrogado sonrió ampliamente antes de contestar:

—Ginger Morris ha cambiado de apellido… Se llama ahora Ginger Ramky. O… lo que es lo mismo: es mi esposa. Y me está esperando para iniciar nuestro viaje de luna de miel.

FIN